

SARAH RUSELL

¡Dime que no es cierto!

PERDÓN

Trilogía Emily 2

¡Dígame que no es cierto!

PERDÓN

Trilogía Emily 2

¡Dígame que no es cierto!

PERDÓN

Trilogía Emily 2

Primera edición.

¡Dime que no es cierto! Perdón. Trilogía Emily nº2

©Sarah Rusell

©Octubre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

Primera edición.

¡Dime que no es cierto! Perdón. Trilogía Emily n°2

©Sarah Rusell

©Octubre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

Capítulo 1



Una mentira tras otra, eso es lo que llevo recibiendo de la gente desde que tengo uso de razón.

El desprecio de todo el mundo, que me usen como si no valiera nada en absoluto.

¿Qué le había hecho yo a Kevin Acker para que jugara conmigo las últimas semanas? ¿Qué?

¿Y a mis hermanas? Ellas lo tenían todo desde que nacieron, eran las favoritas de nuestros padres, sus ojitos derechos, las consentidas, las que todo lo que pidieran les llegaba en apenas unas horas, cosa que, a mí, no.

Ellas no saben lo que es tener que ganarse la vida pasando penurias como yo, no se hacen una idea de lo mal que se pasa cuando tienes facturas que pagar y no sabes si tendrás suficiente dinero a fin de mes.

Nunca me ha faltado un plato de comida en la mesa, pero estoy segura de que ellas no pasan el día con una sopa de sobre y un sándwich en sus delicados estómagos.

Estaba entrando en casa, me volvía a sonar el móvil, ya no sabia ni cuántas lo había hecho.

Lo saqué del bolso y vi que era Kevin. Se cortó antes de que lo cogiera, pero es que no me apetecía hablar con él.

Tenía varias llamadas y mensajes suyos, así como de Jens. Pidiéndome que contestara, que les llamara, que volviera.

Pero iban listos si pensaban que iba a hacer lo que ellos me pidieran.

Sonó de nuevo y pensé que sí, que iba a contestarle, pero no le daría opción alguna a que dijera la más mínima palabra.

—Escúchame bien, Kevin Acker —dije, en tono serio—. Deja de llamarme, no me escribas más, olvida que existo

y no se te ocurra presentarte en mi casa, o cerca de ella, porque llamo a la policía y te denuncio por acoso. Y quiero que me ingreses el finiquito de los días que he trabajado, y lo quiero ya en mi cuenta. No te olvides de los extras por el viaje a Varsovia, que capaz eres de no ponerme ese dinero. Mándame los papeles con un mensajero y los firmo, porque no quiero verte la cara nunca más en mi vida.

Colgué, sin darle tiempo a réplica, y automáticamente le bloqueé para no recibir más llamadas ni mensajes suyos.

Pensé que al menos a Jens le debía una respuesta, así que le mandé un mensaje.

Emily: Estoy bien, he llegado viva a casa, procura que tu hermano cumpla con lo que le he pedido por teléfono. Cuídate, Jens.

Listo, a este no lo iba a bloquear, por el momento.

Me dejé caer en la cama llorando, cansada de lo que llevaba soportando todos esos años.

Estaba mal y no podía hablar con nadie, ni desahogarme, no tenía cerca una persona que me abrazara y me dijera que todo iba a salir bien.

Nadie se preocupaba por mí, nadie.

Sola, siempre sola. ¿Quién iba a echarme en falta si me pasara algo? Nadie en absoluto.

No sabía de dónde salían todas esas lágrimas que parecían no acabarse nunca, pero no podía dejar de llorar. La impotencia de saber que mis hermanas, sangre de mi sangre, habían tramado un plan en mi contra, utilizando a Kevin, me había desgarrado el alma.

Pero más aún lo había hecho el saber que él, se había prestado para eso, que me había estado utilizando a conciencia sin importarle el daño que estuviera haciéndome.

Tenía el corazón roto en pedazos, y es que esa traición no la esperaba de un hombre como él, ese a quien yo tenía por una persona íntegra y de fuertes valores.

Pero no le había temblado el pulso a la hora de jugar conmigo y mis sentimientos, tratarme con dulzura y conseguir aquello que los tres habían planeado, que me enamorara de él.

Porque sí, lo había hecho, sin apenas darme cuenta me fui enamorando poco a poco de él.

³Las palabras de Dana de días anteriores se me vinieron a la cabeza, yo era la otra, la tonta que no sabía nada de lo

que estaba pasando a su alrededor.

Desde luego, qué bien se lo habría estado pasando ella que sabía todo el tejemaneje que se traían el jefe y las gemelas entre manos.

¿Y ellos tres? La de risas que se habrán echado a mi costa, pensando en lo tonta que era la pobrecita de Emily.

Las horas se pasaron mientras lloraba, al punto de que cuando quise darme cuenta, ya era de noche.

Me levanté y, tras volver a ponerme el abrigo, salí de casa con una idea en mente.

Caminé por las calles de la ciudad sin un rumbo fijo, contemplando todo cuanto me rodeaba.

Las risas de los niños que paseaban de la mano de sus padres, seguramente de vuelta a casa tras una cena en familia.

Las parejas que caminaban de la mano, sonrientes y felices, o aquellas que, sin importar lo que pensara el resto de mundo, se paraban en mitad de una plaza a darse un bonito beso diciéndose así, sin palabras, lo mucho que se querían.

Había llegado allí donde quería, donde sabía que podría ponerle fin a todo, a absolutamente todo.

Nadie iba a echarme de menos, ni siquiera mis padres, esos que me dieron la vida para que la viviera al límite de mis fuerzas constantemente.

Mucho menos lo harían mis hermanas, si habían conspirado en mi contra para terminar de hundirme la vida más de lo que ya estaba.

Me apoyé en la barandilla, mirando el agua que corría y pasaba por debajo de esa carretera. Durante unos minutos me quedé ahí si pensar en nada, pero decidida a lo que había venido a hacer.

Comprobé que no venía nadie por un lado ni por el otro, apenas pasaban coches y, tras tomar aire y soltarlo de nuevo, me senté en la barandilla, agarrándome a ella.

Cerré los ojos y pensé en soltarme, en abrir las manos y dejarme caer hacia adelante. Así acabaría con esos años de sufrimiento, y con los que sabía que estaban por llegar.

—No creí que fueras a ser tan cobarde —dijo una voz de hombre a mi espalda.

Abrí los ojos y le miré, sin soltarme de la barandilla, para encontrarme con Mike allí de pie, vestido con su traje negro, sin corbata, y las manos metidas en los bolsillos.

—Pues ya ves que las personas no siempre son lo que pensamos —contesté, encogiéndome de hombros y volviendo a mirar hacia el agua que había bajo mis pies.

—No puedes querer hacer esto de verdad, Emily, aún eres joven, te queda mucho por vivir.

—Es precisamente por eso que lo hago, porque he vivido mucho, y nada ha sido ni bueno, ni bonito. Miento — levanté el dedo, pero sin soltarme de la barandilla—, sí que he vivido días bonitos estas últimas semanas, pero no han sido más que una farsa.

—Kevin me ha puesto al corriente, y siento todo esto.

—No me hables de él, si quieres que tú y yo nos llevemos bien, al menos, ahora mismo —le pedí.

—Está bien.

—¿Qué haces aquí, de todos modos? ¿No me habrá puesto un chip de rastreo de esos en el móvil, el muy gilipollas? —Fruncí el ceño.

—No —Mike sonrió, mientras negaba—. Me pidió que te llevara la maleta a casa, iba a salir del coche cuando te vi empezar a caminar, así que, te seguí hasta aquí. Creí que ibas a tomar un café o algo, no a recorrerte la ciudad.

—Ya no voy a necesitar la maleta —contesté—. Ni nada de lo que tengo, que es poco.

—Emily, la vida es lo más valioso que tenemos, te lo digo yo.

—No intentes convencerme, voy a saltar.

—No, no lo vas a hacer. ¿Quieres saber por qué?

—Ilústrame.

—Porque si saltas, voy detrás para intentar salvarte. Y puede que lo haga, o puede que no, y que yo tampoco salga de esta. En caso de que fuera lo segundo, dejaría a mi hijo de cinco años solo, viviendo con sus abuelos.

Aquello me dio que pensar, desde luego, y es que yo sabía lo que era no tener el cariño de mis padres cuando lo había necesitado.

Miré a Mike, y ya había empezado a quitarse la chaqueta.

—Ponte eso, y ayúdame a bajar de aquí, que me estoy mareando y como me caiga, verás qué alegría para el cuerpo nos llevamos los dos.

—¿Tienes vértigo? —arqueó la ceja, aguantándose la risa.

—Y aquí he estado diez minutos como una campeona aguantando. Mike, por tu madre, cógeme que me caigo.

Se echó a reír, caminó hasta mí y me cogió en brazos para bajarme.

—¿En serio ibas a tirarte, pequeña?

—Y tanto, no me iba a echar nadie de menos, ya te lo digo yo.

—Vamos, te acompaño a casa —dijo, pasándome el brazo por los hombros, y no sé por qué, pero le rodeé la cintura, abrazándome con fuerza. En ese momento, aquel hombre se había convertido en mi salvavidas.

No dijo nada en todo el camino, permaneció en silencio tan solo haciéndome compañía.

Cuando llegamos a mi calle, fuimos directos al coche, cogió la maleta y me acompañó hasta el apartamento.

—¿Seguro que vas a estar bien? —preguntó, cuando entré y él se quedó en la puerta.

—Sí, seguro.

—Bueno, te llamaré mañana para comprobarlo.

—No me voy a tomar un bote de pastillas, si es lo que piensas. Más que nada, porque no tengo, y porque tampoco puedo comprar, estoy con el dinero justo para subsistir.

—¿Quieres un préstamo? —dijo, sacando la cartera.

¹ —¡No! Ni se te ocurra —le sujeté la mano para que no sacara el dinero—. Si no se lo cogí al imbécil de tu jefe, no te lo voy a coger a ti. Además, no creo que tarde mucho en llegarme el finiquito.

—Como quieras, pero que si algún día necesitas algo... me lo pides.

—Tranquilo, que no hará falta. Gracias por acompañarme, Mike —le abracé y él me correspondió.

—Mañana hablamos, pequeña.

Se marchó y cuando empecé a deshacer la maleta para lavar la ropa, se me vino el mundo encima.

Habíamos pasado un bonito fin de semana en Potsdam, y se había ido todo a la mierda por sus mentiras.

Ahora entendía las llamadas, los mensajes, debía ser alguna de mis hermanas para preguntarle si la tonta de Emily ya estaba enamorada por completo.

De todos modos, ¿qué clase de hermanas tenía?

Una de ellas estaba saliendo con Kevin, y le pedía que me sedujera, y se acostara conmigo, solo para hacerme daño a mí.

No lo entendía, de verdad que, por más que lo intentaba, no entendía nada.

Me hice un cacao caliente, era lo que me pedía el cuerpo en ese momento, y es que, haber estado sentada en la barandilla, pensando si tirarme o no, me había dejado con mal cuerpo.

Tan mal me vi, tan mal me encontraba después de saber que no valía nada, ni siquiera para mi propia familia, que no les importaba lo más mínimo hacerme daño a toda cosa, que quise acabar con todo, poner fin a esta vida a la que, como todo el mundo, yo no pedí venir.

Me sequé las lágrimas que habían comenzado a salir de nuevo, y me dije a mí misma que hasta ahí.

Ese había sido el final de una etapa, ahora tenía que comenzar una nueva.

Buscaría un empleo, empezaría por ahí y después, que pasara lo que tuviera que pasar.

o

—Tranquilo, que no hará falta. Gracias por acompañarme, Mike —le abracé y él me correspondió.

—Mañana hablamos, pequeña.

Se marchó y cuando empecé a deshacer la maleta para lavar la ropa, se me vino el mundo encima.

Habíamos pasado un bonito fin de semana en Potsdam, y se había ido todo a la mierda por sus mentiras.

Ahora entendía las llamadas, los mensajes, debía ser alguna de mis hermanas para preguntarle si la tonta de Emily ya estaba enamorada por completo.

De todos modos, ¿qué clase de hermanas tenía?

Una de ellas estaba saliendo con Kevin, y le pedía que me sedujera, y se acostara conmigo, solo para hacerme daño a mí.

No lo entendía, de verdad que, por más que lo intentaba, no entendía nada.

Me hice un cacao caliente, era lo que me pedía el cuerpo en ese momento, y es que, haber estado sentada en la barandilla, pensando si tirarme o no, me había dejado con mal cuerpo.

Tan mal me vi, tan mal me encontraba después de saber que no valía nada, ni siquiera para mi propia familia, que no les importaba lo más mínimo hacerme daño a toda cosa, que quise acabar con todo, poner fin a esta vida a la que, como todo el mundo, yo no pedí venir.

Me sequé las lágrimas que habían comenzado a salir de nuevo, y me dije a mí misma que hasta ahí.

Ese había sido el final de una etapa, ahora tenía que comenzar una nueva.

Buscaría un empleo, empezaría por ahí y después, que pasara lo que tuviera que pasar.

Capítulo 2



Esa mañana de martes me desperté algo más animada, pero tampoco como para ponerme a tirar cohetes, la verdad.

Me preparé un poco de pan tostado con mermelada, café y un zumo, acabando con lo poco que me quedaba para desayunar esa semana.

No pasaba nada, en cuanto cobrara lo de esas semanas trabajadas, haría una pequeña compra para varios días.

Me sonó el teléfono con un número que no tenía guardado, contesté sin querer hacerlo, pues no quería que fuera Kevin desde un teléfono nuevo.

—¿Hola?

—Soy Mike, ¿cómo se ha levantado mi atrevida favorita?

—Mike —sonreí—. Bien, estoy desayunando.

—Ah, pues me apunto. ¿Me pones un café?

—Mucho me temo que no va a poder ser, me he quedado sin provisiones, y estoy esperando a ver lo que me paga el idiota de tu jefe para hacer algo de compra.

—Bueno, pues te invito a desayunar fuera, ¿qué te parece?

—Suena bien, ¿me das media hora para arreglarme?

—Perfecto, así me firmas los papeles del finiquito.

—¿Los vas a traer tú?

—Sí, soy el chófer, mensajero, chico de los recados, esclavo de Jens... ya sabes, multiusos.

—Una joyita tú, vamos. Te veo ahora.

Colgué, fui a darme una ducha rápida y me puse ropa cómoda, justo media hora después me llegaba un mensaje para que bajara.

—Buenos días, ¿dónde vamos, señorita?

—Donde me quieras llevar, no soy quisquillosa —reí, subiéndome en el asiento del copiloto.

Mike era bastante agradable, muy parecido a Jens por su forma de ser, así gracioso, pero se le veía un profesional.

Me llevó por la ciudad hasta una cafetería en la que me dijo que solía pasar mucho tiempo mientras no estaba haciendo de chico para todo con los hermanos Acker, así que me pareció perfecto.

Bajó del coche llevando una carpeta consigo, esa en la que supuse que irían los papeles que tenía que firmar.

Pidió dos cafés y unos bollitos rellenos de nata que estaban riquísimos, en cuanto los acabamos, puso la carpeta delante de mí.

—Firma donde pone tu nombre, en las tres hojas —me pidió.

Y eso hice, antes de leer la cantidad que Kevin me había pagado.

—Espera, esto no puede estar bien —dije, leyendo bien— ¿Treinta mil euros de indemnización?

—Así es, por despido improcedente y por daños y perjuicios.

—No puedo aceptar esto, es mucho dinero, yo solo trabajé unas semanas.

—Es lo que te han pagado, y lo vas a aceptar.

—Pero...

—Nada de peros, ¿de acuerdo? Ese dinero es tuyo, ya has firmado —se encogió de hombros.

—Me has hecho el lío, Mike, me has hecho el lío —fruncí los labios.

—Mira, es mi jefe y además mi amigo, pero lo que te hizo, no estuvo bien. Poco dinero me parece, para la putada tan grande que montó.

—Bueno, dicen que hay quien nace con estrella, y quien lo hace estrellado, yo soy de los segundos.

—Pero luchas por salir adelante, y eso es de valientes, de guerreras.

—Anoche me dijiste que, si tú faltaras, dejarías a tu hijo solo con sus abuelos.

—Así es, se quedaría con mis padres, que son algo mayores ya.

—¿Y tu mujer?

—No tengo, es una historia larga.

—¿Tienes prisa? Lo digo porque yo soy oficialmente una mujer desempleada.

—Pues no, Jens está en una reunión y Kevin, fue a una de las fábricas.

—Ese no me interesa. Solo una cosa, ¿perdió el ojo?

—No —rio—, pero tiene unos cuántos puntos.

—Lástima —me encogí de hombros— ¿Y esa historia que vas a contarme, con otro café y más bollitos de estos?

Mike fue a la barra a dejar las tazas del café anterior, pidió otra ronda de lo mismo y regresó poco después con la bandeja.

—Tenía una amiga a la que le hacía ilusión ser madre, siempre dijimos que, si llegábamos a los treinta y ocho años sin pareja, nos plantearíamos intentarlo. Nos gustábamos, nos llevábamos bien, y, ¿por qué no intentarlo? Estuvimos unos meses en esa relación, pero nos dimos cuenta que lo mejor era seguir como amigos. Solo me pidió una cosa, y fue que yo le diera la oportunidad de ser madre. Nos habíamos acostado muchas veces, y el bebé podría haber llegado así, pero no llegaba, nos hicieron pruebas y a pesar de que todo estaba bien, decían que podría ser porque no fuéramos compatibles.

—Vaya faena, para algo que te pide la pobre mujer.

—Desde luego, lo que es la vida, ¿eh? —rio— Al final fue in vitro, nos hizo mucha ilusión saber que venía un niño de lo más sano. Mis padres estaban encantados con la idea de ser abuelos, y ella feliz por ver ese deseo cumplido.

—Qué bonito, Mike. No sé si muchos hombres aceptarían ser el padre del bebé de su mejor amiga.

—La quería mucho, y si con eso la hacía feliz, lo haría.

—¿Qué pasó para que no esté con el niño?

—Cuando Brant tenía dos años, a ella le diagnosticaron cáncer, lo tenía muy avanzado y poco podían hacer. La cuidé los últimos meses de su vida, y le prometí que nunca le fallaría a nuestro hijo. Ella no tenía padres, era huérfana, así que sé muy bien lo que es estar solo y sin familia. Lo viví con ella, que solo me tuvo a mí desde que nos conocimos con veinte años.

—Joder, Mike, me podrías haber avisado de que iba a llorar —protesté, secándome las mejillas.

—No es una historia bonita, lo siento.

—¿Cómo que no? Es precioso que aceptaras ser el padre de su hijo, ya te digo, que no todos los hombres harían algo así.

—Es el motor de mi vida, nunca los dejé solos, vivía con ellos, hasta que la perdimos, y me mudé a casa de mis padres para que me echaran una mano.

—Ay, Mike, mira que, igual te pido yo otro hijo —reí.

—Anda, anda, aún eres joven, y encontrarás un hombre que te quiera, te valore y dé lo que esté en su mano por tenerte en su vida.

—Qué bien te ha quedado, pero me da a mí... que no pasará.

—La vida da muchas vueltas y, cuando menos lo esperes, ese hombre llegará. Quién sabe, igual hasta le tienes más cerca de lo que crees.

—No voy a pensar en eso, yo ya no creo en el amor —me encogí de hombros.

Terminamos de tomarnos el café y me llevó al supermercado para hacer la compra conmigo, decía que no me iba

a dejar cargar sola con las bolsas, y que, en la moto, no me veía con todas ellas.

—¿Te quedas a comer? Hago una pasta con queso, para chuparse los dedos —dije, cuando terminamos de colocar la compra.

—Me encantaría, pero me esperan en casa.

—Es verdad, es verdad, lo siento —sonreí—. Gracias por este rato, Mike, creo que lo necesitaba, y no lo sabía.

—Siempre que quieras, pequeña —me abrazó y dejó un beso en mi cabeza.

Y de nuevo estaba sola en mi pequeño apartamento, preparé la pasta para comer y después, mientras tomaba un café, me puse a buscar trabajo en el móvil.

Sí, tenía dinero de sobra para vivir unos cuantos meses, pero aún así, yo iba a trabajar porque no estaba de más tener un dinero ahorrado en la cuenta y ganarme la vida a diario.

Revisé el currículum, le añadí las semanas que había trabajado en la firma de automóviles Acker, y me bajé a la papelería que había a dos calles de mi casa, la señora Alda ya me conocía de años, así que me imprimió varios currículums y salí de allí más que dispuesta a ir por todo Berlín dejándolos, en algún sitio necesitarían una chica para los recados, ¿verdad?

Regresé a casa y, como aún seguía sin televisor, porque me lo robaron cuando se llevaron todos mis ahorros en la hucha, apunté en mi lista mental comprar una al día siguiente.

Poco podía hacer a esas horas de la noche, aparte de prepararme una piza casera que me apetecía, y ver algunos vídeos en el Tik Tok.

Desde luego, con eso me entretenía de lo lindo, la verdad, así que, cené y me fui relativamente temprano a la cama. Ese día estaba agotada, pero más por lo que arrastraba del lunes, que por lo que hubiera hecho.

a dejar cargar sola con las bolsas, y que, en la moto, no me veía con todas ellas.

—¿Te quedas a comer? Hago una pasta con queso, para chuparse los dedos —dije, cuando terminamos de colocar la compra.

—Me encantaría, pero me esperan en casa.

—Es verdad, es verdad, lo siento —sonreí—. Gracias por este rato, Mike, creo que lo necesitaba, y no lo sabía.

—Siempre que quieras, pequeña —me abrazó y dejó un beso en mi cabeza.

Y de nuevo estaba sola en mi pequeño apartamento, preparé la pasta para comer y después, mientras tomaba un café, me puse a buscar trabajo en el móvil.

Sí, tenía dinero de sobra para vivir unos cuantos meses, pero aún así, yo iba a trabajar porque no estaba de más tener un dinero ahorrado en la cuenta y ganarme la vida a diario.

Revisé el currículum, le añadí las semanas que había trabajado en la firma de automóviles Acker, y me bajé a la papelería que había a dos calles de mi casa, la señora Alda ya me conocía de años, así que me imprimió varios currículums y salí de allí más que dispuesta a ir por todo Berlín dejándolos, en algún sitio necesitarían una chica para los recados, ¿verdad?

Regresé a casa y, como aún seguía sin televisor, porque me lo robaron cuando se llevaron todos mis ahorros en la hucha, apunté en mi lista mental comprar una al día siguiente.

Poco podía hacer a esas horas de la noche, aparte de prepararme una piza casera que me apetecía, y ver algunos vídeos en el Tik Tok.

Desde luego, con eso me entretenía de lo lindo, la verdad, así que, cené y me fui relativamente temprano a la cama. Ese día estaba agotada, pero más por lo que arrastraba del lunes, que por lo que hubiera hecho.

Capítulo 3



Mitad de semana, y amanecía con la tranquilidad de saber que tenía un buen colchón de dinero en el banco, menuda alegría era esa para mí, que me había pasado los últimos cinco años, viviendo al día, sin excederme en nada, ni siquiera me daba algún capricho.

Puse música en el móvil mientras me duchaba, y juro que fue la primera vez, en años, que cantaba a voz en grito en el cuarto de baño. Menos mal que las paredes eran resistentes y no se escuchaba nada, solo me faltaba las quejas de mis vecinos, o peor aún, el que yo los escuchara a ellos.

Me sequé el pelo, lo recogí en un moño despeinado, me puse mis mejores jeans, un jersey de lana, las botas y estaba lista para afrontar ese nuevo día, el segundo de la nueva etapa de mi vida.

Café, tostadas, fruta y un zumo, eso preparé para desayunar. Hasta le mandé una foto a Mike, no sé ni por qué lo hice, pero él me contestó.

Mike: *Buenos días, pequeña, qué bien te cuidas.*

Emily: *¿Has visto? Venga, vente que hoy te invito yo. El café y el zumo están recién hechos, y no tardo nada en preparar más tostadas.*

Mike: *Me estás tentando, y aceptaría encantado, pero estoy de chófer con Jens.*

Emily: *¡¿Estas escribiendo mientras conduces?! Por Dios, deja el móvil.*

Mike: *Tranquila, que estamos en el banco, yo esperando en el coche, claro está.*

Emily: *Ah, vale, uf, qué susto. Bueno, pues nada, que sea leve la mañana. Te debo un desayuno.*

Mike: *Y una comida también. Un beso, pequeña.*

Le contesté que, otro para él, y seguí desayunando mientras miraba televisores baratos, tampoco me iba a comprar uno que costara más que el alquiler de mi apartamento, más que nada, porque entonces volverían a entrar a robarme.

Ya aproveché y, además de un televisor y un ordenador portátil, también un móvil nuevo, que este ya tenía sus añitos y a veces le costaba hacerme caso, y un ordenador portátil.

Vistos los modelos más económicos de todo lo que quería, salí de casa y me fui en taxi al centro comercial.

Entré en la tienda y fui, móvil en mano, buscando los artículos que tenía en mi galería de imágenes.

—Buenos días —me giré al escuchar a una chica hablándome—¿Puedo ayudarte en algo?

—Pues sí, buscaba algunas cosas.

—Bien, ¿qué necesitas?

—Tengo aquí lo que quiero, no sé si lo tendréis... lo he visto en Internet.

Le enseñé el televisor, el móvil y el portátil y me dijo que no tenía esos modelos, pero sí unos muy similares y un poco más baratos.

Aquello me hizo hasta ilusión, de verdad que sí. No me lancé a abrazarla, porque me daba vergüenza, que, si no, lo habría hecho.

Me llevó a por todo, me configuraron el portátil y el móvil, pasando todos mis contactos y fotos al nuevo teléfono y hasta me regaló una carcasa para él y un maletín para el portátil. Vamos, que había escogido el mejor día para ir a la tienda porque tenían ofertitas muy majas.

Pero ahora yo tenía un problema, ¿cómo llevaba el televisor a casa? Y era pequeño, que conste, pero tenía que salir de allí con él, buscar un taxi y...

Como si me estuviera leyendo el pensamiento, Mike me mandó un mensaje justo en ese momento.

Mike: *¿Qué hay de ese desayuno?*

Emily: *Si vienes al centro comercial, te invito. Solo que tendrás que llevarme de vuelta a casa porque acabo de comprarme un televisor, y buscar un taxi ahora...*

Mike: *Eso está hecho, dame quince minutos, que estoy cerca.*

Emily: *Genial, voy pagando.*

Le dije en qué tienda podría encontrarme, pagué, cogí los papeles de todas las garantías, y salí de allí con mi móvil nuevo y demás aparatos, más contenta que todas las cosas.

—¿Necesita ayuda, señorita? —dijo Mike, pillándome por sorpresa.

—Jolín, qué susto me has dado. Pues mira sí, que esto pesa que no veas.

Fuimos al garaje y, después de guardar todo en el maletero, me llevó a la misma cafetería del día anterior.

—Al final van a pensar aquí, que te has echado novia —reí cuando nos sentamos en la mesa con nuestros cafés y los bollitos.

—Pues que piensen lo que quieran, desde luego, buena suerte tendría si fueras mi novia.

—¿Qué dices? Anda que no eres exagerado.

—Hablo en serio. Una mujer como tú, que sale sola para adelante, es para sentirse orgulloso.

—Bueno, salgo sola porque mi familia no me ha querido nunca.

Durante ese tiempo le conté mi vida, el desprecio de quienes más amor debían darme, el que todo fuera para las gemelas y yo me hubiera sentido en ocasiones como Cenicienta, o el Patito feo.

Mike me dijo que ni falta me hacía tenerlos en mi vida, que, si ellos no habían sabido valorarme, otros lo harían.

—Bueno, tu jefe parecía que lo hacía, pero, ya ves, me salió rana el muy jodido.

—No tiene perdón lo que hizo, eso te lo aseguro. ¿Jens lo sabe?

—Yo no se lo he dicho, y espero que tú tampoco. Que se lo cuente su hermano, a ver si es tan valiente de decirle al pequeño, lo poco hombre que es con ser más mayor.

—No te enfades, anda, que te va a sentar mal el desayuno.

—Es verdad, no me va a amargar el día pensar en él, y menos ahora, que estoy de estreno de cacharritos tecnológicos —contesté, con una sonrisa.

Terminamos ese segundo café acompañado de bollitos, y me llevó a casa, donde me instaló el televisor y lo dejó programado.

—Muchas gracias, sigo debiéndote una comida —dije, dándole un abrazo.

—Cualquier sábado te llamo, y me presento con mi hijo para que le conozcas.

—Ah, pues me encantaría.

Nos despedimos y, mientras preparaba una carne asada para comer, recibí un mensaje que no esperaba.

Jens: Hola, así ¿cómo estás? Sí, lo sé, ya no trabajas para mí, y estoy muy triste por eso, echo de menos tus cafés, que lo sepas. Eran los más ricos del mundo mundial.

Anda que no tenía guasa el menor de los hermanos, pero es que me acababa de sacar una sonrisa, sobre todo al ver ese Emoji triste que acompaña sus palabras.

Emily: Hola, ex jefe. Estoy bien, disfrutando de mi finiquito en El Caribe, aquí, al solecito y esas cosas, tomando una rica piña colada.

Jens: ¿Te has ido al paraíso sin mí? Mala gente eres, de verdad. Con lo buena compañía que soy.

Emily: Más quisiera estar en un lugar como ese, o en cualquier otro, pero no, tengo que seguir trabajando.

Jens: ¿Tienes trabajo ya? Si necesitas una ayuda...

Emily: No, no tengo, estoy buscando. Y no, no necesito ayudas.

Jens: Oído, bueno, en este caso, leído. ¿Qué pasó, Emily? ¿Por qué te marchaste así de las oficinas? Estabas bien en ese puesto de trabajo.

Emily: Si no te lo ha contado todavía tu hermano, es que es más cobarde de lo que pensaba. Pregúntale a él.

Jens: Te lo he preguntado a ti. Vamos a vernos y lo hablamos tranquilamente, preciosa. Dime lugar, día y hora, y ahí me tienes.

Se acabó, había llegado al límite, no iba a seguir hablando con él, bastante había hecho con contestarle y charlar un rato, pero hasta ahí llegaba mi cordialidad.

Si su hermano no le había contado los motivos por los que yo ya no trabajaba para ellos, no iba a ser yo quien se lo explicara.

Además, quería olvidarme de eso cuanto antes, ya estaba empezando a pasar página y no iba a seguir hablado de ese tema, ese que era tan doloroso que me había dejado de lo más marcada.

Joder, que mi ex novio me había dejado por mi mejor amiga, y el cabrón de Kevin Acker, era el novio de una de mis hermanas.

Desde luego, parecía que los fuera buscando, menuda suerte la mía, debía de llevar un letrero invisible en la frente que atraía a los más sinvergüenzas del mundo.

Jens siguió escribiéndome, pidiéndome que le contestara, que nos viéramos, pero no le respondí a ninguno de los mensajes, ni siquiera los leí, tan solo lo poquito que veía en las notificaciones.

r

Comí y después me puse a buscar trabajos por la zona, me apunté nombre y dirección de varias empresas en una libreta, y ya tenía algo que hacer para el día siguiente, salir después del desayuno a patearme la ciudad y dejar currículums.

Bueno, andando no iba a ir, eso estaba claro, que mi Vespa seguía funcionando a las mil maravillas.

Pasé así el resto de la tarde, apuntando empresas, recibiendo mensajes de Jens que me hacían reír, porque algunos solo eran emojis tristes o pensativos, y después de cenar un sándwich de pavo, me fui a la cama, me esperaba un día muy largo.

7

Se acabó, había llegado al límite, no iba a seguir hablando con él, bastante había hecho con contestarle y charlar un rato, pero hasta ahí llegaba mi cordialidad.

Si su hermano no le había contado los motivos por los que yo ya no trabajaba para ellos, no iba a ser yo quien se lo explicara.

Además, quería olvidarme de eso cuanto antes, ya estaba empezando a pasar página y no iba a seguir hablando de ese tema, ese que era tan doloroso que me había dejado de lo más marcada.

Joder, que mi ex novio me había dejado por mi mejor amiga, y el cabrón de Kevin Acker, era el novio de una de mis hermanas.

Desde luego, parecía que los fuera buscando, menuda suerte la mía, debía de llevar un letrero invisible en la frente que atraía a los más sinvergüenzas del mundo.

Jens siguió escribiéndome, pidiéndome que le contestara, que nos viéramos, pero no le respondí a ninguno de los mensajes, ni siquiera los leí, tan solo lo poquito que veía en las notificaciones.

Comí y después me puse a buscar trabajos por la zona, me apunté nombre y dirección de varias empresas en una libreta, y ya tenía algo que hacer para el día siguiente, salir después del desayuno a patearme la ciudad y dejar currículums.

Bueno, andando no iba a ir, eso estaba claro, que mi Vespa seguía funcionando a las mil maravillas.

Pasé así el resto de la tarde, apuntando empresas, recibiendo mensajes de Jens que me hacían reír, porque algunos solo eran emojis tristes o pensativos, y después de cenar un sándwich de pavo, me fui a la cama, me esperaba un día muy largo.

Capítulo 4



Tercer día para la nueva etapa, esa llena de cambios aún por hacer, pero que, poco a poco se irían realizando.

Me levantaba llena de ganas y con fuerzas renovadas, que era lo mejor. Porque sí, podría haberme puesto en plan Bridget Jones, y salir de la cama cubierta con el edredón de plumas, coger una tarrina de helado y cantar a voz en grito el famoso *All by myself*, pero no, no iba a hacer eso, y menos por alguien que, a día de hoy y tras pensarlo mucho, no merecía ni una sola lágrima más por mi parte.

Lo mejor, ponerme música marchosa y a empezar el día a golpe de caderas.

Me llegó un mensaje de Mike que me sacó la sonrisa, tenía unas cosas ese hombre, que era para morir.

Mike: *Buenos días. ¿Cómo amaneció Mis Tecnología esta mañana de jueves? Hoy libro, o casi, que el amo Jens solo me pidió que lo llevara a la oficina, ¿desayunamos juntos? Te llevo de shopping a por más cacharritos de esos chulos si quieres.*

Emily: *Buenos días, mi chófer favorito. Pues me levanté bien, así que tranquilo que, aunque tenga dinero, no me voy a comprar un bote de pastillas. Hoy voy a dejar currículums por la ciudad, tengo unas cuantas empresas apuntadas, así que me cojo la Vespa y listo. Pero te acepto el desayuno, que esos bollitos con nata... son un vicio*

Mike: *Deja la Vespa, te llevo yo. Venga, te recojo en media hora.*

Emily: *Que no, que voy con mi moto.*

Mike: *Está lloviendo, te vas a empapar.*

Miré por la ventana y sí, llovía bastante y no me había dado ni cuenta.

Resoplando, acabé diciéndole que sí, que aceptaba que me llevara él, porque no era plan de llegar a las empresas caladita como una sopa por la lluvia.

Una ducha rápida, ropa cómoda y de abrigo, y bajé en cuanto me dijo que estaba esperando en la puerta.

Aparcado en doble fila dejé el coche, y ahí estaba él, con un paraguas para acompañarme.

—Yo tengo, ¿eh? —le dije, riendo.

—Bueno, pero yo soy un chófer muy servicial, así que, no protestes.

Nos montamos y fuimos a la cafetería, aquello se iba a acabar convirtiéndose en una rutina, y de las bonitas, porque me gustaba mucho pasar tiempo con ese hombre que, sin conocerme de nada, me había ayudado a reponerme en el peor momento de esos últimos días.

—Estos bollitos tendrían que estar prohibidos, son un pecado, de verdad.

—Los hacen ellos, son artesanos totalmente.

—Están riquísimos.

—Bueno, ¿dónde vas a dejar el currículum?

—En varias empresas que he visto cerca de casa. Hay de todo, desde agencias de publicidad, hasta imprentas. Yo con que me cojan como chica para los recados, ya soy feliz.

—Mujer, harás algo más que llevar el café, digo yo.

—Lo que sea, Mike, hago lo que me manden.

—Venga, vamos a empezar con el recorrido.

Regresamos al coche y le di la primera dirección, cuando llegamos, hablé con una chica de lo más maja en la recepción, cogió mi currículum y, al ver que había estado en la firma Acker, me dijo que se lo daría al responsable de personal.

Desde luego, algo bueno tenía que tener el haber trabajado para la empresa más conocida de la ciudad, y de toda Alemania, a ver si me abrían alguna otra puerta y me daban un buen trabajo.

Una tras otra, dejé el currículum en todas las empresas que me había apuntado, en algunas me decían de primeras que no estaban contratando gente por el momento, pero, era ver el nombre de los hermanos Acker, y entonces ya pasaba a la bandeja de Recursos Humanos.

Cuando acabamos, invité a Mike a un café y quedamos en que le diría si me llamaban de alguna de ellas para hacer la entrevista, me dejó después en casa y me puse a preparar la comida mientras escuchaba las noticias de fondo.

Comí tranquilamente viendo una serie de esas algo antiguas, pero que habían vuelto a emitir, y así me pasé un buen rato en el sofá, enganchada a la historia.

Seguí buscando trabajo, esta vez en páginas en las que podía enviar el currículum por Internet, así que los mandé a seis que me habían llamado la atención, y las apunté en mi libreta.

Me puse a cocinar, eso me gustaba y conseguía desconectar un rato, lo hice mientras escuchaba música y se me pasó la tarde volando.

Unas galletas y una empanada para la cena, eso había preparado.

Fue sentarme a la mesa y me llegó un mensaje de Jens, seguía insistiendo en que nos viéramos para hablar, quería saber lo que había pasado por mí, no por su hermano.

Ni le contesté, como el día anterior, ahí dejé todo sin leer ni nada.

Eran cerca de las once cuando recibí un mensaje de un número que no tenía, pero en cuanto vi el nombre de Dana me quedé a cuadros.

Desconocido: *Hola, Emily, soy Dana. Quiero que hablemos desde la calma, necesito que nos veamos.*

Emily: *No tenemos nada que hablar, ya me dijiste lo que querías que supiera, y eso es más que suficiente.*

Dana: *Dame la oportunidad de que hablemos, en serio, tienes que saber algunas cosas. Dime dónde y cuándo quedamos.*

² Emily: *He dicho que no tengo nada que hablar contigo, así que, vete a la mierda.*

Dejé el móvil en la mesa, bocabajo, no quería saber nada más de ella, ni de Kevin tampoco. ¿Qué narices pretendía esa mujer ahora? Ya me había jodido la vida enseñándome esa maldita foto, ¿qué más iba a mostrarme? ¿A Kevin y mi hermana follando para que me convenciera de lo que me estaba diciendo?

El teléfono siguió sonando con llegada de mensajes durante media hora más, mensajes que ignoré mientras veía una película.

Es que no tenía sentido que viniera ahora, tres días después, a decirme que quería hablar conmigo. ¿A qué venía eso de que tenía que saber algunas cosas?

Vamos, ni que me fuera a contar que era tía por parte de una de las brujas de mis hermanas con Kevin, y que estaba destruyendo una familia, cuando habían sido ellos los que habían arruinado mi vida.

Yo estaba bien, feliz por haber encontrado un trabajo mejor que el que tenía, con un buen sueldo y donde estaba cómoda, a pesar de la cara de avinagrada de Dana, cada vez que me veía, pero estaba bien, todo me iba a las mil maravillas.

Hasta había encontrado un hombre que me hacía sentir especial, por mucho que yo supiera que ese cuento de hadas que estaba viviendo se acabaría tarde o temprano y me quedaría hecha polvo.

Pero eso ya era cosa mía, nadie más tendría la culpa de que el cuento llegase a su final sin que yo comiera perdices con el príncipe.

Solo que, ni Kevin era un príncipe de verdad, ni yo tendría el cuento más bonito del mundo.

Me fui a la cama haciendo de nuevo borrón y cuenta nueva, no iba a venir nadie a joderme esa nueva etapa que había comenzado, porque no me daba la gana.

,

Es que no tenía sentido que viniera ahora, tres días después, a decirme que quería hablar conmigo. ¿A qué venía eso de que tenía que saber algunas cosas?

Vamos, ni que me fuera a contar que era tía por parte de una de las brujas de mis hermanas con Kevin, y que estaba destruyendo una familia, cuando habían sido ellos los que habían arruinado mi vida.

Yo estaba bien, feliz por haber encontrado un trabajo mejor que el que tenía, con un buen sueldo y donde estaba cómoda, a pesar de la cara de avinagrada de Dana, cada vez que me veía, pero estaba bien, todo me iba a las mil maravillas.

Hasta había encontrado un hombre que me hacía sentir especial, por mucho que yo supiera que ese cuento de hadas que estaba viviendo se acabaría tarde o temprano y me quedaría hecha polvo.

Pero eso ya era cosa mía, nadie más tendría la culpa de que el cuento llegase a su final sin que yo comiera perdices con el príncipe.

Solo que, ni Kevin era un príncipe de verdad, ni yo tendría el cuento más bonito del mundo.

Me fui a la cama haciendo de nuevo borrón y cuenta nueva, no iba a venir nadie a joderme esa nueva etapa que había comenzado, porque no me daba la gana.

Capítulo 5



¡Se acabó!

Así me desperté esa mañana, repitiéndome a mí misma que se acabó, que ya murió ser Cenicienta y que ahora sería mi propia princesa. Así tal cual...

Cogí un vaso de café frío de los que compraba de vez en cuando en los supermercados, me gustaban los de Caramel Micchiato de *Starbucks*.

Me asomé a la terracita y miré a la calle, no me lo podía creer, no. ¿Qué hacía Dana viniendo hacia mi edificio?

—¿A dónde te crees que vas? —le grité a todo pulmón.

—A hablar contigo —gritó señalándome con su dedo.

—No te voy a abrir.

—Pues hablo desde aquí y se entera todo el vecindario —gritó, encogiéndose de hombros.

Vi a algunos transeúntes pendientes de nosotras, así que resoplé y le abrí el portal para que subiera. Verás que esa mañana que había decidido cambiar, iba a comenzar por asesinar a alguien.

—¿Qué quieres? —pregunté, parada ante la puerta y con los brazos cruzados.

—La última vez te demostré que podías confiar en mí.

—Sí, claro, tanto que he pensado que seremos muy amigas ¡Las mejores amigas! —dije abriendo los brazos en plan teatro.

—Pues todo podría ser, pero claro, comencemos con que quiero contarte más cosas, total, ya no somos parte de la empresa.

—¿Qué pasa, que ahora ya de repente no me odias? —pregunté de manera sarcástica.

—Emily, nunca te odie, solo quería que te fueras.

—¿Irme dónde? —negué resoplando incrédula.

—Invítame a un café y hablemos por una vez en plan civilizado.

—Encima un café, tienes una cara... —Me di dos cachetadas flojitas en mis mejillas —. Anda pasa —volteé los ojos.

—No soy quién crees que soy...

—Es que yo no creo nada, Dana, no lo creo, solo veo, observo y me doy cuenta de que fuiste a por mí, de una forma desmesurada y que encima de sabias que me hacían daño, tú hurgabas más en la herida.

—Quería que te fueras, sabía que iban a jugar contigo. Lo del evento fue una trampa, el tropezó a maldad, él sabía que te iban a echar y él sabía que tenía que ir a tu rescate.

—Me parece tan fuerte...

—Tus hermanas te tienen mucho odio, por feo que suene, es así.

—Ni que lo digas.

—Yo las conozco y llevan trazando un plan muchísimo tiempo y como tienen cogido por los huevos a Kevin, pues lo vieron el ideal.

—Y a todo esto... ¿Por qué te has ido de la empresa?

—Ya tenía lo que quería.

—¿Y qué querías?

—La información que requería mi empresa, estaba de infiltrada para recabar todo sobre los nuevos proyectos. Es una empresa muy valorado la de los Acker, pero...

—Sorpréndeme más —abrí la Nutella y metí una cuchara para llevarme un pegote a la boca. Necesitaba azúcar, tanta información me estaba dejando sin fuerzas.

—Pues eso, que entré por “casualidad” —hizo el entrecomillado con sus dedos —, y ahí comencé a empaparme de mucho más que lo laboral, empecé a descubrir los entresijos de esos dos hermanos.

—Pero, ¿te enamoraste?

—No, bien es cierto que me atraía Kevin para un polvo y poco más, así que esa noche en la que bebimos y pasó, me quitó el antojo —se encendió un cigarrillo y aproveché para cogerle uno.

—A todo esto ¿Qué quieres entonces?

—Quiero decirte que no iba a por ti, que quería sacarte de aquella mierda y que no te creyeras a ese hombre que vive a cuerpo de rey y pasa de todo.

—Bueno, vive decentemente en el campo.

—Si, claro, veo que no te enseñó su ático con piscina y cuatrocientos metros que tiene en el edificio más caro de la ciudad.

—Pero vive en el campo.

—Si, hombre y yo soy Elle McPherson —negó.

—¿Todo lo hizo para ganarme?

—Efectivamente.

—Pues lo mejor que hizo fue regalarme ese reloj.

—Te juro que también lo pensé, lo clavaste, nunca mejor dicho.

—Pero no entiendo muy bien tu trabajo.

—Trabajo para una multinacional que digamos que son espías de importantes empresas para descubrir su operativa. Nos asignan puestos de trabajos donde nos consiguen plazas de mil maneras, una vez dentro se supone que soy para los Acker su recepcionista, pero realmente soy su espía también, cosa que ellos no saben.

—¿Y ahora que no estás allí?

—Pues seis meses cobrando y de vacaciones hasta que no me asignen una nueva empresa.

—No me lo puedo creer...

—No soy mala persona y sé que tú tampoco lo eres.

—¿Y vives en Berlín?

—Sí, sí, en mi apartamento del centro, gracias a Dios vivo desahogada.

—Como yo ahora que me cayeron treinta mil euros del cielo.

—¿Del cielo?

—Finiquito. Despido improcedente. Daños y perjuicios. Todo eso ponía en la transferencia.

—Eso es para que no hables, no me cabe la mayor duda.

—No sé de qué voy a hablar, pero bueno, que, si me sale de las narices cantar, me monto un espectáculo. Estoy muy harta ya de que me tomen por boba.

—Te invito a dar un paseo y a comer, ¿qué te parece?

—¿La verdad?

—Claro —sonrió.

—Me apetece salir de aquí hoy y, hasta quemar tarjeta.

—Pues vámonos, en eso soy toda una profesional.

—Cinco minutos que me visto.

—Claro. Pero una cosa...

—Dime.

—No vale volverme a pintar los labios ni que me metas una hostia.

—Lo intentaré —apreté los dientes volteando los ojos.

Vayamos por partes, que sí que ahora no iba a ser mi amiga así porque sí, pero, sí que ahora podría sacar más información de lo de mis hermanas, esas de las que me pensaba vengar por la puerta grande, desprevenidas, por la espalda, pero de manera triunfal. Sí, la ex Cenicienta ya se revolvió e iba a por todas.

Me puse unos vaqueros, una camiseta de manga larga y fina, una cazadora y mis botas, lista para marcharme. Tampoco es que tuviera un gran armario, pero eso lo iba a solucionar hoy.

—Estás muy guapa.

—Gracias, Dana —sonreí—. Tú siempre lo estás.

—Bueno, una que le gusta mucho arreglarse.

—A mí también, pero con cuatro prendas poco puedo hacer, así que hoy me voy a dar el gustazo de comprarme un poco de todo.

—Hasta yo te voy a regalar algo, pero eso sí, me tienes que jurar que me lo lanzarás a la ceja como con Kevin.

—Procura que no sea nada de peso —reí mientras salíamos.

Nos montamos en su flamante coche, ese que le regaló la empresa, no era de los más caros, pero era precioso.

—Dime.

—No vale volverme a pintar los labios ni que me metas una hostia.

—Lo intentaré —apreté los dientes volteando los ojos.

Vayamos por partes, que sí que ahora no iba a ser mi amiga así porque sí, pero, sí que ahora podría sacar más información de lo de mis hermanas, esas de las que me pensaba vengar por la puerta grande, desprevenidas, por la espalda, pero de manera triunfal. Sí, la ex Cenicienta ya se revolvió e iba a por todas.

Me puse unos vaqueros, una camiseta de manga larga y fina, una cazadora y mis botas, lista para marcharme. Tampoco es que tuviera un gran armario, pero eso lo iba a solucionar hoy.

—Estás muy guapa.

—Gracias, Dana —sonreí—. Tú siempre lo estás.

—Bueno, una que le gusta mucho arreglarse.

—A mí también, pero con cuatro prendas poco puedo hacer, así que hoy me voy a dar el gustazo de comprarme un poco de todo.

—Hasta yo te voy a regalar algo, pero eso sí, me tienes que jurar que me lo lanzarás a la ceja como con Kevin.

—Procura que no sea nada de peso —reí mientras salíamos.

Nos montamos en su flamante coche, ese que le regaló la empresa, no era de los más caros, pero era precioso.

Capítulo 6



Entramos en el aparcamiento de un centro comercial, el más grande de la ciudad.

Lo primero que nos llamó la atención fue *Woman Secret*, tenía la colección de primavera/verano en pijamas de lo más bonito y juveniles, me encantaban.

—Voy a arrasar —dije tirando de ella hacia dentro.

—No hay nada como sentirme guapa en casa y cómoda.

—Así es y yo pienso experimentar todo eso, ya es hora de que me dé un buen capricho.

—Y encima pagado por el cabrón de Kevin —se rio.

—Efectivamente —le hice un guiño.

Me pillé dos pijamas chulísimos de pantalón largo con la camiseta de manga corta y un cordoncito delante, eran una cucada. También compré un par de ellos de pantalón corto y camiseta de tirantes. Bragas, sujetadores, zapatillas, neceser, chanclas, tres vestidos, todo en esa tienda, tuvimos que ir al coche a descargar para seguir comprando y es que, a Dana, también se le había ido la cabeza en esa primera tienda.

La segunda fue una tienda que era para perder el sentido, cada prenda a cuál mejor...

Cinco vestidos, cuatro jeans, camisetas, sandalias, tacones, monos, rebecas...salí con cinco bolsas grandes y de nuevo para el coche.

—Ya deberíamos de parar a comer —dijo Dana, muerta de risa.

—Sí, vamos al Burger King a coger fuerzas y luego seguimos quemando tarjeta, hoy es mi día —murmuré riendo

Nos pedimos unos menús y unos helados de postre. Nos sentamos en una mesita en la terraza exterior que estaba en la primera planta, así que teníamos unas vistas de la avenida y se estaba genial.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando me vio comer la hamburguesa con la mirada perdida.

—Sí, para lo mal que me sentí estos días, sí, ahora voy a mejor. Duele —me sinceré, al final me estaba cayendo hasta bien —, duele mucho, pero es algo que imagino que debo lidiar y ya estaré mejor. Espero que me salga trabajo pronto para despejar la cabeza y estar entretenida.

—Tengo un amigo aquí en Berlín que está buscando asesores de casas, es una inmobiliaria, tienes tu sueldo, pero aparte las comisiones si haces ventas.

—Me voy enseñando casas, sí señor ¿Podrías darle mi currículum?

—Claro —sonrió —, y amenazarlo con que te dé el puesto —me hizo un guiño.

—Te lo agradecería en el alma, te juro que me voy a volver loca como me tire mucho tiempo encerrada en casa.

—Te has enamorado de él, ¿verdad?

—Hasta la médula —no pude decir con la boca lo que mi corazón realmente sentía.

—Piensa que algo bueno te has llevado de eso...

—Los treinta mil euros —me eché a reír.

—Pues eso, además, en esos momentos lo disfrutaste.

—Sí, se portó conmigo muy bien, fue muy generoso, viví unos días muy especiales —murmuré con tristeza y se me escapó una lagrimilla.

—Se portó asquerosamente, pero bueno, como te digo, esos días en los que te mintió descaradamente, al menos lo disfrutaste.

—Fui muy feliz, como hacía mucho que no lo era.

—Te entiendo —acarició mi hombro —. Te propongo algo...

—Dime, estoy abierta a todas las propuestas, he decidido que nada de lamentarme, quiero comerme el mundo.

—Pues ahora te llevo a casa, descansas y luego a la noche te recojo para cenar y salimos de fiesta ¿Qué te parece?

—Hace años luz que no salgo de copas.

—Pues ya es hora de hacerlo, así que prepárate que la noche es para nosotras.

—Me parece perfecto —sonreí.

—Con la de ropa que llevas, estrenas algo chulo y verás que bien te sientes.

—Vale. Gracias, Dana.

—No me las des, de verdad, siempre me caíste bien...

—Pues vales para actriz —me reí.

—Ya te digo, además de para comerme hostias —nos reímos.

Terminamos de comer y luego tomamos un café frío en *Starbucks*, antes de llevarme a casa.

—Me encanta esta cadena de café.

—Y a mí, siempre paso y me llevo uno en mano.

—Yo no, pero de vez en cuando en el supermercado compro los vasitos de café que estaba tomando esta mañana, pero muy de vez en cuando vengo aquí.

—Están geniales esos que tú usas.

—Sí —sonreí—. Por cierto, ¿qué te vas a poner esta noche? Quiero estar a la altura —volteé los ojos.

—Pues había pensado unos pantalones ajustados negros con una camiseta muy sexy que se queda un hombro al aire.

—Pero hace frío.

—Dentro de los locales no.

' —También tienes razón. Nos abrigamos y luego nos lo quitamos.

—Yo llevaré un abrigo corto que no es muy gordo.

—Yo tengo una chaqueta de lana que creo que me irá bien —reí porque la había acabado de comprar—. Me pondré unos pantalones ajustados, tacones y una de las camisetas que me compré.

—Vas a ir guapísima, lo eres y mucho.

—Bueno, no tanto como tú.

—Mucho más —me dio un beso en la mejilla y sentí un cosquilleo. Jamás sentí ese cariño por parte de lo más parecido a una amiga, desde que la que tenía de verdad se fue con mi novio. Al final Dana me estaba ganando y mucho.

—¿Qué te parece a las nueve? —me preguntó, cuando arrancó el coche para dejarme en casa.

—Genial.

—Nos vamos a ir a una taberna a cenar.

—Perfecto.

—Además allí se toman copas y todo, se pone de lo más animada.

—Pues no se diga más.

Me dejó en la puerta de mi casa y tuvo que aparcar en la acera para ayudarme a meter todas las bolsas en el ascensor.

En mi vida había comprado tanto, me sentía como si fuera el Día de Reyes en versión mis hermanas, a ellas que le compraban todo y a mí un puto pijama ¿Eso es ser buenas personas? Como padres dejaron mucho que desear.

Capítulo 7



Estaba toda mi ropa colocada, se veía el armario más bonito y colorido que nunca. Estaba duchada, vestida, maquillada en tonos suaves, pero con los labios rojos, me veía guapísima, pero me dolía pensar en lo que Kevin me había hecho, había sido toda una decepción.

Me llegó un mensaje de Dana, decía que estaba llegando y me fui hacia abajo, estaba nerviosa, me era raro salir de fiesta, no sé, me recordó a otra época de mi vida. La verdad es que me había vuelto mayor con solo treinta años, esa era la realidad, pero eso se iba a acabar.

—Estás preciosa.

—Y tú, Dana, estás guapísima.

—¿Preparada?

—Para beberme hasta el agua de los baños —nos reímos.

—Di que sí, allá vamos —sonrió—. De todas maneras, vamos a dejar el coche en mi plaza que vivo cerca de toda la marcha, según como acabemos la noche te puedes quedar a dormir en mi casa si hemos bebido mucho y no puedo conducir.

—Tranquila, me cojo un taxi, me lo paga los hermanos Acker —nos reímos.

Después de aparcar nos fuimos hacia la taberna que me había dicho. Estaba de lo más animada y la gente fuera comiendo hamburguesas y tomando cervezas.

Nos sentamos fuera, estábamos abrigadas y se podía aguantar esa brisa que hacía, además, había estufas de calle pegadas a todas las mesas.

La hamburguesa de ese local eran un manjar, estaban jugosas y muy sabrosas, por no hablar de esa cerveza bien

fría que nos estábamos tomando.

—Hombre, las mujeres más bonitas de todo Berlín y encima juntas ¡No me lo creo! —miré incrédula a Jens.

—El tipo con más cara del mundo —dijo Dana riendo y es que ya me había dicho que, a Jens, le tenía cariño y aunque era verdad que vivía en su mundo, no le hacía daño a nadie.

—Dadme un abrazo que hasta me he emocionado al veros juntas y eso que os perdí en mi empresa, ahora es todo tan aburrido —nos echó la mano por el hombro a las dos y nos besó la mejilla.

—Siempre puedes dejar tú también la empresa —murmuró Dana, causándome una carcajada.

—Bueno, siempre se puede perder la cabeza por dos mujeres como ustedes y hasta pensarlo.

e—Anda, anda, que eres muy listillo —reí negando.

—Por cierto, ¿qué haces por aquí? —le preguntó Dana.

—Pues lo mismo que muchos viernes o sábados que no me invitan a eventos. Tirarme a la calle y ver a quién me encuentro. Siempre me topo con algún que otro amigo, pero no voy a seguir buscando, encontré a dos bombones que les voy a hacer de guardaespaldas.

—Y nos invitas de paso con la tarjeta de la empresa —solté, haciéndole un gesto con los ojos a Dana, en plan bromista.

—Eso, eso —tocó las palmas Dana.

1

—Por supuesto, pero, ¿qué me dais a cambio?

—Mucho amor y cariño —contesté, dándole un beso en la mejilla mientras le hacía una señal a Dana, como diciéndole que le íbamos a seguir el rollo en todo.

Dana parecía que de la noche a la mañana se había convertido en mi alma gemela, con solo mirarla sabía que le quería decir y ella a mí también.

—Eso, dadme mucho amor que estoy harto de problemas.

—Serás, descarado —dijo Dana, dándole con la mano en la cabeza a modo de riña.

—Por cierto —se giró hacia mí—. Te mandé mensajes que no me contestaste —puso cara de tristeza.

—No estaba para hablar.

—Pues con Dana parece que sí que lo hacías —carraspeó.

—No, yo me la gané hoy —nos reímos cuando Dana le contestó eso.

—Pues a ver si yo os gano a las dos en una noche como esta, por ejemplo, por decir algo, sin presión, tranquilas— sonrió y se dirigió al camarero a pedir tres copas de whisky cola, sin previo aviso, pero las dos nos miramos como diciendo que, para adelante, sin miedo, a beber todo lo que nos echaran.

Y ahí que comenzamos a beber...

En menos de una hora me lio de una manera Dana, que cogió mi móvil nuevo y me abrió un Facebook y un Instagram. Añadió a Jens, Mike y a ella. A Mike porque le pedí yo que lo buscara, me caía muy bien.

Hasta me pilló una foto de perfil que me hizo en ese momento y que era muy divertida, salía dándole un beso a la copa que me estaba tomando y se veían los labios bien rojos.

Luego puso a Jens en medio y le dimos un beso en la cara las dos, una por cada lado y otro selfi que sacó y lo subió etiquetándonos a los dos.

Me quedé paralizada cuando el primer me gusta, no me encanta, no, me gusta, ese primero que recibimos vino por parte de Kevin.

—Tres puntos para nosotras —me dijo Dana, cuando Jens se fue al servicio.

—Qué fuerte, le dio un, me gusta —negué resoplando.

—Claro, lo tengo yo y lo tiene su hermano, pues le saltó bien rápido —sonrió con orgullo.

—Vais a ser mi ruina —dijo apareciendo Jens—. Ya me han llamado dos periodistas preguntando si tengo algo con alguna de las chicas de la foto que se acaba de subir a la red —carraspeó.

—Quiero un beso en los labios —le pedí a Jens, aguantando la risa.

—Puedes hacernos diez fotos, sin prisas —le dijo a Dana, con tal de darme el beso el muy capullo.

Y se lo di mientras Dana nos hacía la instantánea.

—Veréis la que me liais ahora.

—Ya has tenido tu beso, así que, chitón —le dijo Dana, mientras cogía mi móvil y la subía como estado, encima como frase que acompañaba a la imagen, puso la palabra “Momentos”, simplemente.

Y el primer me gusta que apareció fue el de Kevin, estaba etiquetado con lo cual le saltaba.

Jens tuvo que apagar su móvil porque con esa foto, ahora mismo estaban todos los medios de la prensa del corazón que morían por la información.

Ahí estaba, era lo que yo quería, un varapalo a Kevin, que viera que me lo pasaba bien con su hermano y Dana, precisamente y encima, jaque a los medios, que lo viera mi familia, que se hablara de mí. Al final me podía ver en un programa de telerrealidad, de esos como los de Gran hermano y ganar un dinerito sin dar golpe. El alcohol me estaba afectando, me estaba viniendo muy arriba.

—Te veo sentada en el programa de la noche —murmuró en mi oído, refiriéndose a un programa del corazón.

—Que me paguen bien y voy a cantar hasta por opera.

Nos reímos y Jens nos miró desde la esquina de la mesa alargada, con cara de saber que algo estábamos diciendo y que no era nada bueno.

—Os estáis buscando que os castigue y os mande para mi casa —dijo afirmando y serio.

—De allí podemos sacar unas imágenes que nos paguen un pastón —murmuró Dana, causando que me comenzara a reír, que por poco me ahogo.

—Que malvada sois las mujeres —dijo Jens, percatándose de que la estábamos liando.

Tres horas después estábamos en un pub bailando a ritmo de toda la música que sonaba. Jens lo estaba dando todo. La verdad es que, contra él, no tenía nada, en el fondo me había reído mucho esos días.

—Tu hermano es un cabrón —dije sonriente al oído de Jens, mientras bailaba.

—No sé qué pasó exactamente.

—Mejor, pero vendió su alma al diablo.

—Doy fe —soltó Dana, que ponía su oído cerca.

—Pero no es mala persona —murmuró Jens y se llevó una colleja por parte de las dos.

—Es un bicho malo, que te quede claro —contestó Dana.

—Pero muy malo —dije con el dedo hacia arriba.

—Chicas, vamos fuera a tomar algo porque aquí a chillidos no me entero de nada.

Y otra vez para fuera con tres copas en la mano y una borrachera que ya notaba bien en mi cuerpo.

^l —Tu hermano jugó conmigo —puse la copa sobre la mesa y en ese momento Dana, comenzó a contarle todo.

—Así que las gilipollas gemelas esas son tus hermanas.

—Así es, Jens —puse cara de circunstancias.

—Y mi hermano entró al trapo para hacerte daño a ti.

—Tal cual —respondió Dana.

—Pues algo se me escapa, diría que él no es así, pero con la foto que me has enseñado y lo que me habéis contado...

^a —Es un cabrón, ni más ni menos —dije señalándolo con el dedo.

—No soy ningún cabrón —la voz de Kevin detrás de mí me erizó la piel.

Nos giramos los tres y cogí la copa fuerte con mi mano, en ese momento Dana se dio cuenta de lo que iba a hacer y me la quito.

—No la lées, no merece la pena.

—Quiero hablar con los tres —dijo Kevin.

—Ya no eres nuestro jefe —respondió Dana.

—Me acaba de poner cachonda con eso de que quiere hablar con los tres ¿Y si hacemos una orgía mientras hablamos? —pregunté con ironía.

—Necesito que me escuchéis.

—No, no te vamos a escuchar, haberme contado toda la puta verdad antes —le grité sin importarme toda la gente que había por alrededor—. Eres un puto desquiciado, hay que tener muy mala sangre para hacer lo que hiciste, hay que ser muy cabrón para jugar conmigo de esa manera. Ahora te vas con mi puta familia, esa que vale una mísera mierda como tú.

—Te estás equivocando.

—El que te estás equivocando eres tú, que te piensas que puedes jugar con las personas por tener mucho dinero. Por cierto ¿Qué tal tu ático de lujo en el mejor edificio de la ciudad? Lástima que me lo perdí, pero lo comprendo, alguien como yo es mejor llevarla al campo a comer hierba, ¿verdad? ¡Eres un hijo de puta!

—Has bebido mucho.

—Y más que voy a beber ¿Nos invitas a otra ronda? Por cierto, llevo gastado casi cinco mil euros de los treinta, me tuve que comprar una tele, un ordenador, un móvil y además llenar mi armario que era imprescindible. Te lo digo por si quieres reponerme el dinero gastado porque tengo un trauma muy grande.

—Si vienes a hablar conmigo, te pagaré lo gastado.

—Ve, ve —dijo Dana, muerta de risa —, y de paso que te compre un cochecito —me hizo un guiño.

—Quiero un coche de una marca que no sea la tuya y tampoco cara, algo chiquitito y bien bonito, además del dinero que me tuve que gastar en emergencias —sonreía mirándolo, total él se rio en mis narices, ahora me tocaba a mí joderlo y volverlo loco, además de sacar provecho, cosa que yo no era así, pero perdí mi empleo por su culpa en lo de los eventos que aunque fuera de aquella manera, mis ingresos me reportaba.

—Si es lo que quieres, lo tendrás —estiró su mano para que lo siguiera.

—Chicos, pasad buena noche, mañana hablamos, que me voy a currar —me reí ante la seriedad de Kevin, que no soltaba ni la más mínima sonrisa, además tenía la herida de la ceja aún bien pronunciada.

—Dale duro, por cabrón —murmuró Dana y Kevin, casi la mata con la mirada y Jens le hizo una riña con la cabeza.

—Le daré bien duro, para hija de puta yo, y más vale que cumpla con lo dice o me siento en un programa del corazón y verás lo que sale por mi boca —dije delante de él.

—Vamos —murmuró para que me callase.

Levanté la mano para decir adiós a modo celebrity y Dana me hizo un guiño que comprendí de inmediato. Vino a decirme que le sacara los ojos y le puteara como se merecía.

l

l

—Le daré bien duro, para hija de puta yo, y más vale que cumpla con lo dice o me siento en un programa del corazón y verás lo que sale por mi boca —dije delante de él.

—Vamos —murmuró para que me callase.

Levanté la mano para decir adiós a modo celebrity y Dana me hizo un guiño que comprendí de inmediato. Vino a decirme que le sacara los ojos y le puteara como se merecía.

Capítulo 8



Nos montamos en su coche, bueno, me abrió la puerta y me tuvo que ayudar porque me tambaleé al intentar entrar.

—No me gusta verte tan bebida —dijo, arrancando el coche.

—Pues procura que ahora me tome otra copa o no pienso hablar sin presencia de mi abogado y ese, ese me lo tendrás que pagar tú también —le di un manotazo a la guantera y me lastimé y todo —¡Auch!

—Al final te harás daño.

—Más del que tú me has hecho, imposible —dije mirando hacia él y me salió saliva que fue directa a su mejilla. Sin mala intención, pero salió disparado.

Se limpió la cara con una servilleta de esas de paquetes, iba muy enfadado, pero bueno, que la que tenía que estarlo era yo, así que no se pusiera tonto, o le tiraba uno malintencionadamente.

Llegamos a un edificio que sabía que era donde tenía su ático. Metió el coche en el garaje y sí, nos llevó el ascensor hasta la puerta de su casa, la única de esa planta.

—Quiero una copa —dije mirando aquello que parecía una mansión, pero en plan moderna ¡Qué barbaridad de casa!

—Así, en tu estado, si te doy otra copa no podremos hablar.

—Échame una copa —le dije sonriendo con ironía a modo de advertencia.

Y a pesar de su malita cara, sirvió dos copas en aquel minibar que tenía en el salón.

—Creo que esperaré a que duermas luego y por la mañana hablaremos.

—No pienso quedarme aquí a dormir contigo.

—Ya lo veremos...

—Mira, Kevin, te voy a decir una cosa... —Cogí un cigarrillo de un paquete que vi a un lado de la barra.

—Háblame en otro tono, por favor.

—En el que me salga de mis santos ovarios —sonreí.

—Estás siendo injusta.

—¿En serio tienes la poca vergüenza de decirme eso?

—No has escuchado mi versión.

—Dime solo una cosa ¿Es verdad que todo estuvo preparado?

—Sí.

—Pues partiendo de eso, no hay nada que te pueda exculpar de lo mala persona que has sido conmigo, sabiendo que estaba con la moral por los suelos, sola, rota en mil pedazos, sin autoestima ¿Cómo pudiste ser capaz?

—Estaba en una posición muy difícil.

—¿Estabas? A mí ni, aunque me apuntaran con una pistola jodería ni a una mosca. Me das asco, Acker, mucho asco.

—Lo entiendo, lo comprendo, pero créeme que después de pasar los primeros días contigo...

—¡Que te calles! No me vas a volver a liar más, no lo harás, no quiero, lo tuyo fue lo peor que una persona le puede hacer a otra y lo peor de todo es que te iba creyendo, a pesar de saber que no era nada para ti —puse el vaso con tanta fuerza en la barra que se rompió y no veas la que lie...

Fue a por un cubo y una bayeta y se puso a limpiar, su cara era pálida, blanca, estaba descompuesto.

Volvió a servirme otra copa sin decirle nada.

—¿Qué puedo hacer para que me perdones? —me preguntó con los ojos brillosos.

—Pon en la foto que puse en las redes con el beso de tu hermano diciendo que éramos muy bromistas y sube una en esta casa conmigo y diciendo que soy lo que más te importa de este mundo.

—No puedo hacer eso ahora mismo.

—Vete a la mierda.

—Dame unos días.

—No te voy a dar nada. ¿Me oyes?, nada.

Saqué mi móvil y comencé a tirarme selfis para que se viera dónde estaba. La subí a las redes poniendo que el juego había comenzado.

—No sabes lo mal que lo estoy pasando.

—Me importa un pimiento, tú tienes una postura cómoda y aun así te has reído de mí. Eres peor que mi familia, fuiste la mano ejecutora.

—No pensé que me iba a enamorar de ti.

—¿Enamorar? Que grande te queda esa palabra, que grande, no sabes que es el amor y peor aún, si fuera verdad, solo por haberte enamorado te arrepientes de lo que hiciste, en el caso contrario que le dieran a esa persona que lo estaba pasando mal y con la que tú jugaste. No tienes defensa, por personas como tú, hay mucha gente sufriendo.

—Me duele que me digas eso, no tuve alternativa, si no lo hacía, ponían una foto mediáticamente muy comprometida para mí.

—Ahora sí que me das asco, ahora sí, limpiar tu culo sucio a costa del dolor de los demás ¿De qué vas?

)

—Por favor, no me hables así.

—Por favor dice —negué incrédula—. No te das cuenta que te crees el rey del mundo solo por tener la suerte de tener tu vida solucionada y voy a ser justa, no será la suerte, será tu esfuerzo y cabeza, pero con esto la has cagado. Seré pobre, no tendré a mi familia de mi lado, ni siquiera amigas de años, pero soy persona, soy mujer,

soy buena y no me merecía tanto daño gratuito —me eché a llorar.

—No llores, por favor.

—¡No me toques! No lo hagas, no pongas tus sucias manos sobre mí.

Cogí la copa, me puse en una esquinita del sofá y lloré de rabia, quería partir todo lo que había en la casa, quería destrozarla, pero no era capaz, yo no era así y no me iba a convertir en alguien que por el dolor de lo que le hicieron, se convirtiera en mala persona.

—Toma —me dio una manta para que me la echara sobre las piernas.

Me notaba tan mareada que dejé la copa sobre la mesa y cerré los ojos, solo quería dormir, solo quería no pensar...

soy buena y no me merecía tanto daño gratuito —me eché a llorar.

—No llores, por favor.

—¡No me toques! No lo hagas, no pongas tus sucias manos sobre mí.

Cogí la copa, me puse en una esquinita del sofá y lloré de rabia, quería partir todo lo que había en la casa, quería destrozarla, pero no era capaz, yo no era así y no me iba a convertir en alguien que por el dolor de lo que le hicieron, se convirtiera en mala persona.

—Toma —me dio una manta para que me la echara sobre las piernas.

Me notaba tan mareada que dejé la copa sobre la mesa y cerré los ojos, solo quería dormir, solo quería no pensar...

Capítulo 9



No podía abrir los ojos, pero, ni lo más mínimo. El dolor de cabeza me iba a matar, necesitaba tomarme una pastilla urgentemente.

Me incorporé y me di cuenta de que estaba en el sofá, pero, uno que no era el mío.

Lo primero que vi fue a Kevin, en un sillón, mirándome con una media sonrisa mientras sostenía una taza de café en su mano.

—No me digas que nos hemos acostado que ahora mismo te denuncio —le advertí muy enfadada y señalándole con el dedo.

—No —rio negando.

—¿Esto qué es? —Abrí las manos girando, mirando alrededor, como diciendo que no conocía ese lugar.

—Mi ático de la ciudad...

—¡Vaya! Y... ¿Me puedes explicar que hago aquí?

—Viniste a cambio de un coche y el dinero que llevas gastado en las cosas que compraste.

—¿¿¿A follar???

—No —rio —, era para hablar.

—Ya decía yo que no era tan brillante en la cama como para merecer tanto —murmuré volteando los ojos y sacándole una sonrisilla —¿Y hablamos?

—Sí —aguantaba la risa.

—¿Y dónde está el dinero y el coche?

—El dinero en tu cuenta, te puse algo más de lo que gastaste y el coche te lo llevará Mike el lunes.

—El coche no lo quiero.

—Lo tendrás.

—Pues será como el que tiene una figura en un mueble.

—Estoy seguro de que lo usarás.

—Ya te digo yo que no —reí pensando que el pobre iluso no sabía que yo no tenía carnet de conducir—. Por cierto, ¿me puedes llamar a un taxi para que venga a por mí? Más que nada porque no sé dónde estoy.

—Cuando te vayas, te llevaré yo.

—Me quiero ir ya.

—No, aún te falta un poco para eso.

—Quiero ducharme y cambiarme de ropa.

—En una hora estará aquí todo lo que te pedí por Internet.

—A ver —me levanté siguiéndolo hasta la cocina—. Que te quede bien claro que me pienso ir y que no me vas a comprar con tu maldito dinero.

Miré el móvil y entré en mi cuenta, me había traspasado diez mil euros y como concepto “donación”.

—¿¿¿Donación???

—Es una forma para poder declarar en los impuestos.

—Esto es ver para no creer ¿¿¿En serio???

—Tienes dos opciones, o te lo tomas a bien o a mal, yo solo me limito a cumplir mi palabra.

—Como se la cumpliste a mis hermanas.

—No empecemos por favor...

—Obvio que no voy a empezar nada y menos contigo —contesté mientras me daba la taza de café—. Y diez mil euros es el doble de lo que me gasté.

Sonó el timbre y fue a abrir. Yo me quedé en el salón y escuché que él le decía a alguien que pasara y lo dejara en el salón.

Un chico sonrió al verme y dejó un montón de bolsas en el sofá grande, todas de tiendas y de mujer, yo estaba alucinando.

—Ya no tienes pretexto para irte —murmuró cuando se fue el joven.

—Tienes un morro que te lo pisas, siento que me estás comprando.

—No lo estoy haciendo, solo hago lo que me nace del corazón.

—Sí, sobre todo de ese podrido que tienes —resoplé agobiada.

—¿Te apetece darte una ducha antes de desayunar?

—¿Y quién te dice que voy a desayunar contigo? Yo solo quería esto —levanté un poco mi mano que sostenía la taza.

—Desayuna sola si quieres, pero no te vas a ir.

—Me voy si me sale de las narices.

—Te ataré.

—¿A lo sado? —pregunté riendo, con un sarcasmo que no podía con él.

—Jamás te haría pasar dolor.

—¿Me lo dices a mí? ¿Precisamente a mí después de lo que me hiciste?

—Me porté muy mal contigo y, conmigo. No son mis principios y no es mi forma de ser.

—Pues actuaste como todo un profesional. Por cierto, no te atrevas a comprarme un coche, si con un reloj casi te deformato la cara, no te imagines lo que puedo hacer al volante.

—He de decirte que mi palabra va al cielo.

—Que se lo digan a mis hermanas, que deben estar tocando las palmas de felicidad.

—No lo creo, con esas mentes no pueden ser felices.

—Tú eres igual, así que no te la des de víctima. Estoy segura de que estás con alguna de ellas.

—No, te juro que no, te lo puedo demostrar.

—Por mucho que me hables así, en tonito de buena persona, no te creo en nada Kevin. Para mí ya no eres ese asombroso hombre con un corazón limpio y una vida ejemplar.

—Lo siento, no te imaginas como me duele haber jugado contigo, pero te juro que fueron los primeros días, luego me enamoré, estoy seguro de lo que siento por ti.

—No te lo crees ni tú, de verdad, Kevin, déjalo que el papel ya es nefasto.

—Dúchate, voy preparando el desayuno.

—No lo haré, me vas a llevar a mi casa.

—Ahí tienes pijamas, ropa de deporte y de vestir, además de ropa interior y zapatillas, coge lo que quieras.

—Kevin, cojo la puerta y me voy.

—No se puede abrir, tiene seguridad —sonrió levemente y se fue a la cocina.

—Voy a llamar a la policía.

—Hazlo, si crees que me lo merezco, hazlo.

Se metió en la cocina a preparar el desayuno y yo, tonta de mí, miré la ropa interior y cogí una de lo más cómoda y bonita, en color blanco, como de punto y tipo camiseta. Luego unos leggins negros con una camiseta de tirantes finos en el mismo color. La verdad es que la casa estaba a una temperatura perfecta. Eso sí, unas zapatillas monísimas en gris claro, con unas letras rosas con el nombre de la marca en pequeña.

Me duché y lavé el pelo, que luego sequé mientras me reprochaba a mí misma lo que estaba haciendo. Me sentía manejada por él, pero lo peor de todo y más cruel, es que por muy chulita que me pusiera, lo amaba con toda mi alma, esa era la realidad.

Salí y me tenía el desayuno puesto en la mesa de la cocina.

—¿Mejor?

—Kevin, esto no tiene sentido y de verdad, no estoy bien a tu lado...

—Lo sé, pero no te quiero dejar marchar, quiero que confíes en mí.

—Eso será muy difícil, no lo he pasado nada bien, ni lo estoy pasando. No creo en ti y cuando dejas de creer en alguien, es muy difícil recuperar la confianza y, es más, no la quiero —me senté y cogí un sándwich mixto que él había preparado

—¿No te das cuenta de que solo me apetece estar contigo?

—No me lo puedo creer —dije observando mis redes, esas que me abrió Dana, pero que yo no recordaba lo que se puso. Ignoré su pregunta y me puse a eliminar todos los posts ¡Qué vergüenza!

—Sí, le cogiste ayer el gusto a eso de postear —hizo un carraspeo.

Hasta la tensión me la notaba baja, me quería morir, de verdad que esa no era yo ¡Vaya borrachera que había cogido!

—Espero que no haya llegado a mucha gente.

—A la prensa rosa, nada más —hizo un carraspeo.

—Ahora sí que me quiero morir.

La cara de él lo decía todo, se había liado parda. Yo no me acordaba más que cuando llegó Jens y que Dana me

abrió las redes.

Me sentí mal conmigo misma y tenía la sensación de que la noche anterior había sido todo lo que no me gustaba ser, y más por las redes. Resoplé agobiada.

—No pienses más, lo hecho, hecho está.

—Sí claro, para ti es tan fácil decir eso.

—No lo es, no puedes seguir atacándome por ahí.

—Te voy a atacar por donde quiera, ten claro que ya no trabajo para ti, ya no te debo lealtad, ni respeto, ni....

—Vale —estiró las manos—. Desayunemos en paz.

—Me gustaría que me llevaras a casa.

—No lo haré, quiero pasar el fin de semana contigo.

—Y yo quiero un viaje a las Seychelles, pero todo no se puede tener en la vida.

—Iremos a las Seychelles... —murmuró y solté una carcajada de esas que debió sonar en todo el edificio.

—Es asqueroso tener tanto dinero, todo lo haces a costa de ello.

—Eres tú la que me provocas.

—Sí, claro —negué riendo.

Fui al salón donde había visto una cajetilla de tabaco encima de un minibar, la traje y me encendí uno. Él me miró sonriendo.

—Estás preciosa, Emily —acarició mi mano y la retiré—. No me la quites, por favor.

—No me toques, por favor, no lo hagas, no me hagas sentir peor de lo que ya me siento.

—Sé que me deseas.

—Da igual, eso no te da derecho a nada.

Se hizo un silencio que duró hasta que recogimos la mesa...

—Da igual, eso no te da derecho a nada.

Se hizo un silencio que duró hasta que recogimos la mesa...

Capítulo 10



Me asomé a la terraza, era espectacular, parecía el jardín de algún club privado, imponía tanto como él. Sí, me seguía imponiendo.

Lo vi en el salón hablando por teléfono mientras me miraba, me daba terror que estuviera hablando de mí, no sé, me sentía insegura a pesar de que, para mi desgracia, quería pasar ese sábado con Kevin y por lo que deduje por sus palabras, hasta el domingo.

—He pedido que nos traigan comida italiana más tarde —dijo acercándose.

—¿Pizzas?

—No —sonrió—. Ravioli de queso a la carbonara, brusquetas de carne, tomate y queso y, ensalada capresse.

—Suenan muy bien —sonreí con tristeza.

—Te cambió el gesto.

—No quiero estar peleando contigo, me siento mal, no soy así.

—Lo sé, pero entiendo cómo te has puesto, no es para menos, te fallé, no te fui leal, cuando quise comenzar a serlo, era demasiado tarde.

—No confío en ti, pero tampoco quiero creer que seas tan malo, tuviste unos detalles muy bonitos y pudiste jugar sin tener que cargar tantos días conmigo, pero eso no significa que vaya a dar marcha atrás en nada y una vez que salga por esa puerta, no volveré a verte jamás.

—¿No me quieres volver a ver?

—No, de verdad que no. Tú tienes una vida muy diferente a la mía, no quiero quedarme con lo malo, pero el daño está ahí y sé que no lo podré olvidar, intentaré quedarme solo con lo bueno, pero no me la voy a volver a jugar.

—Puedes confiar en mí.

—No sería fácil.

—Voy esperarte el tiempo que quieras.

—¿Esperarme para qué?

—Para estar contigo...

—Kevin, por favor, no me chupo el dedo, pero si fuera verdad, te digo que con una traición me vale, no voy a dejar que me fallen dos veces.

—No te volveré a fallar, de todas maneras, no te conocía.

—Ya te he dicho que eso no es justificación, nadie se merece que le hagan cosas tan feas.

—Mírame a los ojos y dime que no me vas a echar de tu vida.

—No, no te voy a echar, simplemente tomaremos dos caminos diferentes.

Y no me dio tiempo a decir más nada, levantó mi barbilla con sus dedos y me besó.

Miento si digo que las mariposas de mi estomago no revolotearon inmediatamente, pero me ocasionaron un cosquillo tremendo. Sentí que me desvanecía en sus brazos, pero, ante todo, tuve la sensación de que era lo más maravilloso que me podía suceder en esos momentos.

—Esto no implica que no siga pensando lo que te he dicho —murmuré, mientras seguía dándome besos cortos sin cesar.

—Te necesito más de lo que imaginas, Emily.

—Cuando salga por esa puerta, vas a tener que comenzar a olvidar esa necesidad.

—Entonces nunca te dejaré salir —me apretó contra él y volvió a sumergirnos en un intenso beso.

—Sí, claro, lo que me faltaba por escuchar —me reí.

—Dime que ahora mismo tu corazón palpita como el mío.

—Kevin, por favor, deja el romanticismo a un lado, que no te pega —negué riendo.

—Tú eres la que me provocas este estado.

—Déjame respirar —lo aparté riendo —y tráeme otro café y un cigarrillo —le hice un gesto con la cara para que entrara.

—Tus deseos son órdenes para mí —me volvió a besar antes de entrar a hacerlo.

Me quedé mirando hacia la calle de nuevo, pensaba en lo que estaba haciendo y recordé lo que me había llevado a estar así, pero bueno, los sentimientos mandaban y lo que necesitaba ahora mismo era estar con él, lo amaba con todas mis fuerzas.

Kevin apareció con dos cafés que puso sobre la mesa y el paquete de cigarrillos.

Me miraba sin decir nada, no se le quitaba esa media sonrisa, sabía que me ponía nerviosa, le gustaba provocarme reacciones, le encantaba...

Agarró mi mano y se la llevó a sus labios para besarla, yo no hice nada, sentí ese momento y como tal, me dejé llevar.

—¿Estás preparada para vivir una noche especial?

—¿A qué viene eso? —Arqueé la ceja.

—A qué quiero que hoy tengamos una velada de esas que quiero que no olvides jamás.

—¿Dónde?

—Aquí...

—¿Y qué vas a hacer apagar las luces y poner velas? —me reí.

—Por ejemplo...

—Iba a decir una muy grande, pero conociéndote, seguro que haces hasta por conseguirlo.

—Dilo...

—No —negué riendo —, pero dime un poco más de lo que tienes pensado, no sé, con la de bolsas que llegaron de ropa, lo mismo quieres que me ponga hasta algo especial —seguí riendo.

—Cómoda, te quiero cómoda —volteé los ojos.

—Tienes pijamas de Women Secret que tanto te gustan, también ropa de deporte y demás.

—¿Con qué sueña una persona que lo puede tener todo? —pregunté con ironía.

—Con tener en su vida a alguien como tú y levantarse todos los días con un beso, un abrazo, una mirada de complicidad...

—Pues lo llevas mal, ¿eh? No es por bajarte los ánimos, que conste.

—¿Sabes que todo tiene un precio en la vida?

—Te equivocas.

—¿Quieres que te lo demuestre?

—Venga —lo reté.

—Tendrás mil euros por cada día que pases conmigo.

—Oye, dicho así, suena tentador, pero, ¿no crees que es poco para alguien como yo? —Me hice la chula, pero joder, mil euros por día y encima estando con él, firmaba ya.

—Mil doscientos, mi última oferta.

—Mil quinientos y estoy a tus órdenes —me reí.

—Trato hecho —alargó su mano con una media sonrisa.

—Pero los días que yo quiera.

—En ti estará.

—De acuerdo —le apreté la mano —, pero por quinientos euros, también hubiera aceptado —me reí.

—Y si yo hubiese querido, también podía haberte ido arrastrando a mí, sin pagar ni un duro, pero...

—Pero, ¿qué?

—Todo tiene un precio y esta vez no serás tú quién pierda. Además, te haré un contrato por mes de trabajo por la cantidad que te envíe.

—¿Cobraré por mes?

—Claro, como directiva adjunta de Acker.

—Ah, no, a mí no me cueles de nuevo allí.

—Será ficticio.

—Como lo nuestro —me eché a reír.

Llamaron a la puerta para entregar la comida que había pedido Kevin. Preparamos la mesa en el salón y nos sentamos a comer. Todo estaba riquísimo, él no dejaba de sonreír al verme jadear como una niña pequeña.

—Pero los días que yo quiera.

—En ti estará.

—De acuerdo —le apreté la mano —, pero por quinientos euros, también hubiera aceptado —me reí.

—Y si yo hubiese querido, también podía haberte ido arrastrando a mí, sin pagar ni un duro, pero...

—Pero, ¿qué?

—Todo tiene un precio y esta vez no serás tú quién pierda. Además, te haré un contrato por mes de trabajo por la cantidad que te envíe.

—¿Cobraré por mes?

—Claro, como directiva adjunta de Acker.

—Ah, no, a mí no me cueles de nuevo allí.

—Será ficticio.

—Como lo nuestro —me eché a reír.

Llamaron a la puerta para entregar la comida que había pedido Kevin. Preparamos la mesa en el salón y nos sentamos a comer. Todo estaba riquísimo, él no dejaba de sonreír al verme jadear como una niña pequeña.

Capítulo 11



Estaba fregando los platos cuando se me pegó atrás, agarró mis caderas y besó mi cuello.

—Voy a preparar el jacuzzi, ahora vengo, tomamos un café y luego una copa de champán, mientras nos relajamos en esa agua burbujeante.

—En resumidas cuentas, que vamos a follar, o sea, que hoy me apunto mil quinientos euros.

—Efectivamente —apretó mi nalga, mordisqueó rápidamente mi lóbulo y se fue a prepararlo.

—¡Serás descarado! —negué, mientras terminaba de fregar.

Me puse a preparar los cafés cuando apareció por la cocina, sonreía. Cogió su taza sin dejar de mirarme. Estaba más relajado, era consciente de que yo me estaba dejando llevar y eso le creaba más tranquilidad.

Me rodeó con su otra mano y me pegó a él.

—Su jacuzzi está preparado —murmuró entre besos.

—No veo bañadores en las bolsas de ropa.

—No te hace falta, no vamos a ir a la playa ni a la piscina, por ahora...

—Por ahora —me reí negando y fui yo, la que le di un beso muy fuerte en los labios.

—No puedo borrar el pasado, pero si puedo hacer que tengas un bonito presente y futuro.

—A mil quinientos euros por día, no lo dudo —solté una carcajada y puse mi cabeza en su hombro.

—Nunca enamorarse salió tan caro —acariciaba mi pelo.

—Ya te digo...

—Pero no me importa, pagaré cada día de mi vida si ello me lleva a no separarme de ti.

—Ya me entró claustrofobia —carraspeé y sonrió.

Dejamos las tazas sobre el fregadero, agarró mi mano y me llevó hasta el cuarto de baño del jacuzzi.

Abrió la puerta y estaba todo a oscuras, con la música de la balada de una película, “Ghost”, velas aromáticas que olían a vainilla, sales de baño y una cubitera con una botella de cava y dos copas.

Comenzó a desnudarme lentamente desde atrás mientras nos mirábamos por el espejo, él con su media sonrisa, yo con la mía entera. En ese lado que estábamos, podía vernos de cuerpo entero, como me vi al quedar completamente desnuda mientras él, me miraba a través del espejo.

—Me estás poniendo muy nerviosa —murmuré sonrojándome.

—Sabes que eso me gusta —mordisqueó mi hombro.

Cogió mis manos y las puso apoyadas en el espejo, levantó mis caderas y abrió mis piernas con un gesto de la suya. Me veía a mí misma comprobando como se transformaba mi rostro en placer, mientras con la palma de su mano cogía en un puño mi zona baja y la apretaba sensualmente. Con su otra mano apretaba mi cadera.

Abrió un cajón del mueble lavamanos que tenía justo al lado y sacó un dosificador de lo que parecía un gel que echó en su mano y que se extendió sobre ellas, luego echó un poco en sus dedos, esos que introdujo en mi vagina.

Gemí con esa sensación de calor y esos dedos que se movían lentos, pero firmes, esos que sacó y volvió a poner de nuevo un pegote que colocó en la entrada de mi ano.

—No, Kevin —murmuré con la voz entrecortada.

—Tranquila, solo voy a buscar tu placer —movía su dedo en círculos y apretaba con cuidado hacia dentro.

Su otra mano la llevó hacia mi clítoris y comenzó a jugar mientras con la otra me iba estimulando, consiguiendo entrar un poco más.

Comencé a sentir un placer desmesurado, como si fuera a doble banda, como nunca lo había sentido y eso que

notaba que estaba su dedo ya ligeramente dentro por detrás, pero aquello ocasionaba un mayor placer del que jamás imaginé.

Llegué al clímax mirándome al espejo y viendo como en su cara se dibujaba esa sonrisa de haber hecho lo correcto.

Se lavó la mano mientras yo soltaba todo ese aire contenido. Abrió la botella y llenó las copas.

—Por nosotros —chocó la suya contra la mía—. Puedes meterte dentro —me invitó con su mano a entrar en el jacuzzi.

Me senté dentro mientras Kevin, se desnudaba dejando ese cuerpazo ante mis ojos, no podía ser más perfecto. Se sentó detrás de mí y quedé entre sus piernas.

Echó agua sobre mis hombros con una esponja con la que luego me enjabonó la espalda. Era imposible no caer rendida a esas manos que sabían cómo tocarme.

La dejó a un lado y con sus dedos impregnados de gel se fue a mis pezones con ambas manos.

Comencé a gemir de placer y dolor entremezclados, mientras los apretaba con firmeza, dispuesto a volverme loca de placer.

No podía creerlo, pero me había vuelto a poner tan excitada que quería que me lo hiciera o que fuera más allá, aquello me estaba volviendo loca. Estaba echada sobre su pecho, de espaldas y no dejaba de mover mi cabeza mientras él, sin dejar de jugar con mis pezones, me aguantaba con sus brazos.

—No me hagas esto...

—¿El qué?

—Por Dios, Kevin —dije cuando una de sus manos se fue para mi vagina y me penetro sin dejar de pellizcar mi pezón con la otra.

—Por Dios no, por mil quinientos euros —murmuró en lo que se notaba que era una broma.

—¡Tonto! —respondí entre gemidos.

Y volvió a activarme de tal forma, que llegué de nuevo al clímax...

Me eché hacia atrás para apoyar mi cabeza en su hombro y relajarme, necesitaba estar así sobre su pecho, con sus manos rodeando mi cintura.

—Y ahora te espera una velada que deseo que te guste.

—¿Qué tipo de velada? Me he quedado sin fuerzas.

—Tranquila, ahora las recuperarás...

Echaba agua por mi cuello y yo estaba de lo más feliz en ese momento, era como si una parte de mí, estuviera tranquila por estar a su lado, cosa que por la otra me inundaba el dolor de saber lo que pasó, pero realmente me sentía bien. Cuando amas a alguien, lo necesitas a tu lado y eso es lo único capaz de calmar todo el dolor que sientes.

Salimos del jacuzzi casi media hora después, no había buscado nada para él, se había centrado en hacerme disfrutar, había sido muy generoso, pero bueno, sabía que en cualquier momento entraría de nuevo en acción y desfogaría sus deseos.

No sabía que me esperaba, pero yo me puse uno de esos pijamas preciosos que me había regalado, me encantaba estar cómoda en casa y así me sentía, como si estuviera en la mía.

Nos sentamos un rato en el sofá abrazados y nos quedamos dormidos, tal cual.

Cuando abrí los ojos vi una preciosa mesa preparada con la cena y velas, además de una botella de vino tinto, de esos de reserva.

—Me encanta —sonreí acercándome a él y dándole un beso en la mejilla.

—Quiero otro beso en los labios —me apretó contra él.

—Ese te lo tienes que ganar —cogí una de las copas que había servido y la choqué con la suya mientras sonreía.

Ni que decir tiene que el mundo se detuvo dejando atrás todo lo sucedido, estábamos en un momento de esos que todo estaba centralizado en nosotros, en este momento que estábamos viviendo hoy.

Sí, quizás era tonta por volver a caer en las redes de un hombre que había jugado de manera insensata conmigo, pero no podía más que sentir que ese hombre era todo lo que necesitaba hoy para sentirme así de bien.

Cenamos y tomamos vino mientras charlábamos sobre muchas cosas, fuera de su trabajo y de lo sucedido.

Terminamos haciéndolo como locos en el sofá, para luego continuar en la cama.

Terminamos haciéndolo como locos en el sofá, para luego continuar en la cama.

Capítulo 12



Y desperté ese domingo entre besos, con los mismos en los que nos deshicimos la noche anterior y donde dimos rienda suelta a todos nuestros deseos.

Salimos de la cama para desayunar sin dejar de tocarnos, jugar, a Kevin se le dibujaba en la cara esa felicidad que se lo notaba cuando estaba conmigo, pese a todo, era algo que percibí y que nadie me lo podía obviar.

Tras el desayuno nos vestimos y salimos a la calle a tomar algo, me llevaba de la mano, por el hombro y no dejó de hacerme muestras de cariño en ningún momento.

Claro que me daba rabia y dolor saber que él había cooperado con mis hermanas para hacerme daño, pero, por otro lado, algo me decía que él no era así.

Y no entendía lo de mi familia, ese afán por destruirme, disfrutar haciéndome daño, desear que no sea feliz. No comprendía esa inquina que me tenían cuando yo era parte de ellos, bueno no, pero sí, por desgracia ellos me habían desterrado de una manera inhumana.

Terminamos de cervecitas en una terraza antes de comer.

—¿Cuándo piensas llevarme a mi casa?

—Mañana por la mañana.

—Bueno, pero que no pase de mañana, que tengo que hacer cosas y después del último atraco ya estoy nerviosa.

—Deberías de poner una alarma.

—Debería de hacer tantas cosas —reí.

—Estás preciosa —acarició mi mano.

—Tú también estás muy guapo, la camisa blanca te sienta genial.

—Me alegro de que te guste. Por cierto, lo de las Seychelles va en serio.

—No por Dios —me reí negando.

—Además, trabajas para mí, esos días serán cuantificados.

—Espero que sea broma lo de que me vas a pagar, no podría aceptar ni un euro más.

—Quiero estar contigo.

—Lo estás, pero no me vuelvas a fallar.

—¿Quieres decir, que me seguirás viendo aún si pagarte?

—Claro, cuando me apetezca.

—Me gustaría que volvieras a la empresa después del viaje.

—Mira, no te creas que no te lo aceptaría. Eso sí, me mejoras las condiciones que a la otra por ser recepcionista le pagabas dos mil doscientos —me reí.

—Cobrarás eso ¿Sabes por qué dejó Dana la empresa?

—Sí, pero no seré yo quién te lo diga.

—Vaya, al final os habéis caído bien.

—Muy bien, sinceramente, le estoy cogiendo cariño.

—No es mala mujer, pero no entendí nunca eso que de repente le pasó contigo.

—Yo sí y con eso me vale.

—Entonces me quedo tranquilo —acarició mi mejilla.

Me gustaba eso de volver a la empresa Acker, tener ese trabajo para mí era importante y, además, para que me jodieran a mí, lo hacía yo y con algo más o menos estable. Esta vez tenía que pasar un huracán para abandonar mi empleo.

Nos fuimos a comer a un restaurante que hacían unas carnes al fogón que estaban riquísimas, él era mucho de carne, yo comía de todo, para mí el comer era como el respirar, me hacía falta.

Llegamos a su casa por la noche, ni que decir que ya iba en el ascensor desnudándome, yo estaba muerta de la risa, me encantaba verlo así tan juguetón.

—Kevin... —protesté.

—No me puedo resistir —me escapé cuando se abrieron las puertas del ascensor.

—Me duelen todas mis partes —resoplé negando.

—Pues mañana vamos al ginecólogo.

—Y qué le vamos a decir, ¿qué tengo dolores de penetraciones constantes? —me reí.

—Lo que quieras, pero no huyas —me agarró por el hombro cuando abrió la puerta.

—No quiero —corrí hacia atrás del sofá.

—Como me hagas jugar a cogerte, prepárate.

—¿Para qué?

—Mejor no lo quieras saber.

—Kevin... —Le advertí con la mano, esa que en un acto rápido agarró y me tiró desde atrás del sofá hacia adelante y se tumbó encima de mí.

—¿Ahora qué?

—Ahora lo mismo de siempre —reí.

—¿Quieres que cambiemos?

—¿Me vas a hacer el Superman?

—Te podría sorprender todo lo que te podría hacer.

—Pues ya otro día, ahora uno normalito.

—¿Y si te ato?

—Mira, me he puesto hasta cachonda de pensarlo.

—Espérate aquí.

Fue meterse en la habitación, salí corriendo a la cocina y me metí dentro de un mueble donde sabía que cabía.

Cuando comenzó a llamarme me tuve que poner la mano en la boca, la risa me salía a borbotones, pero no quería que me escuchara.

—Emily, cuando te encuentre será peor.

Decía continuamente dando vueltas por todos lados y yo ahí, más callada que cuando me llevaba mi madre a misa que no sé para qué iba si a esa no le perdonaba Dios ni, aunque estuviera un mes de rodillas en penitencia.

—Emily, te cuento hasta tres, o no sales de esta casa hasta el viernes.

¿El viernes? ¿Había dicho el viernes? Solté tal carcajada que como estaba cerca de la cocina me escuchó.

—Ya sé que estás por aquí —dijo en el mismo momento que abrió el mueble donde me encontraba.

—Juro que estaba meditando.

—Pues ahora sí que tendrás tiempo a hacerlo —me ayudó a salir.

—Joder, parezco contorsionista —dije, justo en el momento que me di un chocazo contra el mueble.

—Si es que no puede ser, eres muy bruta.

—Claro y tú muy fino —volteé los ojos mientras me llevaba al salón.

Me giró y ató mis manos con una corbata a mi espalda. Me dejó caer hacia delante en el respaldo del sofá, yo reía, bueno, estaba a carcajada limpias mientras él me ponía a su forma, con las caderas en alto y las piernas abiertas.

Se puso de rodillas en el suelo y comenzó a lamer mis partes mientras con sus dedos a la vez, jugaba a penetrarme. Solté el aire, me estaba poniendo como una moto.

Sentí como se echaba un gel que luego noté en sus dedos por mi culo.

—No por Dios, por ahí no.

—Relájate y disfruta.

—¡Kevin! —reí al notar como su dedo iba entrando mientras jugaba con su otra mano y mordisqueaba mi nalga.

Cuando me di cuenta ya estaba su dedo penetrando por detrás y mi clítoris hinchado mientras yo jadeaba de placer y llegaba al orgasmo, no me dio tiempo a mucho más cuando ya había llegado al clímax.

No me dio tiempo a levantarme cuando ya me había penetrado, obvio que por delante y comenzó a hacérmelo de forma rápida e intensa. Me faltaba la respiración, aquello estaba siendo demasiado para mí, pero debo reconocer que me sentía completamente satisfecha y manejada a su antojo.

Cuando me acosté ni tiempo me dio a pensar, caí rendida...

Por la mañana nos levantamos a las siete, desayunamos y me llevó a casa para irse a trabajar.

—Nos vemos luego...

—Ya te diré, Kevin, tengo cosas que hacer —reí.

—No más de un día sin verte.

—Hoy no cuenta porque me estás viendo.

—Bueno, te llamo luego...

—Vale —sonreí

Y subí para casa como la que va en una nube, estaba feliz, pese a todo mi estado, era de contenta, no podía describir el fin de semana que había pasado con él, pero sí que volvía a confiar, lo tenía claro, confiaba en él, fuer o no tonta, pero era lo que me dictaba el corazón y no pensaba ir en contra de eso, no podía, no quería, las oportunidades estaban para algo...

r

Y subí para casa como la que va en una nube, estaba feliz, pese a todo mi estado, era de contenta, no podía describir el fin de semana que había pasado con él, pero sí que volvía a confiar, lo tenía claro, confiaba en él, fuera o no tonta, pero era lo que me dictaba el corazón y no pensaba ir en contra de eso, no podía, no quería, las oportunidades estaban para algo...

Capítulo 13



Mike me envió un mensaje para que bajara a la calle, la verdad es que me sorprendió puesto que eran las cinco de la tarde.

Cuando lo vi, junto a un MBW Mini blanco, arqueé la ceja.

—¿Te han cambiado el coche de empresa? Porque no te pega nada —dije, dándole un beso.

—Si me cambian el coche, me voy de la empresa. Este es para ti.

—¿Para mí? No me digas que me lo regalas tú, por lo buena amiga que soy.

—Te lo manda el jefe —sonrió.

—¿Cuál de ellos? Porque igual no me interesa aceptarlo, dependiendo del que sea.

—Kevin.

—Ya te lo puedes llevar. Mira que le dije que no quería el puto coche —protesté, cruzándome de brazos.

—Lo coges, que es un regalo, y esos no se rechazan.

—No quiero, Mike, llévatelo, no voy a coger el coche.

—Eres un poquito orgullosa, pequeña.

—Si es que esto yo se lo dije en broma, de verdad, o eso creo, porque había bebido. ¿Para qué me trae un coche? No lo quiero, no lo voy a aceptar.

—Anda, ven —me dijo, cogiéndome la mano para llevarme hasta el asiento del piloto.

Cuando abrió la puerta, me encantó ver el interior, todo en negro, y ese olor a coche nuevo.

La verdad es que no le faltaba nada, Mike me dijo que Kevin se había encargado de que llevara todo lujo de detalles, así como los extras.

El coche era una auténtica cucada, de verdad, no podía decir que no me gustara, porque sería mentirme a mí misma, pero es que no podía aceptarlo.

—Siéntate, verás qué cómodo —dijo, le miré y él me apremió a que lo hiciera, señalándome el interior del coche con la mano.

Suspiré, y acabé haciéndolo.

Lo primero que me llamó la atención, fue mi nombre en el volante. Toqué esas letras como si fueran el mayor tesoro. Sentí un nudo en la garganta, y es que ese detalle me había parecido de lo más bonito.

Me fijé bien y un poco más abajo, estaba su apellido, Acker.

No entendía por qué lo había puesto, y si lo que pretendía era que no pudiera olvidarme de él, no habría hecho falta que se molestara en añadirlo, porque eso era algo difícil de conseguir.

—Tienes que aceptarlo, Emily, Kevin no va a parar hasta que lo hagas —dijo, apoyado en el coche.

—Es que no puedo hacerlo, Mike, de verdad que no.

—Aceptaste el dinero del finiquito.

—Me obligaste, porque lo firmé antes de ver la cantidad.

—Aun así, es un regalo, pequeña.

—Ya, y los diez mil que me dio de más también.

—¿Te dio más dinero? —Frunció el ceño.

—Pues sí, pero es que, resulta, que yo se lo pedí. Te explico —dije, saliendo del coche—. Me gasté dinero en ropa, la tele, el portátil y el móvil, se lo dije y le pedí que me lo repusiera, y al día siguiente ya lo tenía. Hay que

ver, lo que puedes decir cuando llevas un par de copas de más.

—Un par, o más de un par.

—No lo tengo muy claro, Mike.

—Bueno, ¿me das una vuelta en tu nuevo coche?

—Primero, no he dicho que vaya a aceptarlo. Y, segundo, no tengo carnet.

—¿Cómo que no tienes carnet? Llevas la moto.

—Sí, de moto lo tengo, pero de coche no.

—Y deduzco que Kevin, no tenía ni idea, claro.

—Deduces bien, deduces bien.

—Vale, esto lo arreglo yo ahora mismo.

—¿Me vas a enseñar a conducir? Mira que, soy muy buena alumna, ¿eh?

—No, te va a dar clases un profesor cualificado —contestó, sacando el móvil del bolsillo.

Y empezó a hablar con alguien, mientras yo miraba mi nombre, y el apellido de Kevin. Por un momento pensé que juntos quedaban bien, pero entonces recordé el dolor que había sentido cuando descubrí que me había mentado.

—Listo, mañana puedes empezar las clases.

—¿En serio? —pregunté, girándome para mirarlo.

—Sí, te paso la dirección, la hora que me ha dicho, y estará esperándote.

—¡Ay, que te como! —grité, saltando y colgándome en su cuello mientras le besaba la mejilla.

—Sí que me quieres, sí —reía.

—Pues te he cogido cariño, así que, ya sabes, tienes Emily para rato.

—Vale, es bueno saberlo. Venga, te invito a un café.

—¿Puedo conducir? —pregunté, sonriendo y con un batir de pestañas, que ya quisieran muchas actrices.

—No, hasta que no tengas el carnet.

—Entonces, ¿cómo voy a dar las clases, si no puedo conducir, hasta que tenga el carnet? —Arqué la ceja.

—Me has entendido perfectamente, así que no te hagas la tonta.

—Vale, vale. Venga, café y bollitos.

—Al final te hacen clienta VIP de esa cafetería, lo veo venir.

—Seguro, y les pondrán mi nombre a unos pastelitos nuevos.

—Anda, sube.

Nos montamos en el coche y la verdad es que iba muy bien, apenas si hacía ruido, y me encantaba. Esa era la verdad, me encantaba el coche.

No pensé que Kevin fuera a ser capaz de regalarme un coche, aunque, bueno, conociéndolo, no sabía no por qué lo había dudado, de verdad.

Llegamos a la cafetería y ahí me estuvo hablando de su pequeño, llevaba un par de días malito con fiebre alta, pero parecía que ya iba mejorando.

La verdad es que veía en Mike un buen hombre, y por lo que me había contado de cómo tuvo a su hijo, tenía que ser todo un padrazo.

Me dejó en casa una hora después, pidiéndome que le contara cómo me había ido en mi primer día de clase al volante de un coche.

Pues cómo quería que me fuera, súper bien, eso seguro.

Preparé una pizza casera para cenar, busqué una buena peli que pusieran en televisión para la hora de la cena, y fu a darme una ducha.

Kevin se me vino a la cabeza, cómo me había engañado con lo de la casa de campo, ya le valía. Pero bueno, la mentira ya estaba contada y más no se podía hacer.

Con mi pijama nuevo de Snoopy, las pantuflas y un moño despeinado, fui directa a la cocina a sacar la pizza del horno.

Aquello olía que era un pecado, de verdad.

Preparé todo, me senté en el sofá, estilo indio, a disfrutar de mi cena y cuando estaba a punto de dar el primer bocado, me llegó un mensaje al móvil.

Kevin: *Buenas noches, preciosa. Espero que te haya gustado el coche, y que lo disfrutes.*

Emily: *Me ha encantado y me lo quedo, porque un amigo me ha dicho que los regalos no se rechazan, de lo contrario, te lo habría mandado de vuelta. Y ahora, buenas noches, déjame cenar, que tengo hambre y estoy acompañada.*

Ahí la llevaba, ahora que pensara quién estaba conmigo, y más le valía no preguntarme, porque le podía salir por cualquier lado, y de esa, igual me bloqueaba y todo.

Dejé el móvil bocabajo en la mesa, puse la peli y cené tranquilamente, sin pensar en nada, ni en nadie.

Aunque lo amaba y el fin de semana con él había sido espectacular, además me había encantado el coche, para que negarlo y lo bueno es que tenía la teórica y solo estaba a falta de las prácticas, esas que no me llegaba el dinero para sacarme y lo dejé.

Kevin se me vino a la cabeza, cómo me había engañado con lo de la casa de campo, ya le valía. Pero bueno, la mentira ya estaba contada y más no se podía hacer.

Con mi pijama nuevo de Snoopy, las pantuflas y un moño despeinado, fui directa a la cocina a sacar la pizza del horno.

Aquello olía que era un pecado, de verdad.

Preparé todo, me senté en el sofá, estilo indio, a disfrutar de mi cena y cuando estaba a punto de dar el primer bocado, me llegó un mensaje al móvil.

Kevin: *Buenas noches, preciosa. Espero que te haya gustado el coche, y que lo disfrutes.*

Emily: *Me ha encantado y me lo quedo, porque un amigo me ha dicho que los regalos no se rechazan, de lo contrario, te lo habría mandado de vuelta. Y ahora, buenas noches, déjame cenar, que tengo hambre y estoy acompañada.*

Ahí la llevaba, ahora que pensara quién estaba conmigo, y más le valía no preguntarme, porque le podía salir por cualquier lado, y de esa, igual me bloqueaba y todo.

Dejé el móvil bocabajo en la mesa, puse la peli y cené tranquilamente, sin pensar en nada, ni en nadie.

Aunque lo amaba y el fin de semana con él había sido espectacular, además me había encantado el coche, para que negarlo y lo bueno es que tenía la teórica y solo estaba a falta de las prácticas, esas que no me llegaba el dinero para sacarme y lo dejé.

Capítulo 14



Primer día de clases, e iba yo de lo más contenta con mi Vespa por las calles de la ciudad.

La verdad es que nunca me había planteado conducir un coche, que yo con mi moto iba a todos lados la mar de bien, pero es cierto que, en días de lluvia, ir cubierta por completo era una maravilla, así que, ya que tenía un coche nuevo aparcado en la calle, no iba a dejar pasar la oportunidad de conducirlo.

Llegué a la dirección que me había dicho Mike, justo a la hora prevista, y un hombre de poco más o menos la edad de Jens, estaba apoyado en el coche con el nombre de la autoescuela, mientras miraba el móvil.

—Hola, soy Emily —sonreí, levantando la mano.

—Hola, soy Sam, encantado.

—¿Tú eres el que me va a dar las clases?

—Así es, ¿estás preparada?

—Sí, muy preparada.

—Sube y acomoda el asiento a tu gusto, enseguida vuelvo —dijo, dándome las llaves.

Cuando me quedé sola, miré el coche, supe que esos dos faros me observaban a mí como si también fueran un par de ojos, suspiré y me senté.

Era un utilitario sencillo, pero bien equipado y bastante espacioso, la verdad, cosa que era de agradecer, ya que, conducir con alguien al lado a veces puede generar un poquito de estrés.

Acomodé el asiento, regulé los espejos, puse la llave en el contacto y comprobé que íbamos bien de gasolina, no

fuera a ser que nos quedáramos tirados en mitad de la nada ese hombre y yo, sin conocernos de nada, y acabáramos siendo comida para los lobos.

Recibí un mensaje y al ver que era de Mike, sonreí.

Mike: *Dime que has llegado a tiempo, no me hagas quedar mal con mi amigo.*

Emily: *Estoy aquí hace un rato, acomodándome en el coche mientras tu amigo vuelve.*

Me tiré una foto y se la adjunté al mensaje, poniendo morritos y haciendo la señal de victoria con la mano.

Mike: *Anda que no tienes peligro, ten cuidado conduciendo.*

Emily: *¿Y no me dices lo guapa que estoy? Tener amigos para esto. Iré con cuidado, no se preocupe usted, caballero.*

—¿Lista? —me preguntó Sam, entrando en el coche.

—Sí, ya me he colocado hasta los espejos.

—Eso está bien. ¿Has conducido un coche alguna vez? —preguntó.

—No, solo mi moto.

—Vale, o sea que, partimos de cero. Pues vamos por las nociones más básicas.

Sam empezó a mostrarme dónde estaba el mando para poner las luces intermitentes, las luces normales, me indicó las marchas y demás, aunque sabía cómo iba, se lo agradecí, porque mi ex solía decirme que no todos los coches tenían más de cinco marchas, así que no era plan de pensar que ponía una sexta marcha, y en realidad estaba poniendo la marcha atrás, que con aquello la podía liar muy parda.

Una vez estaba preparada y familiarizada con todos los manos, así como con los pedales de freno, embrague y acelerador, puse el coche en marcha y salimos de la calle en la que estaba la autoescuela.

—Vas por el carril de las motos, Emily —me dijo, cuando llegamos a una calle que tenía ese carril.

—Ups, lo siento, la costumbre —contesté, y giré a la izquierda para incorporarme al carril normal.

—No has comprobado si venía alguien.

—No venia, lo había visto ya.

—Claro —contestó como diciendo que sí, que yo me lo creía y él también.

Pero llevaba razón, no lo había comprobado porque estaba tan acostumbrada a conducir la moto, que había tenido ese fallo.

Fuimos por las calles principales y vi que me desenvolvía bastante bien, hasta que me metió por una zona bastante más concurrida.

¿Mi objetivo en ese momento? Esquivar todo lo que se me ponía por delante.

—Profe, una cosa —dije, tras esquivar al décimo repartidor que salía con la carretilla como si estuviera solo por allí.

—Dime, alumna.

—¿Me das puntos por esquivar gente? Lo digo, porque estoy haciendo más quiebros que si estuviera en un circuito compitiendo con el coche o una moto.

—No, no hay puntos.

—¿Y por las viejecitas? Que esa señora se me acaba de echar encima —contesté, frenando el seco en el paso de peatones en el que estábamos— ¡Señora, vaya con más cuidado, por Dios! —grité por la ventana.

—Emily, cállate.

—No me callo, que se ha tirado. Esa mujer buscaba que le diéramos un golpecito en la cadera, para que le pagara tu seguro. ¿A que sí, buena mujer?

—Hija, lo siento, es que voy con prisa y ni he mirado. Se han llevado a mi nieto al hospital, que se ha caído en el parque y perdía el autobús.

Hasta pena me dio al final la mujer, así que, le dije que se montara que yo la llevaba. Sam me miró negando, pero no porque me hubiera ofrecido a eso, sino porque se estaba partiendo el culo de risa.

La mujer se montó detrás de lo más apenada, y yo, para distraerla, le fui contando que era mi primer día al volante de un coche, que estaba más acostumbrada a la moto, pero que esto me gustaba mucho.

Me dijo que se me daba muy bien, que conducía mejor que su yerno, que ese la llevaba siempre muy rápido.

—Yo creo que es para deshacerse pronto de mí y dejarme en casa, porque otra explicación, no encuentro. Mira que me hace perrerías el muy jodido, y, aun así, le quero mucho, es como un hijo.

—Greta —le dije, pues así se había presentado ella—, mucha gente no soporta a la suegra, así que, que no te extrañe que lo haga por eso. Pero seguro que es a modo de broma, y te quiere tanto como tú a él.

¿

La vi asentir por el espejo retrovisor, con una sonrisa. Sam sonreía de medio lado y no decía una sola palabra.

En cuando dejamos a Greta en el hospital, me dio las gracias y me deseo suerte con esas clases y el examen, cuando lo hiciera.

—¿Qué tal, profe? ¿Me he portado bien conduciendo hasta aquí? —pregunté, mirándole y esperando una respuesta.

—Si, pero te has saltado un, ceda el paso.

—Eso ha sido por ir hablando con Greta, lo siento.

—Pues cuando conduzcas, aunque vayas acompañada, debes estar centrada en la carretera al cien por cien, ¿de acuerdo?

—Entendido, profe.

—Vuelve a la autoescuela, hemos terminado.

Regresamos y me dijo que no se me había dado mal del todo, cosa que agradecí, la verdad. Quedamos en vernos al día siguiente a la misma hora y me despedí de él, agitando la mano como si hubiera sido mi primer día de colegio. Regresé a la infancia por unos breves instantes.

Cogí mi Vespa, esa que, por mucho coche que tuviera, nunca iba a dejar de ser mi niña favorita, por la de tiempo que llevábamos juntas, y me fui para casa.

Estaba emocionada, esa era la verdad, y deseando poder conducir mi propio coche, porque me había gustado esa primera experiencia al volante de un cuatro ruedas.

¿

Capítulo 15



Estaba terminando de preparar la comida cuando me llamó Mike, diciéndome que si me apetecía ir a merendar con él y su pequeño Brant.

Dije que sí sin pensarlo, y es que estaba deseando conocer al niño.

Quedamos, en que pasaría a recogerme e iríamos, como no podía ser de otra manera, a la que ya era nuestra cafetería favorita, ese lugar se había convertido en el rincón donde solo éramos Mike y yo, contándonos nuestro día a día, y riéndonos hasta de nuestra sombra.

Porque sí, yo había decidido coger las riendas de mi vida y enfrentarme a lo que fuera sin miedo alguno.

Me senté a comer viendo las noticias, y poco después me llegó un mensaje de Dana.

Dana: *Me tienes abandonada, ya vuelves a odiarme.*

Y lo acompañaba de un Emoji llorando, me tuve que echar a reír, esa mujer era tremenda.

Emily: *No te odio, pero es que estoy liada con las clases de coche.*

Ni dos minutos tardó en llamarme.

—¿No tenías carnet de coche? —preguntó, ni tiempo me dio a decirle hola, al menos.

—No, solo el de moto y la teórica de coche.

—Ya te vale. Bueno, ¿qué planes tienes para esta tarde?

—Salgo con Mike.

—Qué Mike, ¿el chófer de los hermanos Acker?

—El mismo que viste y calza.

—Y cómo viste, qué bien le sienta el traje a ese hombre, por favor. ¡Y cómo calza! Madre mía.

—Creo que no hablamos de sus zapatos, ¿verdad?

—Definitivamente, no.

—Vale, no me voy fijando en esa parte de los tíos —reí.

—Nada, que te lo pases bien con tu amiguito Mike. Ya me contarás qué pasa.

—Pues nada, que solo vamos a tomarnos un café —no le dije que iba a conocer a su hijo porque no sabía si ella era consciente de ese dato.

—No me abandones tanto, llámame para quedar alguna vez, tía loca.

—Mira, ¿qué te parece si nos vemos en estos días para ir de compras?

—¡Hombre, por favor! Eso ni se pregunta. Ya me avisas. Chao.

—Adiós —colgué riéndome, y es que había puesto un tono al despedirse, que hasta me la imaginaba con carita de buena.

Terminé de comer, me tomé un café y eché un vistazo a las redes, ya que las tenía.

Dana había subido algunas fotos con mensajes de esos reflexivos con los que me sentía hasta identificada, le di me encanta a todos y dejé un Emoji de carita con ojos de corazón.

Una hora antes de que Mike llegara, empecé a vestirme y arreglarme mientras escuchaba música.

Cuando vi que faltaban cinco minutos, bajé a esperarles en la calle. No tardó mucho en aparecer con el coche de la empresa.

—Hola, pequeña —me saludó con un beso en la mejilla cuando subí al coche.

—Hola, guapetón.

—Papi, ¿es tu novia? —preguntó Brant, desde la parte de atrás.

Me giré y, al verle, me salió la sonrisa sola. Era igualito que Mike, un clon idéntico.

—No, campeón, es solo una amiga.

—Hola, Brant, soy Emily —le tendí la mano, sonrió con timidez y me la cogió—. Le he dicho guapetón a tu padre, pero, ¿sabes? Tú eres mucho más guapo.

—¿Sí? —preguntó con esa sonrisilla tímida.

—Sí, mucho más.

Se sonrojó, volvió a ponerse los cascos y siguió viendo los dibujos en su Tablet. Vi que Mike sonreía mientras negaba, arrancó el coche y salió de mi calle.

—Así que, tengo un hijo mucho más guapo que yo —arqueó la ceja.

—Sí, pero mucho, mucho.

—Vaya por Dios.

—Es un clon tuyo, no lo niegues.

—Nunca lo negué, es idéntico a mí, sí.

e—Se le ve buen niño.

—Lo es, la verdad es que he tenido mucha suerte.

Llegamos a la cafetería y Brant se agarró a la mano de su padre en cuanto le sacó del coche.

a

Ver a Mike con su hijo era una maravilla.

Nos sentamos y, mientras Mike fue a pedir a la barra, Bran no dejaba de mirarme. Era como si quisiera

preguntarme algo y no se atrevía.

—¿Te gusta el fútbol? —pregunté yo.

—Sí, mucho. Mi papá me regaló un balón, y me lleva al parque los sábados para jugar conmigo.

—Eso está muy bien. Y, además del fútbol, ¿qué te gusta?

—Pues, tengo un helicóptero tere... Tenel... jo —frunció el ceño, y ese gesto era idéntico al de Mike.

—¿Teledirigido? —dije, sonriendo.

—¡Eso! Es que no me acordaba.

—Claro, suele pasar. Yo a veces tampoco me acuerdo de alguna palabra.

—Ya están los bollitos —Mike dejó la bandeja en la mesa, y volvió a la barra a por nuestros cafés y un cacao para el niño.

Al final el pequeño se soltó bastante a hablar conmigo, ni caso le hacía al padre, incluso se cambió de silla para ponerse a mi lado.

Era un amor de niño, de verdad, que le pedí un abrazo y me lo dio con un beso y todo. Cogí el móvil, le pedí que mirara a la cámara y nos hicimos una foto que quedó preciosa.

—Papi, tengo que ir al baño —dijo, moviéndose mucho en la silla.

—Venga, vamos.

Mike le acompañó y yo me quedé ahí esperándolos. Miré la foto y Brant sonreía de felicidad, se le veía en la cara.

Era súper cariñoso, y se hacía querer fácilmente.

En ese momento se me vino Kevin a la cabeza, ¿si tuviera un hijo, se le parecería?

Puf, no sabía ni por qué pensaba en ese hombre, de verdad, pero ahí estaba, en mi mente como cada vez que se colaba a traición.

Bueno, a traición tampoco, que era yo la que pensaba en él y así me iba.

—Ya estamos de vuelta —dijo Mike, y Brant se vino directo a mi falda para sentarse—. Hijo, deja a la pobre Emily, que acabará por no querer volver a verte.

—Anda que no, yo a este príncipe le voy a ver siempre que él quiera, ¿a ti qué te parece, Brant?

—Sí, papi, tenemos que merendar con ella más veces.

—Mira qué bien, ahora mi amiga, pasa a ser la mejor amiga de mi hijo.

—Si es que me hago querer, ¿a que sí, guapetón? —le hice un guiño a Mike, que no dejó de reírse en ningún momento.

Tras una segunda tanda de bollitos y café, me llevaron de vuelta a casa, y Brant me hizo prometerle que iba a volver a verle otra tarde.

¹

Así quedé con Mike, en que cuando les apeteciera, me avisara con tiempo y nos íbamos a merendar.

Me pasé por la panadería de la esquina a comprar unas barritas pequeñas de bocadillo, preparé unos paninis caseros que me apetecían y cené mientras veía una peli.

Poco antes de acostarme miré las redes, y, no sé por qué, acabé en el perfil de Kevin.

Y es que ese hombre era como un imán, me atraía, pero lo estaba haciendo sufrir y no contesté a sus mensajes.

Pero es que no podía dejar de pensar en él, por más que lo intentaba.

Ese hombre se había grabado a fuego en mi mente, y su tacto, en mi piel.

Bueno, a traición tampoco, que era yo la que pensaba en él y así me iba.

—Ya estamos de vuelta —dijo Mike, y Brant se vino directo a mi falda para sentarse—. Hijo, deja a la pobre Emily, que acabará por no querer volver a verte.

—Anda que no, yo a este príncipe le voy a ver siempre que él quiera, ¿a ti qué te parece, Brant?

—Sí, papi, tenemos que merendar con ella más veces.

—Mira qué bien, ahora mi amiga, pasa a ser la mejor amiga de mi hijo.

—Si es que me hago querer, ¿a que sí, guapetón? —le hice un guiño a Mike, que no dejó de reírse en ningún momento.

Tras una segunda tanda de bollitos y café, me llevaron de vuelta a casa, y Brant me hizo prometerle que iba a volver a verle otra tarde.

Así quedé con Mike, en que cuando les apeteciera, me avisara con tiempo y nos íbamos a merendar.

Me pasé por la panadería de la esquina a comprar unas barritas pequeñas de bocadillo, preparé unos paninis caseros que me apetecían y cené mientras veía una peli.

Poco antes de acostarme miré las redes, y, no sé por qué, acabé en el perfil de Kevin.

Y es que ese hombre era como un imán, me atraía, pero lo estaba haciendo sufrir y no contesté a sus mensajes.

Pero es que no podía dejar de pensar en él, por más que lo intentaba.

Ese hombre se había grabado a fuego en mi mente, y su tacto, en mi piel.

Capítulo 16



Me iba a cagar en la madre de la persona que se había dejado el dedo en el timbre. Vaya manera de despertarme tan temprano.

Abrí y me encontré a Kevin, mirándome fijamente, como esperando una explicación, pero vamos, que entró sin decir nada.

—¿Qué hora son estas de venir? —pregunté aguantando la risa mientras lo seguía a la cocina que seguro que iba a por un café.

—Has pasado de mí, no has contestado a mis mensajes, me he enterado de que no tenías carnet y de que ya habías dado una clase, ¿y me preguntas qué horas son estas de venir?

—Verás, solo han pasado dos días, necesitábamos un tiempo —solté sin pensarlo.

—¿¿¿Un tiempo??? Creí que el fin de semana nos había dado la oportunidad de comenzar de cero.

—Bueno, de cero, cero, no...

—No me vayas a volver loco —me pegó contra él y me besó.

—Me encanta el coche.

—Tienes hoy y mañana para dar cuatro clases cada día, el viernes te examinas.

—¿Y eso?

—Ya lo hablé con la autoescuela...

—¿Y quién eres tú para hacer eso?

—El que te dejó las clases pagadas y el examen también.

—Joder, lo mío es recaudar fondos —me reí.

—No me gusta que no me cojas el teléfono o me dejes en visto los mensajes —dio al botón de encendido de la cafetera.

—Verás, es que...

—No vayas a inventar nada, sé que te pasa, a veces quieres olvidar lo que pasó y estar bien, pero otras, te envenenas y...

—¡Eso es! Así que tienes que asumir que no lo estoy pasando bien.

—Pero quiero estar a tu lado en esos momentos malos también, así es como te puedo ayudar a curarte.

—Eso y un buen psicólogo —me reí.

—Tendrás uno.

—¡¡¡Para!!! Ni de broma, que cada vez que dices algo lo haces y por ahí no paso, te lo advierto.

Sonreía y negaba mientras preparaba los cafés y me comentó que de diez a dos tendría las clases de hoy y de mañana, luego me recogería para comer, así que se quedaba conmigo hasta dejarme en la autoescuela.

—Que te puedes ir, eh, que no pasa nada. Digo yo que tendrás trabajo que hacer en las oficinas, no sé —dije, cuando preparó tostadas.

—Ventajas de ser el jefe —me hizo un guiño y se sentó a mi lado.

—Desde luego, qué bien vives. Oye, una cosita, cuando vuelva a trabajar para ti, ¿haré viajes remunerados como Varsovia? —pregunté, dando un mordisco a mi tostada.

—Obvio que sí.

—Pues tendremos que negociar esos viajes.

—Ya lo hablaremos llegado el momento.

Terminamos de desayunar, me di una ducha rápida mientras él gestionaba unas cosas con la gente de la fábrica, y cuando estuve lista me llevó a las clases.

—Conduce con cuidado —dijo, arqueando la ceja.

—Oye, que se me da muy bien. ¿No te ha dicho el profesor que llevé a una mujer al hospital porque no tenía cómo llegar rápido?

—No, se le pasaría —sonrió.

—Verás qué bien sé me da estos días. Venga, tú a la oficina, que, serás el jefe, pero tendrás que trabajar un poquito, digo yo.

—Dame un beso —dijo acercándose.

—¿Y si no quiero?

—Pues te lo robo.

Y me lo robó, pero bien robado, que llevó la mano a mi nuca y me atrajo hacia él, para darme un beso de película.

—¿Me vas a echar de menos? —preguntó.

—Como tú a mí —volteé los ojos.

—Entonces, me echarás mucho de menos.

—Qué seguro te veo. Anda, me voy, y tú, también.

^aSalí del coche de Kevin y fui directa al de la autoescuela, donde ya me esperaba Sam.

—Ya está aquí tu alumna favorita —dije, con la mejor de mis sonrisas.

—Anda, sube que nos vamos a dar un buen paseo.

—Hijo, en cuatro horas, podemos ir de turismo por carretera, ¿o me vas a tener callejeando todo el rato?

—Tú conduce, que ya te voy indicando.

Así pasamos esas horas, yo conduciendo y siguiendo sus indicaciones, hasta que a las dos aparqué el coche y ahí estaba Kevin esperándome.

Me llevó a comer a un restaurante francés que conocía, y estuvo hablándome de cómo iba el diseño de su nuevo modelo, ese para el que me había consultado qué podía llevar.

Me dejó en casa después de tomarnos el café, y pasé la tarde hablando con mi Dana por videollamada.

Aún no le había dicho nada de que iba a trabajar de nuevo para Kevin y Jens, y se quedó alucinada.

Preparé una ensalada para cenar, y me fui a la cama, quería estar descansada para las clases del día siguiente.

Esas a las que Kevin volvió a llevarme después de desayunar conmigo.

—Te recojo y comemos juntos, preciosa —me besó antes de que saliera.

—Vale, guapito de cara.

—¿Solo de cara? Y yo que creía que era guapito de cuerpo también.

—Anda, tira para la oficina.

—Pareces tú la jefa.

—Poco me falta —le hice un guiño y cerré la puerta.

Sam me esperaba junto al coche, me dio las llaves y de nuevo cuatro horas al volante.

—Profe, ¿a qué lo hago bien? —pregunté pasadas un par de horas.

—Sí, sí.

—No me des la razón como si estuviera loca por Dios.

—No te la doy, lo haces bien. Mañana en el examen espero que no te pongas nerviosa. Cuidado, que se incorpora ese por la derecha —dijo, señalando el coche negro.

—Espero no ponerme muy nerviosa, que quiero aprobar.

—Aprobarás, seguro.

El resto del tiempo fuimos charlando, no hubo incidentes y llegamos a la autoescuela justo a tiempo para que Kevin me recogiera.

De nuevo comimos juntos, y me dijo que él me llevaba al examen del viernes.

Así quedamos cuando me dejó en casa después del café.

Preparé una pizza para la cena, mientras se horneaba me di una ducha y cené viendo una película, volví a acostarme pronto para estar tranquila y descansada para el examen.

Ese que llegó y al que Kevin me pidió que fuera siendo positiva.

—Si lo soy, ya te digo que lo soy. De allí me vengo con un súper mega aprobado, ya lo verás.

—Te recojo para comer juntos.

Nos despedimos y subí al coche con Sam para ir al centro de exámenes.

Iban dos chicas más conmigo, fuimos charlando en el camino y ellas estaban un poquito nerviosas. Vale, yo también, pero que aprobaba, era un hecho.

Me dejaron para examinarme la última. Salí por carretera, me metió en un polígono industrial a callejear, pasé por una docena de rotondas, me hizo aparcar marcha atrás y en cuesta arriba, y lo hice todo a la perfección.

Cuando regresamos, me bajé del coche y fui con las chicas, que me esperaban con un café, mientras Sam hablaba con el examinador.

Diez minutos después, ambos salieron del coche y nuestro profesor venía de lo más serio.

—No me digas que hemos suspendido, porque lo hemos hecho todas perfectamente —protesté.

—¿Quién ha dicho que habéis suspendido? Estáis las tres aprobadas.

—¿Qué?!—gritamos todas al unísono.

—Lo que habéis oído —sonrió él.

—¡Toma ya! Ahora sí que puedo conducir mi coche nuevo —hice un bailecito y las chicas se unieron a mí, mientras Sam no paraba de reír.

Regresamos a la autoescuela, vi a Kevin esperándome apoyado en el coche, y me lancé a sus brazos.

—Aprobada, chaval —le hice un guiño.

—Me alegro, preciosa —sonrió y me dio un beso.

Nos despedimos de Sam y las chicas, que se quedaron mirando a Kevin con los ojos y la boca abierta, y me llevó comer a un chino.

Nos pusimos hasta arriba de comida y bebida, y es que había que celebrar que tenía carnet por fin.

—Ahora vamos para tu casa, recoges ropa y duermes conmigo esta noche. Ya sabes que mañana nos vamos a las Seychelles.

—No, yo me quedo en casa y mañana me recoges.

—Emily, por favor, quiero dormir contigo —dijo, cogiéndome la mano por encima de la mesa.

—Vas a dormir conmigo varios días, así que, esta noche, cada uno en su casa.

—¿Por qué no quieres venir?

—Porque no, Kevin, porque necesito mi espacio también.

—Es por todo lo ocurrido.

—Ya lo sabes. No se pueden olvidar las cosas así, de la noche a la mañana.

—Te secuestraría, te juro que ahora mismo te llevaría conmigo a casa, y mañana saldríamos directos para el aeropuerto.

—Tengo que preparar la maleta, así que, me dejas ya en casa, que quiero hacerlo tranquila.

—Te llevo, porque a partir de mañana, no me despego de ti, te lo aseguro.

Fuimos para casa y subió a tomarse un café, me dijo que me recogería temprano y que me echaría de menos.

Yo a él también, en el fondo me habría encantado pasar noche en su casa, dormir juntos, desayunar y salir para ese viaje que me hacía ilusión, pero necesitaba pasar una última noche sola, porque sabía que viviría ocho días de ensueño a su lado.

a

—Tengo que preparar la maleta, así que, me dejas ya en casa, que quiero hacerlo tranquila.

—Te llevo, porque a partir de mañana, no me despego de ti, te lo aseguro.

Fuimos para casa y subió a tomarse un café, me dijo que me recogería temprano y que me echaría de menos.

Yo a él también, en el fondo me habría encantado pasar noche en su casa, dormir juntos, desayunar y salir para ese viaje que me hacía ilusión, pero necesitaba pasar una última noche sola, porque sabía que viviría ocho días de ensueño a su lado.

Capítulo 17



Lista y esperando que Kevin llegara para recogerme y llevarme a ese viaje que me había dicho.

Ocho días, ocho, en las Islas Seychelles, además, a la vuelta, empezaría a trabajar de nuevo en la empresa y cobrando más.

Y es que, lo del viaje había empezado como una broma que le tiré, pero el muy listo la había cogido al vuelo y aceptado.

Pues nada, que me iba a disfrutar de la playa y el sol en un paraíso.

Bajé con mi maleta grande y una bolsa de mano, cuando me avisó que había llegado

—Hola, preciosa —sonrió al verme, me dio un beso y guardó mi equipaje— ¿Preparada?

—Nací preparada, señor Acker —contesté, encogiéndome de hombros.

—Es bueno saberlo.

Puso rumbo al aeropuerto y no perdía la sonrisa en todo el camino, además tampoco dejó de cogerme la mano y darme algún que otro apretón en ella.

Dejamos el coche en el parking, donde lo encontraríamos a nuestro regreso, y fuimos directos para facturar.

En cuanto llamaron a los pasajeros de nuestro vuelo para el embarque, nos acercamos a la puerta en la que dos azafatas recogían los billetes, nos dieron la bienvenida y, tras desearnos un buen viaje, embarcamos.

—Primera clase, no esperaba menos de usted —dije, sentándome en ese súper cómodo asiento.

—Ya me vas conociendo —arqueó la ceja.

—Lo raro es que no me lleves en un avión privado.

—Lo pensaré para otro viaje.

—Deja, deja, que, si vamos solos, tú tienes mucho peligro.

—¿Sabes que, aunque sea un avión público, puedo tener mucho peligro aquí también? —susurró en mi oído.

—No se te ocurra hacer nada aquí, ¿eh? Que le digo a la azafata que me cambie de asiento.

—No serías capaz.

—Ponme a prueba.

—Quién sabe, quizás lo haga.

—Kevin, no me des el vuelo, por favor te lo pido.

—Dime una cosa.

—Verás —me tapé la cara, cerrando los ojos—. A ver, ¿qué quieres saber?

—¿No lo has hecho nunca en un avión?

—No. ¿Tú sí?

—Puede.

—Ay la leche, ¿ahora me vas a dejar con la intriga?

—No —sonrió de medio lado—, si vienes conmigo al baño, a lo largo del vuelo, te contesto.

—Ni loca me encierro contigo en el baño, por Dios. Qué vergüenza.

—Lo sé, preciosa —me besó y yo como que ya me estaba acostumbrando a esas muestras de cariño—. Nunca te pediría algo que te hiciera sentir incómoda.

—Es un alivio saberlo, de verdad que sí.

—Buenos días, señores pasajeros. El comandante y todos nosotros les damos las gracias por elegir el vuelo de nuestra compañía con destino Mahé —comenzó a decir el piloto, pero apenas si le presté atención porque tenía a Kevin jugueteando con mi mano. Hasta que entrelazó nuestros dedos y comenzó a acariciarme el interior de la muñeca—. Ahora por favor, abróchense los cinturones, mantengan el respaldo del asiento en posición vertical y si mesita plegada. Gracias por su atención y feliz vuelo.

—Ahora sí, empieza nuestro viaje —Kevin me hizo un guiño y, seguido nos abrochamos los cinturones, tal como había indicado el piloto.

Las azafatas nos dieron las instrucciones pertinentes, y en cuanto acabaron, nos preparamos para el despegue.

Miré por la ventana y, poco a poco, comprobé cómo el aeropuerto quedaba atrás mientras el avión avanzaba por la pista, hasta que comenzó a tomar altura y el edificio no fue más que un pequeño punto en la lejanía.

—¿Quieren tomar algo? —me giré al escuchar a una de las azafatas.

Kevin pidió un café y yo un zumo, volví a mirar por la ventana y sentí que él me cogía la mano.

—Te noto pensativa —dijo, dándome un apretón.

—No, para nada. Estoy bien, de verdad —sonreí.

—Me apetecía mucho este viaje, bueno, en realidad cualquiera me habría gustado, pero quería hacer uno contigo. Creo que, después de lo bien que nos estamos llevando, merecíamos este viaje.

—Y al paraíso, nada menos. Me voy a pasar el día al sol, voy a volver a Berlín, con un moreno...

—Harás otras cosas, además de tomar el sol, ¿no?

—Claro, nadar en la piscina, en la playa, tomarme una piña colada sentada en una hamaca...

—¿Yo entro en alguno de esos planes? ¿O vas a dejarme solo todo el tiempo?

—No sé, depende de cómo te portes.

—Entonces no me pienso despegar de ti.

—Veremos si te despegas o no, que te dejo atado en el cabecero de la cama.

—Les digo que lo quiten.

—A las patas —arqueé la ceja.

u

—Dejo el colchón en el suelo.

—¿Vas a tener respuestas para todo?

—No lo dudes.

—Ni un poquito —volteé los ojos y en ese momento nos trajo la azafata lo que habíamos pedido.

a

Esas primeras horas las pasé mirando por la ventanilla, que no es que hubiera mucho que ver, pero al menos, contemplar la inmensidad del cielo en esos momentos, me estaba relajando.

Tanto es así, que sonreí al recordar los últimos días en los que Kevin había ido ganándose poco a poco mi confianza.

Bueno, recuperándola, y es que todo el mundo merece una segunda oportunidad en la vida, y a él, yo iba a dársela solo esperaba no haberme equivocado y que todo se fuera al traste de nuevo.

Kevin se puso a revisar algunos correos que le habían enviado de la fábrica, mientras yo cogí una de las revistas que la azafata iba ofreciendo.

—Cualquier día te veo en una de estas —dije, señalando la portada.

—He salido en muchas, preciosa —rio, negando.

—Sí, sí, de negocios, y alguna del corazón también, pero no como este —señalé, para que vira al hombre que había en ella.

—¿Vestido de novio?

—Ya te digo, y yo al lado —le hice un guiño y soltó una carcajada.

—Dime cuándo, que lo voy organizando.

—Huy, no, no, todavía no, que es muy pronto. Yo quiero una pedida de mano en condiciones.

—¿Cómo en condiciones? —preguntó, guardando el móvil.

—Pues con su anillo, rodilla en el suelo, música, velas. Esas cosas —le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Anotado, no te preocupes, que tendrás música, si puedo, en directo.

—No hombre, eso no es necesario. Una canción sonando de fondo y ya está.

—Para mi chica, lo que haga falta —me cogió la barbilla y, acercándose, me dio un tierno y dulce beso en los labios.

Mi chica, se había referido a mí como su chica, como si fuera algo más para él, que solo alguien con quien tener encuentros esporádicos.

—Hombre, y que mi chico me dé lo mejor, por supuesto —dije, y él sonrió.

, —No lo dudes, preciosa, no lo dudes.

—Dime cuándo, que lo voy organizando.

—Huy, no, no, todavía no, que es muy pronto. Yo quiero una pedida de mano en condiciones.

—¿Cómo en condiciones? —preguntó, guardando el móvil.

—Pues con su anillo, rodilla en el suelo, música, velas. Esas cosas —le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Anotado, no te preocupes, que tendrás música, si puedo, en directo.

—No hombre, eso no es necesario. Una canción sonando de fondo y ya está.

—Para mi chica, lo que haga falta —me cogió la barbilla y, acercándose, me dio un tierno y dulce beso en los labios.

Mi chica, se había referido a mí como su chica, como si fuera algo más para él, que solo alguien con quien tener encuentros esporádicos.

—Hombre, y que mi chico me dé lo mejor, por supuesto —dije, y él sonrió.

—No lo dudes, preciosa, no lo dudes.

Capítulo 18



—Señores pasajeros, bienvenidos al aeropuerto de Mahé. Por favor, permanezcan sentados y con el cinturón de seguridad abrochado hasta que el avión haya parado completamente los motores —dijo el piloto, y todos seguimos sus instrucciones al pie de la letra.

Tras más de doce horas de vuelo, y siendo ya por la noche, acabábamos de llegar a las Islas Seychelles, y estaba deseando ver el lugar en el que nos alojaríamos esos días.

Cuando al fin bajamos y vi el paisaje que nos recibía, cerré los ojos y respiré hondo, era una manera de recargar la energía y entrar en contacto con ese bello paraje.

—¿Vamos? —preguntó Kevin, cogiéndome por la cintura.

—Sí, perdona —sonreí.

—Nada que perdonar, preciosa, eres espontánea, y eso me gusta —me besó en la mejilla y caminamos hacia el aeropuerto, siguiendo al resto de pasajeros.

Tras recoger el equipaje, Kevin me dio la mano y no la soltó hasta que llegamos al helipuerto que había allí mismo.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté, al ver el helicóptero.

—Iremos en él hasta nuestro alojamiento.

—¿Qué dices? ¿Otra vez a volar?

—Sí, aquí o te trasladas en helicóptero, o en barco, y el resort que reservé tiene helicóptero.

—Me voy a pasar el día en las alturas, madre mía.

Saludamos al piloto y al copiloto, que se encargó de guardar el equipaje, subimos y en cinco minutos ya estábamos tomando altura para ir a nuestro destino.

Aquello era aún más impresionante que el avión, y es que ahí se veía todo más cerca.

Era todo un espectáculo para la vista.

En cuanto aterrizamos en la zona reservada como helipuerto, el copiloto se encargó de nuestro equipaje y Kevin me ayudó a bajar, cogiéndome la mano. Cuando me tuvo a solo un paso, me pegó a él y me besó.

s

—Te aseguro que van a ser los mejores días de tu vida, preciosa —dijo, mirándome fijamente.

Sonreí, nos giramos y había un hombre de unos cuarenta años, trajeado, esperándonos.

—Bienvenidos, señores Acker —nos saludó, y no pude evitar arquear la ceja y mirar a Kevin.

l

—Suenan bien, ¿no te parece? —preguntó, haciéndome un guiño.

—Soy Max, encargado del resort. Si me permiten —dijo cogiendo el equipaje para guardarlo en un carrito como esos que tienen en los campos de golf—, los llevo a su alojamiento.

—Gracias —contestó Kevin.

Nos sentamos en la parte trasera del carrito y fuimos por aquel precioso lugar, en el que cada empleado que nos cruzábamos, saludaba con una amplia sonrisa.

Era todo precioso, había muchas antorchas a lo largo de ese paseo, iluminando el resort, ya que comenzaba a caer la noche.

Un edificio grande a la derecha con el nombre del resort, y que resultó ser en el que estaban las habitaciones para los huéspedes.

Pero además contaba con casitas tipo cabaña, y por la dirección que llevaba el carrito, nosotros íbamos a una de esas casas.

Restaurantes, piscinas, zona chill out, había de todo.

—Esta es su casa —dijo Max, cuando paró el carrito delante de la puerta.

Me quedé alucinada, y es que estaba en una zona privada, sin ninguna otra casa alrededor.

Situada frente al mar, ese de aguas cristalinas que tan solo había visto en la televisión, y en Internet.

Había un columpio amplio dentro del agua, y otro en el porche.

Cuando Max nos enseñó todo, vi que, además, teníamos nuestra propia piscina, además de un jacuzzi.

—Espero que disfruten de su estancia en la isla. Cualquier cosa que necesiten, pregunten por mí en recepción. Para desplazarse por el resort, pueden pedir un carrito, estos estarán a su entera disposición siempre que lo necesiten.

—Muchas gracias, Max —dije, cuando se marchaba.

Me quedé unos instantes en el porche, mirando el mar, esas leves olas que hacía y morían en la orilla, el balanceo del columpio por la leve brisa.

—Dime que te gusta, que he acertado con este lugar —me pidió Kevin, abrazándome por detrás.

—Me encanta. Se respira una paz increíble. ¿Sabes? —pregunté, girándome para mirarle— Podría quedarme a vivir aquí para siempre.

—Todo en esta vida es negociable, ya lo sabes.

—Claro, por eso hemos hecho este viaje —sonreí.

—No quiero que volvamos a distanciarnos —dijo, besándome.

—Bueno, por desgracia, eso que pasó no fue culpa mía, pero mira, dejemos el tema, que quiero disfrutar de estos días en este paradisíaco lugar.

—Me parece perfecto. ¿Cenamos algo rápido aquí?

—Sí, por favor, una ensalada o unos sándwiches. Voy a colocar todo, que quiero acostarme para empezar mañana el día temprano.

—No hay necesidad de madrugar, no se van a llevar el resort.

—Oye, estamos en una isla lejos de la capital, pero, ¿me llevarás a conocer alguna otra isla?

—Claro, haremos un poco de turismo.

—Perfecto. ¿Qué hay de esa cena?

—Voy a pedirla —otro beso, y entró en la casa para llamar al servicio de habitaciones.

Si cuando Kevin tropezó conmigo en el evento de presentación de su nuevo coche, me hubieran dicho que acabaría con él en un lugar como este, les habría tomado a todos por locos.

Ni en mis mejores sueños me había visto en un paraíso tan bonito como el que tenía delante. Y si ahora, que empezaba a oscurecer, se veía precioso, no quería ni imaginar con la luz del día.

Entré y sonreí al ver el interior, ese que aún no había visto. Salón con cocina, por si a los huéspedes les apetecía prepararse ellos mismos la comida. Una mesita de café con un sofá de tres plazas, así como dos pequeños, en el centro del salón, junto a la puerta que daba a la parte trasera, donde estaban la piscina y el jacuzzi.

Dos puertas a la izquierda, una la del cuarto de baño, muy amplio y espacioso, con una bonita bañera en el centro en la que, sin duda, cabían dos personas perfectamente.

La otra puerta, la de la habitación donde había una cama con dosel en la que, si queríamos, podríamos dormir separados y no nos rozaríamos lo más mínimo.

—En un ratito tenemos aquí la comida —dijo, volviendo a abrazarme por detrás.

Desde que habíamos vuelto a recuperar el contacto, y esa confianza que antes teníamos, le encantaba tenerme así, entre sus brazos y bien pegada a él.

No sabía hacia dónde nos llevaría todo este asunto, pero iba a vivirlo al máximo, como ya hice en su momento.

La cena llegó, había pedido unos sándwiches además de ensalada, la tomamos en el porche, disfrutando de la tranquilidad que nos rodeaba, mientras escuchábamos el mar.

Nada más terminar, me cogió en brazos y, besándome, me llevó a la habitación donde, tras desnudarnos, nos dejamos llevar por la pasión hasta que caímos agotados, exhaustos no solo por ese encuentro, sino por el vuelo que nos había traído a este lugar.

Capítulo 19



Desperté notando un montón de besos en la espalda.

Me había quedado dormida desnuda, por lo que Kevin tenía un mejor acceso a mi cuerpo.

Y no lo desaprovechó ni un poco, puesto que ya estaba comenzando a separarme las piernas con la mano, esa que iba adentrándose en mi entrepierna, tocando y pellizcando.

—¿No vas a dejarme descansar ni un poquito más? —protesté.

—No.

—Pues yo necesito un café.

—Ya he pedido que nos traigan un desayuno completo, dentro de una hora.

—¿Una hora aquí sin comer? Madre mía —reí.

Kevin me miró, me dio un beso de esos que te dejan con ganas de más y, poco a poco, fuimos dejando que esa pasión se desatara entre nosotros.

Compartimos besos, caricias, comenzó a jugar un poco más con mi clítoris llevándome justo donde él quería, al borde del precipicio, al límite de mis fuerzas, y acabé gritando cuando llegué al primer orgasmo del día.

Sí, del día, porque sabía que aún quedaban muchos más por llegar.

Sin dejar de mirarme, Kevin se colocó entre mis piernas y comenzó a penetrarme.

Aquello no era solo sexo, no, era mucho más. Cada vez que lo hacíamos así, con los ojos fijos en el otro,

entregábamos un poco más nuestra alma, incluso, el corazón.

O al menos yo lo sentía así, tal vez me equivocaba.

Terminamos abrazados en la cama, yo con la cabeza recostada en su pecho, y él, acariciándome la espalda.

—No tardarán en traer el desayuno. Voy a darme una ducha, y mientras lo haces tú, yo los espero —dijo, besándome la frente.

Cuando me quedé sola, me llegó un mensaje al móvil. Lo cogí de la mesita de noche y sonreí al ver el nombre de esa mujer a la que consideraba mi mejor amiga. Vale, la única.

Dana: Buenos días desde el frío Berlín, ¿cómo estás por aquel paraíso, petarda? Anda que, me podías haber llevado en la maleta, menuda amiga eres.

Emily: Buenos días, con un espléndido sol, desde una isla cercana a Mahé. Pues estoy bien, en la cama, esperando que me traigan el desayuno. Te traigo en la maleta y nos montamos un trío, ¿no? Ya te vale.

Dana: Mira, lo del trío, sería para pensárselo, que ya sabes que tu Kevin tiene su aquel, pero nada, ya lo probé. Ahora todito para ti. Mándame una foto del desayuno, y de las vistas que tienes, aunque solo sea para soñar despierta y pensar que estoy ahí.

Emily: Ya vendremos juntas, eso no te quepa la menor duda. Además, estás de vacaciones todavía, ¿no? Pues nada, una escapadita en verano, en cuanto cobre mi primer sueldo, otra vez.

Dana: Sigo sin poder creerme que vayas a trabajar de nuevo para los hermanos Acker, pero, oye, aprovecha que Kevin está de buenas y te va a pagar un buen sueldo, que así tendrás mejores ahorros después.

Emily: Lo sé. Bueno, dime, ¿qué tal tú por allí?

Dana: Bien, bien, todo bien. Disfruta mucho, bonita, y recuerda, no hagas nada que yo no haría.

Me despedí de ella justo cuando Kevin entraba de nuevo en la habitación. Tan solo llevaba la toalla y estaba con el pelo alborotado, además de esas gotas de agua cayendo por su pecho, estaba de lo más sexy.

—No me mires con esos ojos, que parece que me quieras comer —sonrió.

—Hambre tengo, pero me espero al desayuno —le hice un guiño, me levanté y cuando pasé por su lado para ir al cuarto de baño, me puse de puntillas y le di un beso rápido en los labios.

El gel de baño que nos habían dejado olía a frutas, y dejaba la piel de lo más suave.

Disfruté de esa primera ducha en el paraíso y salí con uno de los albornoces que había colgados en la puerta.

—Ya está el desayuno. ¿Dónde quieres tomarlo? —preguntó Kevin, que se había puesto un pantalón de chándal y una camiseta.

—En el porche, que Dana me ha pedido foto de las vistas.

Kevin sonrió mientras negaba, cogió el carrito que habían dejado con el desayuno y lo llevó al porche mientras yo cogía el móvil.

Nos sentamos mirando al mar y ahí hice varias fotos, a ella le mandé una del desayuno y otra de las vistas, mientras que en mis redes compartí una en la que se veían ambas cosas.

Había de todo, café, fruta, bollos, pan, mantequilla, mermelada de varios sabores, miel, huevos con beicon... Desde luego, así se empezaba la mañana, sí señor, cogiendo fuerzas.

“Pequeños placeres, que hacen que creemos grandes recuerdos”

Esa era la frase que acompañaba la foto y tanto Dana, como Mike y Jens, reaccionaron a ella y comentaron, diciéndome que los recuerdos bonitos siempre hay que conservarlos.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —preguntó, mientras daba un sorbo a su taza de café.

—Conocer el resort, ver lo que hay, los restaurantes en los que podremos comer, o los bares para tomar una copa y hablar con Max, a ver si es seguro que salgamos de aquí.

—¿Por qué no iba a serlo, preciosa?

—No sé, en las noticias suelen hablar de que hay sitios en los que no permiten salir del resort a los turistas.

—Bueno, hablaremos con Max si eso te deja más tranquila.

—Gracias.

Kevin recibió una llamada, se disculpó y fue dentro a hablar.

Aquello me recordó al viaje que hicimos a Varsovia, cuando hablaba a escondidas de mí, pero me quité esos

malos pensamientos de la cabeza, quería pasar estos días que me quedaban por delante de la mejor manera, así que, no pensaba dedicar ni un segundo de mi tiempo, a pensar en ese par de brujas a las que debía llamar hermanas porque compartíamos sangre, y apellidos.

Aunque a veces juro que pensaba que yo era adoptada. Y digo yo: ¿porque apenas había fotos de mi madre embarazada de mí, en cambio, de mis hermanas, muchas?, y que yo había visto cómo iba creciendo esa barriguita.

Terminé de desayunar sola, puesto que Kevin seguía dentro hablando con quien fuera que le había llamado.

Entré para vestirme y escogí un bikini blanco que me había gustado, junto con un vestido vaporoso y unas sandalias planas.

Me recogí el pelo en un moño de tomate, y salí al salón, donde aún estaba Kevin.

—Me cambio en dos minutos y nos vamos —dijo, besándome.

—¿Van a estar llamándote por trabajo todos los días? Lo digo, por si puedes apagar el teléfono —arqueé la ceja.

—Lo siento, preciosa, intentaré que no nos molesten mucho, pero estamos con el nuevo modelo y... ya sabes.

—Vale, es trabajo, lo entiendo. Te espero fuera.

Salí al porche para esperarlo y aproveché para tirarme algunas fotos, que le mandé a Dana, esta me había contestado con un “te odio, mucho” a las fotos del desayuno, y en esta ocasión contestó más rápido que la anterior.

Dana: *Te sigo odiando, mucho.*

Reí, subí una foto a mis redes en la que tenía una sonrisa que demostraba lo feliz que estaba en ese momento, y me senté a esperar a Kevin.

—Listo, ¿nos vamos?

—Por mí, perfecto.

No habíamos llamado para pedir un carrito, y es que me apetecía caminar por ese precioso lugar, empaparme bien de cada rincón y de todo lo que la isla tenía para ofrecerme.

Tal como pensaba, a la luz del día era todo mucho más espectacular que de noche.

Las palmeras en la playa, con el agua a un lado, y esa arena tan blanca y fina, merecía una foto, esa que subí a las redes. De esta, me hacía influencer.

“Si el paraíso existe, debe ser un lugar como este”

Kevin me pasó el brazo por los hombros, pegándose a él y dejando un beso en mi sien.

Llegamos al edificio principal, preguntamos por Max y, tras hablar con él y que me asegurara que podríamos salir de la isla siempre que quisiéramos, pues el piloto nos llevaría y recogería en Mahé cuando le dijéramos, me quedé mucho más tranquila.

Fuimos a recorrer el resort y acabamos en la piscina, sentados en el bar que había dentro del agua, y ahí pasamos el resto del día, comiendo, bebiendo, bañándonos, besándonos y tonteando, hasta que regresamos a la casa, donde tanto tonto nos hizo caer de nuevo enredados entre las sábanas.

Las palmeras en la playa, con el agua a un lado, y esa arena tan blanca y fina, merecía una foto, esa que subí a las redes. De esta, me hacía influencer.

“Si el paraíso existe, debe ser un lugar como este”

Kevin me pasó el brazo por los hombros, pegándome a él y dejando un beso en mi sien.

Llegamos al edificio principal, preguntamos por Max y, tras hablar con él y que me asegurara que podríamos salir de la isla siempre que quisiéramos, pues el piloto nos llevaría y recogería en Mahé cuando le dijéramos, me quedé mucho más tranquila.

Fuimos a recorrer el resort y acabamos en la piscina, sentados en el bar que había dentro del agua, y ahí pasamos el resto del día, comiendo, bebiendo, bañándonos, besándonos y tonteando, hasta que regresamos a la casa, donde tanto tonto nos hizo caer de nuevo enredados entre las sábanas.

Capítulo 20



Cuando me desperté, Kevin no estaba en la cama. Me di una ducha, y salí con el albornoz al porche, donde lo encontré tomando un café con el desayuno en la mesa.

—Buenos días —dije, llamando su atención, pues estaba mirando al mar.

—Buenos días, preciosa —me tendió la mano y, cuando se la cogí, hizo que me sentara en sus piernas.

—¿En qué pensabas? —pregunté, sirviéndome un café.

—Nada, tenía la mente en blanco.

No quería desconfiar, así que no seguí preguntando.

Desayuné sentada sobre él, que no perdía la oportunidad de acariciarme las piernas, o la espalda.

Me daba algún que otro beso acompañado de leves mordisquitos, y tuve que pedirle que parara porque eso nos podría llevar a acabar en la cama, y yo quería pasar el día en playa.

Tras ponernos los trajes de baño y ropa cómoda, fuimos caminando hasta la playa.

Allí cerré los ojos para respirar hondo, necesitaba ese chute de energía y que el sol me recargara bien las pilas.

Kevin me llevó de la mano hasta la zona chill out, era preciosa. Varias filas de camas balinesas rodeadas de palmeras.

Nos sentamos en una, él se colocó a mi espalda y pedimos unos zumos de frutas al camarero que había por allí, puesto que el chiringuito estaba a solo unos pasos de nosotros.

No dejaba de acariciarme constantemente, y me sentía bien estando así con él.

Había varias parejas por la zona, así como en el agua y paseando por la orilla.

—¿Estás a gusto aquí? —me preguntó.

—Sí, cuando me molestes te mando a otra cama, tranquilo.

—Me refiero al lugar, al resort.

—¡Ah! Claro que sí, esto es una maravilla —contesté, tomando un sorbito del zumo con la pajita que habían puesto.

—Me gustaría hacer más viajes contigo —dijo, dejando su vaso en la mesa que teníamos a nuestro lado, para abrazarme y apoyar la barbilla en mi hombro.

—Bueno, eso se irá viendo con el tiempo. Por el momento, vamos a disfrutar de este. Del aquí y ahora.

—Solo quiero asegurarme de que podremos disfrutar juntos de otros lugares —me besó el hombro.

—Si está de que viajemos juntos, pues lo haremos.

Nos quedamos en silencio mirando al mar. Y sí, podría haberle dicho que a mí también me encantaría poder viajar con él, recorriendo el mundo y viviendo mil y una aventuras, pero no quería precipitarme, esta vez quería ir despacio porque ya había metido la pata al poco de conocernos.

Confiaba en él, eso era indudable, pero aún estaba la cosa de que pudiera pasar algo, que acabara con lo bueno.

Me levanté y, ante su atenta mirada, me quité el vestido quedándome solo con el bikini para irme al agua.

Aquello era una maravilla, y con lo cristalinas que eran esas aguas, las barcas y barcos que había por allí amarrados, mientras la gente pescaba o disfrutaba de un rato en alta mar, parecía que estuvieran flotando.

No tardó en venir Kevin para hacerme compañía.

—He reservado mesa para comer en el restaurante de marisco —dijo, rodeándome por la cintura mientras nos balanceaba a los dos.

—Eso es perfecto, me apetece mucho.

—Y yo, ¿te apetezco un poquito? —preguntó, bajando la mano por mi vientre hasta llevarla por dentro de la braguita del bikini.

—Kevin, para, aquí no, que nos pueden ver.

—Nadie nos mira, estamos lejos de la orilla y, además, de espaldas a ellos.

—Por Dios, no se te ocurra... —no dije más, tuve que aguantar para no soltar un grito cuando su dedo jugueteó entró en mi interior.

Estuvo tocando a su antojo y mordisqueándome, hasta que me aferré con fuerza a sus brazos y contuve las ganas de chillar cuando estaba a punto de correrme.

Pero el muy cabrito, paró justo en ese momento.

—¿Qué haces? —pregunté, con la respiración agitada.

—Parar, quiero ser el único que disfrute de ver cómo te deshaces en mis manos y gritas por el placer del orgasmo —susurró en mi oído.

Tras un beso en la mejilla, me cogió de la mano y regresamos juntos a la cama, pidió un par de zumos para refrescarnos, y nos quedamos ahí tomando el sol.

—Eres malo, ¿lo sabías? —protesté.

—¿Por qué?

—¿Y encima preguntas? Ya te vale.

—Te recuerdo que no querías que hiciera nada allí.

—Ya, pero, a ver, una vez que empiezas, no me puedes dejar así, a medias y con las ganas.

—Así que, me tienes ganas... —me mordisqueó la oreja, y cerré los ojos porque eso no ayudaba a que se me pasara la calentura del momento en el mar.

—¿Y tú a mí? ¿Cuántas ganas me tienes?

—Muchísimas, siempre tengo ganas de mi chica.

—Pues no lo parece, que me has dejado compuesta y sin orgasmo —protesté, cruzándome de brazos, y él se echó a reír.

—Las cosas hay que tomarlas con calma, preciosa.

—Fui rápida en las clases de conducir, y mira que bien me fue —me giré para mirarle a los ojos—. O sea, que solo di unas pocas, y ya tengo el carnet para poder conducir ese coche que tú —señalé su pecho con el dedo— me regalaste.

—Creo que aún no eres consciente de con quién estás, preciosa —me besó.

—¿A qué viene eso? —Arqueé la ceja.

—A qué aprobaste porque el apellido Acker abre muchas, muchas puertas.

—¿Cómo dices? —Me levanté, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Vuelve aquí, anda —intentó que me sentara de nuevo entre sus piernas, pero me negué.

—No, hasta que me expliques qué has querido decir con eso.

—Que tuviste una pequeña ayuda para obtener el carnet.

—Eres... Eres... mira, da igual, lo hecho, hecho está. Desde luego, qué de puertas abre el tener dinero.

Me senté de nuevo a regañadientes, mientras él no dejaba de reír.

Pues iba bien la cosa, sí. Ahora resultaba que él me estaba pagando, sin que yo me enterara, y había hecho lo posible porque tuviera el carnet. Había que joderse.

Cuando llegó la hora, fuimos al restaurante a comer, y ahí comenzamos a beber vino, una copa tras otra, y acabamos quedándonos allí toda la tarde.

—Vamos a darnos una ducha y pedimos que nos lleven la cena a casa —dijo Kevin, cogiéndome la mano por encima de la mesa.

—Me apetece algo de carne —contesté, y él arqueó la ceja.

—¿Qué tipo de carne, preciosa? —preguntó mordiéndose el labio.

—¡Serás bobo! No vayas por ahí, que esta noche, estás a dieta.

—Ya lo veremos.

Y por su tono, algo me decía que sí, que lo vería, y muy bien.

—¿Qué tipo de carne, preciosa? —preguntó mordiéndose el labio.

—¡Serás bobo! No vayas por ahí, que esta noche, estás a dieta.

—Ya lo veremos.

Y por su tono, algo me decía que sí, que lo vería, y muy bien.

Capítulo 21



Kevin había pedido un buen surtido de carnes para la cena, acompañado de patatas y verduras, además de vino.

Estábamos en el porche, disfrutando de todo a la luz de las velas y con el mar como compañía, desde luego, no podía ser más mágico.

—Me va a dar pena irme de este lugar —dije, cogiendo mi copa para dar un sorbo.

—Siempre que quieras podremos volver.

—Pues iré pensando en que sea una vez al año, al menos. Me vendrá bien esta paz.

Kevin sonrió, me cogió la mano y la besó. Seguimos cenando con esas maravillosas vistas, cogí el móvil y tiré un foto, quería tener esa imagen para siempre entre mis recuerdos.

Tras la cena, descorchó una botella de champán y fuimos a tomárnosla en el jacuzzi.

—Por nosotros —dijo, levantando su copa.

—Y por este viaje, que me está encantando —sonreí, mientras hacía chocar ambas copas.

Estábamos uno frente al otro, y él no dejaba de mirarme, lo que me ponía de lo más nerviosa.

Cuando lo vi dejar la copa, supe que su intención era venir a por mí, y no tardó en hacerlo.

Se acercó con el deseo instalado en su mirada, esos ojos en los que había pensado tantas veces, mientras le odiaba y le amaba, a partes iguales.

Me iba poniendo más nerviosa cada segundo que pasaba, y es que, si Kevin tenía una capacidad cuando estaba

conmigo, era esa, la de conseguir que los nervios se instalaran en mí, al no saber qué era lo que pretendía en cada momento.

Llevó su mano a mi nuca, enredó sus dedos en mi pelo, y me atrajo hacia él para besarme con esa mezcla de pasión y ternura que a veces me mostraba. Besaba y mordisqueaba alternativamente, mientras yo sentía que todo nuestro alrededor dejaba de existir.

Con la otra mano, me rodeó por la cintura y acabó sentándome a horcajadas en su regazo.

Me pegó a él, de modo que el roce de nuestros sexos hizo que se me escapara un leve gemido, y es que estando con él, me notaba más sensible y receptiva.

Los besos comenzaron a ser más fogosos y ardientes, Kevin me acariciaba y tocaba por donde quería, hasta que noté que deshacía el nudo del sujetador del bikini, ese que acabó en el suelo, fuera del jacuzzi.

—¿Qué pretendes? —pregunté, entrelazando mis manos en su pelo mientras nos dábamos besos cortos.

—Nada malo, te lo aseguro.

—Viniendo de ti, y en estas circunstancias...

Ni tiempo me dio a hablar más me dio, cuando ya estaba besándome con intensidad, buscando la oportunidad de colar su juguetona lengua en busca de la mía.

Hasta que me entreabrió los labios y entró en mi boca para encontrar lo que quería.

Nos besamos mientras él me movía sobre sus piernas, rozándonos y haciendo que me excitara aún más, mientras notaba cómo se formaba la erección bajo su bañador.

Ni un minuto tardó en colar la mano por mi braguita y comenzar a jugar con sus dedos entre mis pliegues.

Me pellizcaba el clítoris haciendo que diera leves saltitos sobre él. Comenzó a penetrarme y, tras romper el beso, fue directo a uno de mis pechos, lamiendo y mordisqueando el pezón.

Aquello, unido a la mano que no dejaba de jugar entre mis piernas, hizo que comenzara a moverme aún más, rozándome con su erección y llegando al orgasmo en apenas unos minutos.

Kevin apartó la braguita a un lado y, tras liberar su miembro, me penetró despacio. Cuando estaba completamente unido a mí, ambos gemimos y él comenzó a moverme.

Nos besamos, diciéndonos en silencio todo aquello que ambos sabíamos que queríamos saber. Que estábamos ahí para el otro, y, en mi caso, que estaría el tiempo que él quisiera que me quedara.

³ Porque por mucho que hubiera vuelto a confiar en él, seguía pensando que en algún momento todo acabaría entre nosotros.

Se levantó, salió del jacuzzi y me llevó hasta la mesa del porche, donde me sentó para después hacer que me recostara sobre ella.

Sin dejar de mirarme a los ojos, me quitó la braguita, separó mis piernas y, agachándose quedando entre ellas, colocó mis pies en sus hombros y empezó a lamerme como si de su helado favorito se tratara.

Me estaba volviendo loca, me agarraba cómo podía a la mesa mientras él pasaba la lengua una y otra vez por mi humedad, añadiendo dos dedos con los que me penetraba rápido y sin descanso.

Yo jadeaba, gritaba y le pedía más, hasta que de nuevo me alcanzó el orgasmo y, si darme tiempo a recuperarme, me penetró de una certera estocada que hizo que se moviera la mesa.

Kevin me agarraba por las caderas mientras entraba y salía, yo me aferraba a la mesa con fuerza, recibiendo sus estocadas mientras veía en sus ojos el deseo.

Aquel momento me recordó a una de las noches en las que se mostró con esa fogosidad que dejaba salir en ese instante.

Kevin Acker tenía dos caras, el tierno y cariñoso acompañante de juegos, y el fogoso y osado amante que dejaba que tomara el control de todo.

Cogiéndome por la cintura, me levantó y acabamos haciéndolo de pie, yo con la espalda pegada a la pared y él, sujetándome la pierna mientras me besaba y penetraba con fuerza.

—Eres única, Emily —susurró en mi oído, tras mordisquearme el cuello—. Única y toda mía.

Arqué la espalda, le recibía sin poner la más mínima resistencia, me agarré a sus hombros y lo hice con tanta fuerza, que acabé clavándole las uñas en la piel.

Los dos fuimos alcanzados por el placer y el orgasmo al unísono, dejando escapar un grito cuando acabamos que, de no ser porque no había ni una sola casa cerca, nos habrían escuchado todos.

Le abracé y besé el hombro igual que estaba haciendo él, cerré los ojos y quise que se parara el tiempo, que todo lo que no importaba dejara de existir.

Que solo fuéramos él, y yo, el resto de nuestras vidas.

Sin miedos, sin pasado, sin mentiras ni engaños. Solo nosotros, amándonos como pedían a gritos nuestras almas, que se amaran la una a la otra.

De sueños se vive, y siempre se ha dicho que soñar es gratis.

Le abracé y besé el hombro igual que estaba haciendo él, cerré los ojos y quise que se parara el tiempo, que todo lo que no importaba dejara de existir.

Que solo fuéramos él, y yo, el resto de nuestras vidas.

Sin miedos, sin pasado, sin mentiras ni engaños. Solo nosotros, amándonos como pedían a gritos nuestras almas, que se amaran la una a la otra.

De sueños se vive, y siempre se ha dicho que soñar es gratis.

Capítulo 22



Como cada mañana, desayunamos en el porche de la casa, con esas magníficas vistas.

Mientras me tomaba el café y él contestaba algunos emails del trabajo, pensé en que apenas quedaban unos días para que regresáramos a Berlín. Y, si fuese por mí, me quedaba en este paraíso el resto de mi vida.

Porque con Kevin estaba bien, no había nadie que pudiera aparecer en este lugar y estropear lo que estaba viviendo.

Pero debía ser realista y hacerme a la idea de que pronto, antes de lo que me gustaría, volveríamos a la rutina.

—¡Tierra llamando a Emily! —dijo, haciendo que volviera al presente.

—Perdona, estaba pensando —sonreí, dejando la taza de café en la mesa.

—¿En qué pensabas?

—Nada, cosas mías —contesté, quitándole importancia con un gesto de la mano.

Terminamos el desayuno y, tras arreglarnos, fuimos hacia el edificio principal donde pedimos que nos prepararan el helicóptero para llevarnos a Mahé.

La noche anterior habíamos hablado de ir a pasar allí el día, así que estaba encantada con la idea.

Tomamos un café mientras esperábamos, hasta que nos avisaron de que el piloto estaba listo para llevarnos.

Nos llevó uno de los empleados en el carrito hasta el helipuerto, y ahí me tomé mi primera foto del día.

La subí a mis redes y volví a guardar el móvil en el bolso.

Kevin me cogió la mano y no la soltó en todo el camino. Íbamos disfrutando de las vistas y él, me acariciaba el interior de la muñeca.

Cuando llegamos a Mahé, quedamos con el piloto en que nos recogiera a última hora de la tarde, y ahí comenzamos nuestro día de turismo por la isla.

Callejamos y quedé fascinada con el colorido de algunos edificios, las tiendas de souvenirs, así como de comida y bebida.

Nos adentramos en uno de los mercados y no pude evitar comprar frutas locales, con una pinta deliciosa.

Fuimos a comer a un restaurante que había en una zona de playa, donde nos habían dicho que preparaban el mejor pescado y marisco de la isla.

—Esto es vida, jefe —dije, sonriendo, cuando nos dejaron la segunda botella de vino, aunque yo estaba bebiendo muy poco.

—¿Jefe? —Arqueó la ceja.

—Prácticamente ya trabajo para ti.

—Pero aún no, seguimos de vacaciones.

—Ah, que esto son unas vacaciones antes de que me incorpore al puesto de nuevo. Para que regrese relajada al trabajo, ¿no?

—Podría decirse que sí.

—Pues voy a necesitar mucha más relajación, te lo advierto —contesté, señalándolo.

—Tú pide que, igual, te lo puedo conceder.

—Ni que fueras el genio de la lámpara.

—Ese solo concedía tres deseos.

—Y tú, ¿cuántos? —pregunté, cogiendo mi copa para dar un sorbo.

—Depende de los que tengas.

Me quedé pensando unos instantes, Kevin me miraba con esa media sonrisa en los labios, y yo desvíe la mía hacia el mar.

—Un masaje, con aceites y velas aromáticas —dije, dejando la copa.

—¿Quieres que te lleve a qué te den un masaje?

—No, quiero que me lo des tú.

—Vale, puedo hacerlo. ¿Qué más?

—Un equipo nuevo para el trabajo, o sea, portátil, móvil, Tablet, pero solo para el trabajo.

—Ahora le envió un mensaje a Jens, para que se encargue y lo tengas todo preparado para cuando llegues a la empresa.

—Vale.

—¿Alguna cosa más?

—Quiero que Mike sea mi chófer, no el de Jens.

—Eso va a estar complicado.

—Te aseguro que no, Mike me quiere más a mí.

—¿Tengo que preocuparme por eso de que Mike te quiera? —Entrecerró los ojos.

—Ah, eso es cosa tuya, él me quiere porque soy un amor de persona, no hay nada más allá de eso.

—¿Estás segura?

—No me quiere echar un polvo, si es lo que piensas.

—Más le vale, porque no se lo permitiría.

—Bueno, tú consigue que él me recoja y me lleve al trabajo y a casa.

—Haré lo que pueda.

—No me vale, eso no es conceder un deseo —me eché a reír.

—¿Te está empezando a hacer efecto el vino?

—Puede ser, no estoy segura.

—En ese caso, no bebas más.

Terminamos de comer y fuimos a dar un paseo por la orilla de aquella playa, me encantaba sentir la arena bajos mis pies, y el agua sobre ellos.

Sin previo aviso, me pasó el brazo por los hombros y, tras pegarme bien a él, nos tiró una foto que subió a sus redes, etiquetándome con una frase.

“No solo es el lugar, ni el momento, sino también la persona que te hace sonreír”

Lo miré y juro que se me saltaron las lágrimas.

—¡Ey! ¿Qué te pasa, preciosa? —preguntó, secándome las mejillas con los pulgares.

—Nada, es que me he emocionado un poquito al ver esa frase —contesté.

—Es la verdad, Emily, tú eres la que me hace sonreír cada día, desde que te conocí, es así.

—Menuda manera de demostrarlo tuviste —me aparté y empecé a caminar sola por la orilla.

No quería recordar aquellos momentos, pero era algo inevitable. Seguía ahí, entre nosotros, como la brecha que se forma en una montaña antes del desprendimiento.

—Emily —dijo, abrazándome por detrás—. No quiero verte mal, ni triste, por favor. Aquí, no.

—Lo siento, no puedo dejar de pensar en ello por mucho que lo intente. Pero vale, ya está —me sequé las lágrimas con rabia—. Vamos a conocer otra parte de la isla.

Kevin asintió, me dio un beso en la frente y entrelazó nuestras manos para regresar a la zona de tiendas.

Compré algunos recuerdos, no solo para mí, sino también para Dana y Mike.

Paramos a tomar café y, a la hora prevista, regresamos al aeropuerto donde nos esperaba el helicóptero para llevarnos al resort.

En cuanto entramos en la casa, no me lo podía creer. Estaba toda llena de velas aromáticas, además de música relajante, y un camino de pétalos de rosas hasta la habitación.

—¿Y esto? —pregunté, mirándolo.

—¿No querías un masaje? Pues venga, que está todo listo para dártelo —me hizo un guiño y, acto seguido, me cogió en brazos.

La habitación también tenía velas, y en la mesita de noche había un bote de gel para masajes.

—Voy a hacer que no puedas olvidar nunca esta noche, preciosa —susurró en mi oído, abrazándome por detrás.

Kevin asintió, me dio un beso en la frente y entrelazó nuestras manos para regresar a la zona de tiendas.

Compré algunos recuerdos, no solo para mí, sino también para Dana y Mike.

Paramos a tomar café y, a la hora prevista, regresamos al aeropuerto donde nos esperaba el helicóptero para llevarnos al resort.

En cuanto entramos en la casa, no me lo podía creer. Estaba toda llena de velas aromáticas, además de música relajante, y un camino de pétalos de rosas hasta la habitación.

—¿Y esto? —pregunté, mirándolo.

—¿No querías un masaje? Pues venga, que está todo listo para dártelo —me hizo un guiño y, acto seguido, me cogió en brazos.

La habitación también tenía velas, y en la mesita de noche había un bote de gel para masajes.

—Voy a hacer que no puedas olvidar nunca esta noche, preciosa —susurró en mi oído, abrazándome por detrás.

Capítulo 23



Kevin fue desnudándose poco a poco, me pidió que me tumbara bocabajo en la cama y no tardé en notar un líquido cayendo por mi espalda.

Empezó a extender el gel con ambas manos y, según avanzaba, me iba relajando más.

La música ayudaba mucho, la verdad, y es que era como de cuencos tibetanos, con sonidos de agua y naturaleza, vamos, que, si me descuidaba, acabaría quedándome dormida completamente.

Fue bajando hasta alcanzar mis piernas, masajeándolas despacio de modo que sentí cómo iban relajándose todos y cada uno de mis músculos, incluso aquellos que no sabía que teníamos en el cuerpo.

—Gírate, preciosa —me pidió, y yo estaba tan sumamente relajada y adormilada que, después de reírse, me tuvo que ayudar él.

Comenzó por las piernas, subiendo hasta el vientre y los pechos, para acabar con los brazos.

Yo estaba con los ojos cerrados, concentrada en esa melodía que resonaba por toda la casa mientras Kevin, me cubría con aceite por completo.

—¿Cómo estás? —preguntó, centrándose de nuevo en uno de mis muslos.

—En el cielo —dije, provocándole una sonora carcajada.

—Me alegro de que estés tan relajada.

Continuó masajeando esa zona, hasta que noté que rozaba levemente la zona entre mis piernas. Y de un roce rápido y fugaz, pasó a tocarme el clítoris con la mano cubierta de gel.

Aquello fue una sensación increíble, porque estaba relajada y, al notar sus dedos deslizándose por mis pliegues, comencé a excitarme.

—Levanta un poco las caderas —dijo, y yo obedecí.

Colocó una de las almohadas bajo mis caderas y, separándome un poco más las piernas, siguió tocando hasta hacerme enloquecer por la excitación.

Poco a poco, fue penetrándome con el dedo, haciendo como una especie de ganchito en el interior y tirando hacia él.

Gemí, agarrándome a la almohada con los brazos por encima de mi cabeza, y contuve el aliento cuando Kevin, comenzó a lamer toda mi zona.

Ese hombre sabía bien cómo llevarme a dónde él quería, a ese punto en el que no me quedaba otra opción que pedirle más, y me lo daba.

Me hacía alcanzar las estrellas y tocar el cielo, llevándome al orgasmo en cuestión de minutos.

Kevin se levantó y comenzó a desnudarse mientras yo, me deleitaba con las vistas que me ofrecía en ese momento.

¿Cómo podía ser que me gustara tanto ese rubio descarado? ¿Cómo era posible que, a pesar de lo que había sucedido entre nosotros, siguiera sintiendo esas mariposas en el estómago cuando me miraba con el deseo instalado en sus ojos?

Cuando se colocó entre mis piernas, aún con la almohada bajo las caderas, me cogió por la cintura y fue entrando poco a poco en mi más que húmeda zona. Me estremecí al sentir cómo se habría paso en ese camino que nos llevaría a estar unidos en un solo cuerpo, en un solo alma. Archeé la espalda, cerré los ojos y me sostuve en sus brazos con fuerza.

Una certera estocada y estaba en lo más hondo de mi ser. Se quedó quieto, callado y tan solo podía escuchar la música que nos rodeaba.

Lo miré y él estaba contemplándome a mí, con una media sonrisa y ese brillo en los ojos que había visto en otras ocasiones.

—Si pudieras verte con mis ojos, en este momento, entenderías lo que siento —dijo, antes de inclinarse para besarme.

No fue un beso salvaje ni apasionado como otros que me había dado, en este había lo que podría considerarse amor. Por mi parte, estaba completamente segura de que así era, pero por la suya, por mucho que confiara en él, aún había algo que me impedía estar plenamente segura de que así fuera.

Comenzó a moverse lentamente, sin dejar de besarme, buscando mis manos con las suyas para entrelazarlas.

Le rodeé la cintura con las piernas y compartimos ese momento de unión, mientras nos entregábamos el uno al otro.

Poco después, y soltándome las manos, me cogió por la cintura, se arrodilló en la cama llevándome con él, dejándome sobre su falda, y abrazándome mientras me miraba a los ojos y me acariciaba la espalda, me hizo el amor.

En ese instante lo sentí así.

Sentí que Kevin no estaba teniendo sexo porque sí conmigo, como podría tenerlo con cualquier otra mujer, sino que me estaba haciendo el amor con el cuerpo y con el alma.

Me miraba fijamente mientras me movía sobre él, me mordisqueó el labio, comenzó a besarme y acabé enredando los dedos en su pelo cuando la pasión nos hizo dejarnos llevar por completo. El momento de ternura quedó a un lado, y dio paso a una furia que nos envolvió a ambos.

Jadeábamos, gemíamos y gritábamos, colmados de ese placer que nos embargaba en aquel instante donde no importaba nada más que nosotros.

Alcanzamos el clímax al unísono, nos quedamos abrazados, acariciándonos la espalda el uno al otro, mientras respirábamos de manera entrecortada, buscando ese aire que se nos había ido escapando poco a poco en ese momento de pasión, erotismo y sensualidad que acabábamos de compartir.

—No quiero dormir ni una noche sin ti, preciosa —susurró, dejando un beso en mi hombro.

—Hasta que volvamos, aún te quedan unos días para dormir conmigo.

—Me refiero a cuando volvamos a Berlín.

—Bueno, los fines de semana, me puedes llevar a tu casa de campo.

—Te llevaré al apartamento, no al campo.

—Sabes que el campo me da paz —contesté, mientras cerraba los ojos y notaba esa caricia que me daba en la espalda.

—Y a mí, pero quiero compartir todo lo que tengo, contigo.

—¿Todo? ¿También el dinero? —reí, y él me siguió.

—Si me lo pidieras, lo haría.

—No quiero nada que no me gane trabajando, Kevin.

—Lo sé, preciosa, lo sé.

Me dio un último beso, yo me notaba de lo más somnolienta, y él debió darse cuenta también, puesto que lo siguiente que recuerdo de esa noche, fue que Kevin me recostaba en la cama, quedando a mi espalda, y me abrazaba pegándome a su pecho.

Me dio un beso en el cuello, susurró algo que no pude entender, o tal vez tan solo lo había soñado porque, si había dicho lo que creí haber escuchado, me lo tendría que volver a repetir en otra ocasión, una en la que, a ser posible, yo estuviera completamente lúcida, despierta, y en plenas facultades mentales, para no creer que había sido todo producto de mi imaginación.

—Sabes que el campo me da paz —contesté, mientras cerraba los ojos y notaba esa caricia que me daba en la espalda.

—Y a mí, pero quiero compartir todo lo que tengo, contigo.

—¿Todo? ¿También el dinero? —reí, y él me siguió.

—Si me lo pidieras, lo haría.

—No quiero nada que no me gane trabajando, Kevin.

—Lo sé, preciosa, lo sé.

Me dio un último beso, yo me notaba de lo más somnolienta, y él debió darse cuenta también, puesto que lo siguiente que recuerdo de esa noche, fue que Kevin me recostaba en la cama, quedando a mi espalda, y me abrazaba pegándose a su pecho.

Me dio un beso en el cuello, susurró algo que no pude entender, o tal vez tan solo lo había soñado porque, si había dicho lo que creí haber escuchado, me lo tendría que volver a repetir en otra ocasión, una en la que, a ser posible, yo estuviera completamente lúcida, despierta, y en plenas facultades mentales, para no creer que había sido todo producto de mi imaginación.

Capítulo 24



Los últimos días en la isla habían pasado súper rápido.

Kevin estaba de lo más cariñoso conmigo, siempre pendiente de que no me faltara de nada, abrazándome constantemente y besándome cuando le apetecía.

Habíamos estado esos días bastante más tiempo a solas en la casa, dejándonos llevar por la pasión bajo las sábanas, esas que fueron testigos de lo que ambos más deseábamos en cada momento.

Pero tocaba volver a la realidad, a nuestras vidas en Berlín, y, en mi caso, al puesto de trabajo que Kevin me había ofrecido.

Iba a trabajar de nuevo en las oficinas de Acker, la firma de coches más importante y famosa a nivel mundial.

—¿Tienes listo el equipaje, preciosa? —me preguntó entrando en la habitación.

—Sí, ya está todo. ¿Desayunamos?

—Está preparado en el porche —contestó, cogiéndome la mano.

Me senté por última vez en aquella silla, mirando al mar, y tiré una foto para subir a las redes.

“Dicen que lo bueno siempre se acaba, pero prometo volver a este lugar y crear recuerdos nuevos”

La verdad es que esa mañana me había levantado de lo más tristonza, y es que me costaba hacerme a la idea de que regresábamos a Berlín, dejando este paraíso atrás.

Me habría quedado más días, de verdad que sí, pero, ni él lo había propuesto, ni yo lo pediría.

Sabía que la firma de Kevin estaba metida de lleno en la fabricación de ese nuevo modelo, que les había traído algún que otro dolor de cabeza por retraso en pedidos de piezas y demás, y no debía faltar más tiempo del necesario en las oficinas, ya que todos y cada uno de los departamentos de la firma Acker, dependía de Kevin.

Desayunamos en silencio, en ningún momento Kevin me preguntó qué me ocurría, ni trató de hablar de algún tema banal y sin importancia. Simplemente, estaba ahí, a mi lado, respetando mi silencio.

—Voy a hacer una llamada, y nos vamos —dijo, poniéndose en pie.

Asentí, cogí la cajetilla de tabaco, encendí un cigarrillo y me fui hasta la orilla de la playa. Necesitaba ese último momento en contacto con el agua y la arena.

Me quedé allí, de pie, mirando al horizonte, pensando en que iba volver, aunque fuera sola, a ese lugar que tanta paz me transmitía.

Cerré los ojos, abrazándome a mí misma, mirando al cielo y respirando hondo. Sentí que las lágrimas comenzaban a caer por mis mejillas y las retiré rápidamente.

¿Por qué lloraba? Por lo injusta que podía ser a veces la vida, por el hecho de haberme puesto a un hombre con Kevin en medio del camino, para que me hiciera tanto daño.

Pero lo peor era saber que mis propias hermanas pequeñas fueron quienes orquestaron todo eso, simplemente, para hacerme daño de un modo tan gratuito.

¿Qué mal les había hecho yo a ellas para que me trataran así? Por más vueltas que le daba al asunto, no entendía esa inquina que tenían las gemelas para conmigo.

Éramos hermanas, compartíamos sangre y, ¿así se portaban conmigo? Mejor no saber si les hubiese hecho algo malo a ellas, cómo me estarían tratando.

—Dime que quieres que nos quedemos y cambio los billetes de vuelta —me sobresalté al escuchar a Kevin, mientras me abrazaba.

Deseaba hacerlo, de verdad que quería pedirle que nos quedáramos unos días más. No quería volver a Berlín por miedo a que mis hermanas aparecieran de nuevo en mi vida.

Y luego estaban esas llamadas de Kevin, en las que mi mente viajaba lejos del lugar en el que me encontraba, imaginando que todo esto no era más que una mentira suya igual que la vez anterior.

—Tenemos que volver, jefe, se acabaron las vacaciones —contesté, sin que me notara en la voz que había estado llorando.

—Podemos quedarnos, soy el jefe, no se van a morir si no voy a la oficina. Además, están Jens y Mike.

—No, no vamos a quedarnos aquí más tiempo.

—Entonces, hazte una última foto conmigo —dijo, y vi que ya tenía su móvil en la mano enfocándonos a los dos, pero él no miraba a la cámara, sino que me miraba a mí.

Yo volví a llevar la vista al horizonte, ambos estábamos con el semblante serio, pero parecía que estuviéramos concentrados mirando hacia donde fuera que mirábamos.

Estuvo un rato escribiendo algo, lo subió a las redes, etiquetándome, y lo supe porque me saltó la notificación en el móvil.

1

—Te dejo sola para que lo leas —me besó la sien—. Te espero en la casa.

Asentí, y cuando me quedé sola, volví a llorar unos instantes antes de ver la foto.

La verdad es que estábamos muy guapos, él no apartaba la mirada de mí, y se le veía un brillo diferente en los ojos.

“Si me preguntaran qué desearía en este momento, lo tengo claro. Sería quedarme aquí, en este rincón del mundo, con la persona que me hace sonreír cada día”

Cerré los ojos mientras lloraba, porque esto ya no era como pensé en aquel fin de semana que pasamos juntos en su casa, mientras me decía cosas bonitas, regalándome los oídos a mi modo de verlo.

Esto era real, me quería en su vida, y me lo estaba confirmando con esa foto y esas palabras, delante del mundo entero.

Regresé a la casa cuando me había calmado un poco, Kevin me recibió con un abrazo y me aferré a él, como si de la tabla del Titanic se tratara, no quería soltarlo, no quería separarme de él, pero debíamos regresar cada uno a nuestras vidas.

Recogimos el equipaje y cuando salimos, ya estaba uno de los empleados esperándonos con el carrito para llevarnos al helipuerto.

El corto trayecto lo hice mirando todo lo que nos rodeaba, como si estuviera grabándolo con una cámara, para no olvidarme de nada.

—Espero que hayan disfrutado de su estancia, señores Acker —nos dijo el chico, una vez que había bajado el equipaje para que lo subieran al helicóptero.

—Por supuesto que sí —contesté, sonriendo—, y no tardaré en volver.

Subimos y el piloto puso rumbo al aeropuerto, lugar en el que, poco después, embarcamos en el avión que nos llevaría de vuelta a casa.

El corto trayecto lo hice mirando todo lo que nos rodeaba, como si estuviera grabándolo con una cámara, para no olvidarme de nada.

—Espero que hayan disfrutado de su estancia, señores Acker —nos dijo el chico, una vez que había bajado el equipaje para que lo subieran al helicóptero.

—Por supuesto que sí —contesté, sonriendo—, y no tardaré en volver.

Subimos y el piloto puso rumbo al aeropuerto, lugar en el que, poco después, embarcamos en el avión que nos llevaría de vuelta a casa.

Capítulo 23



Kevin fue desnudándose poco a poco, me pidió que me tumbara boca abajo en la cama y no tardé en notar un líquido cayendo por mi espalda.

Empezó a extender el gel con ambas manos y, según avanzaba, me iba relajando más.

La música ayudaba mucho, la verdad, y es que era como de cuencos tibetanos, con sonidos de agua y naturaleza, vamos, que, si me descuidaba, acabaría quedándome dormida completamente.

Fue bajando hasta alcanzar mis piernas, masajeándolas despacio de modo que sentí cómo iban relajándose todos y cada uno de los músculos, incluso aquellos que no sabía que teníamos en el cuerpo.

—Gírate, preciosa —me pidió, y yo estaba tan sumamente relajada y adormilada, que, después de reírse, me tuvo que ayudar él.

Comenzó por las piernas, subiendo hasta el vientre y los pechos, para acabar con los brazos.

Yo estaba con los ojos cerrados, concentrada en esa melodía que resonaba por toda la casa, mientras Kevin me cubría con aceite por completo.

—¿Cómo estás? —preguntó, centrándose de nuevo en uno de los muslos.

—En el cielo —dije, provocándole una sonora carcajada.

—Me alegro de que estés tan relajada.

Continuó masajeando esa zona, hasta que noté que rozaba levemente la zona entre mis piernas. Y de un roce rápido y fugaz, pasó a tocarme el clítoris con la mano cubierta de gel.

Aquello fue una sensación increíble, porque estaba relajada y, al notar sus dedos deslizándose por mis pliegues, comencé a excitarme.

—Levanta un poco las caderas —dijo, y yo obedecí.

Colocó una de las almohadas bajo mis caderas y, separándome un poco más las piernas, siguió tocando hasta hacerme enloquecer por la excitación.

Poco a poco fue penetrándome con el dedo, haciendo como una especie de ganchito en el interior y tirando hacia él.

Gemí, agarrándome a la almohada con los brazos por encima de mi cabeza, y contuve el aliento cuando Kevin comenzó a lamer toda mi zona.

Ese hombre sabía bien cómo llevarme a donde él quería, a ese punto en el que no me quedaba otra opción que pedirle más, y me lo daba.

Me hacía alcanzar las estrellas y tocar el cielo, llevándome al orgasmo en cuestión de minutos.

Kevin se levantó y comenzó a desnudarse mientras yo me deleitaba con las vistas que me ofrecía en ese momento

¿Cómo podía ser que me gustara tanto ese rubio descarado? ¿Cómo era posible que, a pesar lo que había sucedido entre nosotros, siguiera sintiendo esas mariposas en el estómago cuando me miraba con el deseo instalado en sus ojos?

Cuando se colocó entre mis piernas, aún con la almohada bajo las caderas, me cogió por la cintura y fue entrando poco a poco en mi más que húmeda zona. Me estremecí al sentir cómo se habría paso en ese camino que nos llevaría a estar unidos en un solo cuerpo, en una sola alma, arqueé la espalda, cerré los ojos y me sostuve en sus brazos con fuerza.

Una certera estocada y estaba en lo más hondo de mi ser. Se quedó quieto, callado y tan solo podía escuchar la música que nos rodeaba.

Le miré y él estaba contemplándome a mí, con una media sonrisa y ese brillo en los ojos que había visto en otras ocasiones.

—Si pudieras verte con mis ojos, en este momento, entenderías lo que siento —dijo, antes de inclinarse para besarme.

No fue un beso salvaje ni apasionado como otros que me había dado, en este había lo que podría considerarse amor. Y por mi parte, estaba completamente segura de que así era, pero por la suya, por mucho que confiara en él aún había algo que me impedía estar plenamente segura de que así fuera.

Comenzó a moverse lentamente, sin dejar de besarme, buscando mis manos con las suyas para entrelazarlas.

Le rodeé la cintura con las piernas y compartimos ese momento de unión mientras nos entregábamos el uno al otro.

Poco después, y soltándome las manos, me cogió por la cintura, se arrodilló en la cama llevándome con él, dejándome sobre su falda, y abrazándome mientras me miraba a los ojos y me acariciaba la espalda, me hizo el amor.

En ese instante lo sentí así.

Sentí que Kevin no estaba teniendo sexo porque sí conmigo, como podría tenerlo con cualquier otra mujer, sino que me estaba haciendo el amor con el cuerpo y con el alma.

Me miraba fijamente mientras me movía sobre él, me mordisqueó el labio, comenzó a besarme y acabé enredando los dedos en su pelo cuando la pasión nos hizo dejarnos llevar por completo. El momento de ternura quedó a un lado, y dio paso a una furia que nos envolvió a ambos.

Jadeábamos, gemíamos y gritábamos, colmados de ese placer que nos embargaba en aquel instante donde no importaba nada más que nosotros.

Alcanzamos el clímax al unísono, nos quedamos abrazados, acariciándonos la espalda el uno al otro, mientras respirábamos de manera entrecortada, buscando ese aire que se nos había ido escapando poco a poco en ese momento de pasión, erotismo y sensualidad que acabábamos de compartir.

—No quiero dormir ni una noche sin ti, preciosa —susurró, dejando un beso en mi hombro.

—Hasta que volvamos, aún te quedan unos días para dormir conmigo.

—Me refiero a cuando volvamos a Berlín.

—Bueno, los fines de semana, me puedes llevar a tu casa de campo.

—Te llevaré al apartamento, no al campo.

—Sabes que el campo me da paz —contesté, mientras cerraba los ojos y notaba esa caricia que me daba en la espalda.

—Y a mí, pero quiero compartir todo lo que tengo, contigo.

—¿Todo? ¿También el dinero? —reí, y él me siguió.

—Si me lo pidieras, lo haría.

—No quiero nada que no me gane trabajando, Kevin.

—Lo sé, preciosa, lo sé.

Me dio un último beso, yo me notaba de lo más somnolienta, y él debió darse cuenta también, puesto que lo siguiente que recuerdo de esa noche, fue que Kevin me recostaba en la cama, quedando a mi espalda, y me abrazaba pegándose a su pecho.

Me dio un beso en el cuello, susurró algo que no pude entender, o tal vez tan solo lo había soñado porque, si había dicho lo que creí haber escuchado, me lo tendría que volver a repetir en otra ocasión, una en la que, a ser posible, yo estuviera completamente lúcida, despierta, y en plenas facultades mentales, para no creer que había sido todo producto de mi imaginación.

—Sabes que el campo me da paz —contesté, mientras cerraba los ojos y notaba esa caricia que me daba en la espalda.

—Y a mí, pero quiero compartir todo lo que tengo, contigo.

—¿Todo? ¿También el dinero? —reí, y él me siguió.

—Si me lo pidieras, lo haría.

—No quiero nada que no me gane trabajando, Kevin.

—Lo sé, preciosa, lo sé.

Me dio un último beso, yo me notaba de lo más somnolienta, y él debió darse cuenta también, puesto que lo siguiente que recuerdo de esa noche, fue que Kevin me recostaba en la cama, quedando a mi espalda, y me abrazaba pegándose a su pecho.

Me dio un beso en el cuello, susurró algo que no pude entender, o tal vez tan solo lo había soñado porque, si había dicho lo que creí haber escuchado, me lo tendría que volver a repetir en otra ocasión, una en la que, a ser posible, yo estuviera completamente lúcida, despierta, y en plenas facultades mentales, para no creer que había sido todo producto de mi imaginación.

Capítulo 24



Los últimos días en la isla habían pasado súper rápido.

Kevin estaba de lo más cariñoso conmigo, siempre pendiente de que no me faltara nada, abrazándome constantemente y besándome cuando le apetecía.

Habíamos estado esos días bastante más tiempo a solas en la casa, dejándonos llevar por la pasión bajo las sábanas, esas que fueron testigos de lo que ambos más deseábamos en cada momento.

Pero tocaba volver a la realidad, a nuestras vidas en Berlín, y, en mi caso, al puesto de trabajo que Kevin me había ofrecido.

Iba a trabajar de nuevo en las oficinas de Acker, la firma de coches más importantes y famosas a nivel mundial.

—¿Tienes listo el equipaje, preciosa? —me preguntó entrando en la habitación.

—Sí, ya está todo. ¿Desayunamos?

—Está preparado en el porche —contestó, cogiéndome la mano.

Me senté por última vez en aquella silla, mirando al mar, y tiré una foto para subir a las redes.

“Dicen que lo bueno siempre se acaba, pero prometo volver a este lugar y crear recuerdos nuevos”

La verdad es que esa mañana me había levantado de lo más tristonza, y es que me costaba hacerme a la idea de que regresábamos a Berlín, dejando este paraíso atrás.

Me habría quedado más días, de verdad que sí, pero, ni él lo había propuesto, ni yo lo pediría.

Sabía que la firma de Kevin estaba metida de lleno en la fabricación de ese nuevo modelo, que les había traído algún que otro dolor de cabeza por retraso en pedidos de piezas y demás, y no debía faltar más tiempo del necesario en las oficinas, ya que todos y cada uno de los departamentos de la firma Acker, dependía de Kevin.

Desayunamos en silencio, en ningún momento Kevin me preguntó qué me ocurría, ni trató de hablar de algún tema banal y sin importancia. Simplemente, estaba ahí, a mi lado, respetando mi silencio.

—Voy a hacer una llamada, y nos vamos —dijo, poniéndose en pie.

Asentí, cogí la cajetilla de tabaco, encendí un cigarrillo y me fui hasta la orilla de la playa. Necesitaba ese último momento en contacto con el agua y la arena.

Me quedé allí, de pie, mirando al horizonte, pensando en que iba volver, aunque fuera sola, a ese lugar que tanta paz me transmitía.

Cerré los ojos, abrazándome a mí misma, mirando al cielo y respirando hondo. Sentí que las lágrimas comenzaban a caer por mis mejillas, y las retiré rápidamente.

¿Por qué lloraba? Por lo injusta que podía ser a veces la vida, por el hecho de haberme puesto a un hombre con Kevin en medio del camino, para que me hiciera tanto daño.

Pero lo peor era saber que mis propias hermanas pequeñas fueron quienes orquestaron todo eso, simplemente, para hacerme daño de un modo tan gratuito.

¿Qué mal les había hecho yo a ellas para que me trataran así? Por más vueltas que daba al asunto, no entendía esa inquina que tenían las gemelas para conmigo.

Éramos hermanas, compartíamos sangre y ¿así se portaban conmigo? Mejor no saber si les hubiera hecho algo malo a ellas, cómo me estarían tratando.

—Dime que quieres que nos quedemos, y cambio los billetes de vuelta —me sobresalté al escuchar a Kevin mientras me abrazaba.

Deseaba hacerlo, de verdad que quería pedirle que nos quedáramos unos días más. No quería volver a Berlín por miedo a que mis hermanas aparecieran de nuevo en mi vida.

Y luego estaban esas llamadas de Kevin, en las que mi mente viajaba lejos del lugar en el que me encontraba, imaginando que todo esto no era más que una mentira suya igual que la vez anterior.

—Tenemos que volver, jefe, se acabaron las vacaciones —contesté, sin que me notara en la voz que había estado llorando.

—Podemos quedarnos, soy el jefe, no se van a morir si no voy a la oficina. Además, están Jens y Mike.

—No, no vamos a quedarnos aquí más tiempo.

—Entonces, hazte una última foto conmigo —dijo, y vi que ya tenía su móvil en la mano enfocándonos a los dos. Pero él no miraba a la cámara, sino que me miraba a mí.

Yo volví a llevar la vista al horizonte, ambos estábamos con el semblante serio, pero parecía que estuviéramos concentrados mirando hacia donde fuera que mirábamos.

Estuvo un rato escribiendo algo, la subió a las redes, etiquetándome, y lo supe porque me saltó la notificación en el móvil.

1

—Te dejo sola para que lo leas —me besó la sien—. Te espero en la casa.

Asentí, y cuando me quedé sola, volví a llorar unos instantes antes de ver la foto.

La verdad es que estábamos muy guapos, él no apartaba la mirada de mí, y se le veía un brillo diferente en los ojos.

“Si me preguntasen qué desearía en este momento, lo tengo claro. Sería quedarme aquí, en este rincón del mundo, con la persona que me hace sonreír cada día”

Cerré los ojos mientras lloraba, porque esto ya no era como pensé en aquel fin de semana que pasamos juntos en su casa, mientras me decía cosas bonitas, regalándome los oídos a mi modo de verlo.

Esto era real, me quería en su vida, y me lo estaba confirmando con esa foto, y esas palabras, delante del mundo entero.

Regresé a la casa cuando me había calmado un poco, Kevin me recibió con un abrazo y me aferré a él como si de la tabla del Titanic se tratase, no quería soltarle, no quería separarme de él, pero debíamos regresar cada uno a nuestras vidas.

Recogimos el equipaje y cuando salimos ya estaba uno de los empleados esperándonos con el carrito para llevarnos al helipuerto.

El corto trayecto lo hice mirando todo lo que nos rodeaba, como si estuviera grabándolo con una cámara, para no olvidarme de nada.

—Espero que hayan disfrutado de su estancia, señores Acker —nos dijo el chico una vez que había bajado el equipaje para que lo subieran al helicóptero.

—Por supuesto que sí —contesté, sonriendo—, y no tardaré en volver.

Subimos y el piloto puso rumbo al aeropuerto, lugar en el que, poco después, embarcamos en el avión que nos llevaba de vuelta a casa.

El corto trayecto lo hice mirando todo lo que nos rodeaba, como si estuviera grabándolo con una cámara, para no olvidarme de nada.

—Espero que hayan disfrutado de su estancia, señores Acker —nos dijo el chico una vez que había bajado el equipaje para que lo subieran al helicóptero.

—Por supuesto que sí —contesté, sonriendo—, y no tardaré en volver.

Subimos y el piloto puso rumbo al aeropuerto, lugar en el que, poco después, embarcamos en el avión que nos llevaba de vuelta a casa.

Capítulo 25



Ya estábamos de vuelta en Berlín, cogiendo el coche de Kevin para que me llevara a mi apartamento.

El hecho de estar de nuevo en casa, era un choque de realidad grandísimo, no solo porque se quedaran en aquel lugar los mejores momentos que había vivido en este tiempo, tras la reconciliación con Kevin, por decirlo de alguna manera, sino porque debía enfrentarme otra vez al trabajo en la oficina y verlo todos los días.

—Quiero que recojas tus cosas, y te vengas conmigo —dijo, cuando aparcó frente a mi puerta.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—No me voy a ir a pasar unos días contigo, creía que estaba claro que hasta el fin de semana no nos veríamos.

—No son unos días, es para siempre.

—¿Quieres que me vaya a vivir contigo?

—Eso es.

—No, ni hablar. Yo me quedo en mi apartamento y tú, en el tuyo.

—Te estoy dando la opción de que cojas tus cosas, así que, o subes ya, o vamos para mi casa y te llevas lo que tienes en el equipaje.

—Kevin, no voy a irme a vivir contigo.

—Espero que lleves ropa suficiente en esas maletas —dijo, poniendo el coche en marcha y sin mirarme.

—¡Vale, vale! —grité, levantando las manos— Subiré por algo de ropa.

—Toda la que puedas, y tu portátil, enseres personales y demás.

—¿En serio me estás diciendo que vamos a hacer una mudanza ahora?

—Y tan en serio. Lo que se quede, ya haremos que te lo manden a mi casa.

—Dios mío, esto es de locos, de verdad que sí —murmuré mientras me bajaba del coche, y escuché que él se reía.

Me acompañó, cerciorándose según él, de que hacía lo que me había pedido, y salimos de casa cargando con la maleta y la bolsa que me había llevado al viaje, llenas de ropa y otras cosas.

—¿Qué hacemos con mi coche? —pregunté, al ver que metía todo en el suyo.

—Mañana vendremos por él, no te preocupes.

—Hombre, es que ahora que puedo conducir.

—¿No prefieres que te lleve yo a la oficina?

—No siempre, también querré ir yo sola.

—Muy bien, tú mandas a partir de ahora —me hizo un guiño y volteé los ojos, eso de que yo mandaba, no se lo creía nadie, pero bueno.

En el camino a su apartamento no me soltó la mano, incluso se la llevaba a los labios para dejar algún que otro beso.

Debía haberme vuelto loca, esa era la verdad, porque de otro modo, no entendía cómo había accedido a irme a vivir con él.

Nada más entrar en su apartamento, me cogió en brazos, haciéndome gritar por la sorpresa.

—¿Qué haces?

—Llévate a la habitación, mujer.

—Espera, ¿vas a llevarme así, como si nos hubiéramos casado? Estás loco, pero de remate.

—Bueno, todo se andará.

—Claro, claro, y después llegarán los hijos.

Kevin a eso contestó con una simple sonrisa y el rostro algo triste, quizás era porque no deseaba tener hijos por el momento, algo en lo que estaba de acuerdo con él.

—Bienvenida a tu casa, preciosa —dijo, besándome antes de bajarme.

—Gracias, pero no es mi casa, es la tuya. Yo aquí estoy de prestada unos días, y ya.

—No, de unos días, nada, te has mudado, así que puedes buscar una empresa para que traiga el resto de tus cosas aquí.

—Bueno, bueno, vamos a ir tranquilos con eso, ¿vale?

—Me da la sensación de que no crees que esto sea nuestro para siempre —contestó, abrazándome por la cintura y pegando su frente a la mía.

—Es que, no sé, tengo esa espinita de la otra vez aquí clavada —me señalé el corazón y él me besó.

—Siento el daño que te hice, preciosa, no volverá a pasar, te lo juro. Ya le dije a tus hermanas que no iba a seguir con eso, que te dejaran tranquila.

—Conozco a mis hermanas, y sé que tanto Hilda como Hilma, no pararán hasta conseguir lo que quieren, sea lo que sea eso.

—Contigo no, te lo aseguro.

—¿Y contigo?

—Es complicado, pero no voy a permitir que te hagan más daño, te lo prometo.

—Así que, vas a cuidar de tu chica.

—No lo dudes, preciosa —me besó y nos quedamos ahí abrazándonos unos minutos.

Mientras deshacía el equipaje y guardaba todo en un hueco que me había dejado en el armario, Kevin fue a pedir comida.

En ese momento me llegó un mensaje de Dana para ver qué tal el vuelo de vuelta, le contesté que todo bien y que iba a comer con Kevin en su casa.

Dana: *¿Y te lo vas a tomar a él de postre, pillina?*

Emily: *No, no me lo voy a tomar de postre.*

Dana: *Vaya, qué pena. Bueno, ¿qué tal por aquel paraíso?*

Emily: *Genial, de verdad. Oye, ¿tienes tiempo para un café mañana a media mañana?*

Dana: *Claro que sí, tenemos mucho de lo que hablar.*

Emily: *Tampoco creas que tanto, pero sí, algo nos contaremos.*

Dana: *Créeme, hay cosas que tengo que contarte. Mañana nos vemos, te dejo comerte a tu hombre.*

Sonreí, y es que esa mujer estaba un poco loca, la verdad, pero si no hubiera sido por ella, no habría conseguido salir de ese aletargamiento que me consumía poco a poco, tras la decepción que me llevé con Kevin.

Cuando entré en la cocina le vi sirviendo dos copas de vino.

—La comida no tardará en llegar —dijo, entregándome una.

—Genial, porque tengo hambre.

—Mañana vuelves a las oficinas.

—Sí —sonreí.

—¿Estás contenta?

—Mucho, pero voy a echar de menos a Dana.

—Puede volver cuando quiera.

—Ya te contaré por qué no va a volver a tu empresa, no seré yo quien lo haga.

—Está bien, como quiera. Hay una nueva recepcionista, espero que con Ada te lleves mejor.

—Seguro que sí, no soy mala persona, ¿eh?

—Lo sé.

—¿Es joven? —pregunté, dando un sorbo a mi copa.

—De tu edad.

—Hum, seguro que Jens ya le ha echado el ojo.

—No te diría yo que no.

Llegó la comida y Kevin sirvió todo en la mesa del salón. Comimos charlando del trabajo que iba a tener, seguiría siendo la asistente personal de ambos hermanos, viajaría con él a cualquiera de sus fábricas siempre que me lo pidiera.

Pasamos el resto del día en el sofá viendo películas, era el último de esas mini vacaciones antes de volver a la rutina.

Después de cenar, me llevó de nuevo en brazos hasta la cama, donde no me dejó dormir hasta bien entrada la noche, tras uno de esos encuentros donde, la pasión, era quien mandaba en nuestros cuerpos.

—Puede volver cuando quiera.

—Ya te contaré por qué no va a volver a tu empresa, no seré yo quien lo haga.

—Está bien, como quiera. Hay una nueva recepcionista, espero que con Ada te lleves mejor.

—Seguro que sí, no soy mala persona, ¿eh?

—Lo sé.

—¿Es joven? —pregunté, dando un sorbo a mi copa.

—De tu edad.

—Hum, seguro que Jens ya le ha echado el ojo.

—No te diría yo que no.

Llegó la comida y Kevin sirvió todo en la mesa del salón. Comimos charlando del trabajo que iba a tener, seguiría siendo la asistente personal de ambos hermanos, viajaría con él a cualquiera de sus fábricas siempre que me lo pidiera.

Pasamos el resto del día en el sofá viendo películas, era el último de esas mini vacaciones antes de volver a la rutina.

Después de cenar, me llevó de nuevo en brazos hasta la cama, donde no me dejó dormir hasta bien entrada la noche, tras uno de esos encuentros donde, la pasión, era quien mandaba en nuestros cuerpos.

Capítulo 26



Y llegó la mañana de mi vuelta a las oficinas.

Me desperté un poquito nerviosa, no voy a negarlo, pero es que resultaba raro volver a ese lugar en el que había sucedido todo.

Kevin me estaba esperando en la cocina con el desayuno, me recibió con un abrazo y un beso en los labios, y hasta me retiró la silla para que me sentara.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó, cogiendo su taza de café.

—¿Poco? —arqueé la ceja, y él se echó a reír.

—Exagerada, has dormido como un bebé, que lo sé yo.

—Claro que sí, no sé por qué me quejo.

Desayunamos y después de recogerlo todo, salimos para las oficinas. Le pregunté si sabían que volvía allí, y me dijo que no, que nadie sabía que iba a volver a trabajar para los Acker.

Aquello me pilló por sorpresa, la verdad, pues suponía que, al menos a Jens, se lo habría dicho.

—Mira que si Jens no quiere que trabaje para vosotros.

—Mi hermano puede decir misa, soy el jefe y tomo las decisiones que quiera.

—Vale, yo mejor ya me callo y no digo nada, que al final hasta acabaré trasquilada.

Aparcó en su plaza y en cuanto salimos del coche, entrelazó nuestras manos, fue así como entramos en el

ascensor, ese en el que, como ya hiciera antes en otras ocasiones, Kevin no dejó de besarme y tocar por donde se le antojaba.

Hasta que sonó el timbre de aviso de llegada a nuestra planta, que se colocó junto a la pared haciéndome un guiño como si no hubiera pasado nada.

—Algún día, señor Acker —susurré antes de salir—, se lo haré pasar muy mal aquí dentro.

Volvió a entrelazar nuestras manos y así entramos en las oficinas, por más que intenté que me soltara, no hubo manera.

—Buenos días, señor Acker —le saludó la chica que había en recepción.

—Buenos días, Ada. Te presento a Emily Becker, asistente personal de Jens y mía.

—Encantada, Emily. Cualquier cosa que necesites, puedes contar conmigo.

—Gracias, Ada.

Tenía una sonrisa de lo más sincera, así como su mirada. Se la veía que no tenía maldad alguna, solo esperaba que así fuera.

—Kevin —ambos nos giramos al escuchar a Amara, su secretaria, que sonreía ampliamente, hasta que me vio a mí, y después, nuestras manos unidas.

—Buenos días, Amara, ahora mismo estoy contigo.

—Claro, sí. ¿Qué hace Emily aquí?

—Vuelve a ser nuestra asistente.

—¿He oído bien? —ahí estaba, la cantarina voz de Jens a nuestra espalda— ¿Vuelve mi asis favorita?

—Sí, sí que vuelvo —sonreí.

—¡Menos mal que mi hermano me ha hecho caso en algo!

Jens vino hasta mí y me cogió en brazos, di un grito al verme casi por los aires, y es que era bastante alto, como si hermano.

—No he hecho caso a nadie, le ofrecí volver porque quise, y porque estamos juntos —contestó Kevin.

—¿Junto, juntos? —preguntó Jens, bajándose de nuevo y dándome un beso en la frente.

—Juntos —le dijo, arqueando la espalda.

—Vamos, que la puedo llamar cuñada entonces.

—Si ella te deja, sí.

—Aquí no, aquí soy Emily.

—Emily, mi cuñada y asis favorita —Jens me hizo un guiño y no pude evitar reírme.

Miré a Amara y tenía el rostro de lo más serio, como si no le agradara que estuviera allí, algo que me extrañaba porque recuerdo aquella mañana en la que llegué calada como una sopa y me prestó ropa suya.

—Bueno, vamos a trabajar que hay mucho por hacer —dijo Kevin.

—Claro, hermano, que te has pegado unos cuantos días en la playa, y yo aquí currando como un tonto.

—¿Has estado en la playa? —preguntó Amara.

—¿No lo sabías? Se llevó a la novia a una isla en las Seychelles —contestó Jens.

—Creí que habías estado en varias fábricas supervisando todo —Amara frunció el ceño, y supe que no le había sentado nada bien que Kevin le hubiera mentado en eso.

—Ya ves que no, “secre”, que el jefe se fue de vacaciones —dijo Jens.

Amara iba a decir algo más, pero en ese momento le sonó el móvil y se marchó a su despacho.

Jens me volvió a dar un abrazo, un beso y fue al suyo, no sin pedirme que le preparara uno de mis deliciosos cafés.

—No sabes cuánto los he echado de menos estos días. No te enfades, Ada, pero los de mi cuñada están
1**buénísimos.**

—No me enfado, señor Acker.

—¿Qué te dije sobre llamarme así? —Arqueó la ceja— Eso, a mi hermano, a mí solo Jens, que soy más joven.

—Claro, es que yo soy un viejo decrépito, ¿verdad? —protestó Kevin.

—No debes serlo, para aguantar el ritmo a mi cuñada, que es mucho más joven incluso que yo.

—Se acabó. Tú —señalé a Jens—, a tu despacho. Y tú, lo mismo —le dije a Kevin.

—¡Toma ya! Llega con las pilas cargadas, la señorita Becker.

—Jens, que te quedas sin café.

—No, no, ya me voy.

Y se fue prácticamente corriendo el muy cabrito.

—Ada, ven conmigo, que me vas a ahorrar prepararle el café a Jens a partir de ahora —dije, y ella sonrió.

Fuimos juntas a la sala, le dije cómo se lo hacía y ella siguió los pasos que fui dándole. Vamos, que ese loco de mi cuñado, iba a creer que era yo quien se lo preparaba cada mañana.

—Cuando se entere que no se lo haces tú, nos va a echar la bronca —dijo Ada cuando salimos de la sala, llevando el café de ambos hermanos.

—No se le ocurre regañarme a mí, soy su asis favorita.

Nos echamos a reír las dos, y mientras ella regresaba a la recepción, yo entré a dejarle el café a Jens.

—Hum, riquísimo, como siempre —sonrió y yo me aguanté la risa, porque, si él supiera que no lo había preparado yo, le daba algo.

Le llevé a Kevin el café y estaba hablando con Amara, que se quedó callada enseguida, y de nuevo le cambié la cara al verme.

—Cierra la puerta, Emily —me dijo ella, y no de muy buenas maneras, la verdad.

La cerré, fui al que de nuevo volvía a ser mi despacho, y comencé a trabajar en las carpetas que Jens ya me había dejado sobre el escritorio.

i

)

0

La cerré, fui al que de nuevo volvía a ser mi despacho, y comencé a trabajar en las carpetas que Jens ya me había dejado sobre el escritorio.

Capítulo 27



—Toc, toc, toc —miré hacia la puerta, y me encontré con la sonrisa de Dana.

—¿Ya estás aquí? ¿Qué hora es?

—Chica, tú el tiempo... De verdad, te sumerges en el trabajo y no te enteras de la hora. Anda, vamos a tomarnos un café antes de que me vea mi ex jefe.

—Tu ex jefe ya te ha visto —dijo Kevin, apareciendo por detrás.

—Me alegra, pero ya me iba. Emily, te espero en recepción.

—Dana, me debes una explicación.

—No sé por qué —se encogió de hombros.

—No entiendo por qué te fuiste de la empresa.

—Pues ya te lo contaré otro día, que ahora me voy con mi amiga a tomar café y a que me cuente qué tal se lo pasó en las Seychelles —contestó Dana, haciéndole un guiño.

Me despedí de Kevin con un beso rápido y fuimos las dos hacia el ascensor, una vez que entramos, se pegó a la pared y resopló.

—El día que sepa la verdad, no sé qué va a pensar de mí —dijo.

—Pues nada, que eras una espía industrial buenísima.

—No va a dejar que sigas siendo mi amiga —me miró, poniendo hasta un puchero.

—Que se le ocurra prohibirme semejante estupidez, que le mando con su madre, y mira que esa mujer me cae bien, ¿eh? No como el padre, que yo creo que no le gusté mucho.

—A saber, ese hombre es un poquito raro —se encogió de hombros saliendo del ascensor—. Bueno, ¿qué tal por el paraíso, suertuda?

—Bien, pero lo voy a echar de menos, ya verás. Aquello me daba una paz enorme, en serio. Si pudiera, me quedaría a vivir en un lugar como ese, el resto de mi vida.

—No me extraña, esas fotos que subías a las redes, eran una pasada.

—Y tú, ¿qué has hecho estos días?

Íbamos caminando por la calle hasta la cafetería que teníamos más cerca de las oficinas, y ella no dijo nada, se quedó pensativa. Nos sentamos, pedimos un par de desayunos completos, e insistí en que me contara qué tal le había ido a ella.

—Bien, bien.

—Me estás ocultando algo, lo noto.

—Estuve con Mike —se sonrojó al decirlo.

—¿Y? ¿Qué tiene de malo? Fuisteis compañeros de trabajo mucho tiempo, no creo que hayáis cometido un pecado mortal.

—Cuando digo que estuve con Mike, es que estuve con él.

;

—Ay, Dana, que sí, que lo entiendo. Tomaste algo con él, hija que es normal.

—Emily, no lo pillas.

—¿Pillar qué?

—Estuve con Mike y con su hijo.

—Brant es un encanto, ¿verdad?

—Sí, se hace querer, y me cogió cariño enseguida.

—A mí también. Me alegro que te lo presentara.

—El caso es que... les invité después de cenar a que subieran a casa, Brant se quedó dormido y... Mike y yo acabamos en la cama.

—¿Te acostaste con él?

—Sí.

—Cuéntame todo ahora mismo —dije, dejando la tostada en el plato.

—¿Qué quieres que te cuente? ¿Cómo fue el momento?

—No, por Dios, los momentos escabrosos te los guardas. Solo quiero saber, cómo surgió el que cenarais juntos.

—Pues me lo encontré en el centro comercial, bueno, realmente, me encontré al niño llorando al lado de una tienda de juguetes. Le pregunté si se había perdido, me dijo que sí y, después de consolarle, le llevé al mostrador de información. Cuando me dijo el apellido sonreí, me hizo gracia que coincidiera con el de Mike, y la sorpresa fue mayúscula cuando apareció él para recoger al niño. Estaba desesperado, el pobre. Me invitó a cenar, charlamos un par de horas allí y le dije que le invitaba a casa. No sé cómo fue, pero me besó como nunca antes me habían besado, y acabamos en mi cama.

—¿Y Brant?

—Le metimos en la habitación de invitados, no iba a dejar al niño en el sofá.

—¿Y la mañana siguiente? ¿Cómo fue?

—Rara, la verdad. A ver, Mike es un hombre muy atractivo, y me llamaba la atención mientras trabajaba para los Acker, pero, no sé, no creí que me gustara de ese modo.

—Define gustar, por favor.

—Pues, que, después de esa noche, me manda mensajes y sonrío como una adolescente mientras leo. Me llama para ver si tengo planes, y sonrío, le quiero decir que sí, pero me acobardo y pongo una excusa. Creo que me gustó para algo más, que para solo un poco de sexo.

—¿Y no te has parado a pensar que tal vez a él le pase lo mismo?

—Me da un poco de miedo, la verdad —confesó, desviando la mirada.

—Si es por el niño, no lo tengas. Se ha criado estos últimos años con su padre y los abuelos. Se le nota que necesita el cariño de una madre.

—No creo que valga para eso, yo soy más una mujer de acción, por llamarlo de alguna manera. Y nunca tuve eso llamado instinto maternal. Pero con Brant fue diferente, no sé, ese niño ha hecho que me enamore de él.

—Y del padre también, que seguro que lo estás hace tiempo y no te habías dado cuenta hasta ahora.

—¿Eso es posible? Joder, estoy tan centrada en el trabajo, que he perdido facultades en el amor —se llevó las manos a la cabeza.

—Claro que es posible. Puedes tener una bonita relación de amistad con una persona y, cuando menos lo esperas, eres realmente consciente de que te gusta y no solo para ser amigos.

—Dios mío, me he enamorado de Mike.

—Y de su hijo, no te olvides de ese mini Mike.

e

Reímos, y la vi de lo más ilusionada con nuestro amigo y su pequeño, y no era para menos, porque ambos conseguían hacerse un hueco en el corazón de las personas.

Nos despedimos y quedamos en vernos otro día, eso sí, le dije que se dejara de excusas y que aceptara salir con Mike, ese hombre era un encanto.

—Emily —fue poner un pie fuera del ascensor, y ya estaba Amara llamándome.

—Dime —sonreí, a pesar de la cara de enfado que tenía ella.

—No deberías haber vuelto, solo traerás problemas a Kevin, y a la empresa.

—No soy yo quien trae problemas, a mí me los causaron en su momento, Kevin, y otras personas.

^a—Vas a hacer que esto se vaya a la ruina, y no pienso permitirlo —me señaló con el dedo.

—¿Quién te crees que eres para decirme eso? No eres mi jefa.

—No tienes la menor idea de quién soy, ni lo importante que soy para Kevin.

—Ni que fueras su prometida, su ex mujer o algo así —volteé los ojos.

—Mucho más importante que eso, te lo aseguro. Y tú —me miró de arriba abajo, con el mismo desprecio que una vez vi en Dana—, no eres más que un pasatiempo para él. Cuando se canse de follar contigo, te sacará de su vida, como ha hecho con todas. Tan solo ha querido a una mujer en su vida, su esposa, a quien, a pesar de haber perdido, sigue amando.

Se fue tras decir esas palabras, dejándome tan sorprendida que me había quedado paralizada.

Noté unas manos en mis brazos, miré a la derecha y vi que Ada me miraba con los ojos muy abiertos.

—Estoy bien, tranquila —puse la mejor de mis sonrisas fingida y me dejó sola.

Regresé al despacho y terminé el trabajo que tenía entre manos cuando llegó Dana, poco después y Kevin, vino a recogerme para llevarme fuera a comer.

¿Le conté lo que me había dicho Amara? No, no lo hice, porque, si él quería que supiera ese dato, debería hablarme de ello él mismo.

Tras la comida, fuimos para casa donde pasamos la tarde cada uno trabajando en algunas cosas que nos habíamos traído de la oficina. Cenamos y, en cuanto nos metimos en la cama, Kevin se volvió a convertir en el amante apasionado al que me tenía acostumbrada.

—No tienes la menor idea de quién soy, ni lo importante que soy para Kevin.

—Ni que fueras su prometida, su ex mujer o algo así —volteé los ojos.

—Mucho más importante que eso, te lo aseguro. Y tú —me miró de arriba abajo, con el mismo desprecio que una vez vi en Dana—, no eres más que un pasatiempo para él. Cuando se canse de follar contigo, te sacará de su vida, como ha hecho con todas. Tan solo ha querido a una mujer en su vida, su esposa, a quien, a pesar de haber perdido, sigue amando.

Se fue tras decir esas palabras, dejándome tan sorprendida que me había quedado paralizada.

Noté unas manos en mis brazos, miré a la derecha y vi que Ada me miraba con los ojos muy abiertos.

—Estoy bien, tranquila —puse la mejor de mis sonrisas fingida y me dejó sola.

Regresé al despacho y terminé el trabajo que tenía entre manos cuando llegó Dana, poco después y Kevin, vino a recogerme para llevarme fuera a comer.

¿Le conté lo que me había dicho Amara? No, no lo hice, porque, si él quería que supiera ese dato, debería hablarme de ello él mismo.

Tras la comida, fuimos para casa donde pasamos la tarde cada uno trabajando en algunas cosas que nos habíamos traído de la oficina. Cenamos y, en cuanto nos metimos en la cama, Kevin se volvió a convertir en el amante apasionado al que me tenía acostumbrada.

Capítulo 28



Esa mañana nos preparábamos para salir con el coche, cuando a Kevin le sonó el teléfono.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, hijo. ¿Por qué me he tenido que enterar por tu hermano, de que Emily ha vuelto a las oficinas? —la escuché a través del manos libres.

—Porque mi hermano es un impaciente que no aguanta ni puede esperarse a que yo te llame, por eso. Pero sí, es cierto, ha vuelto como nuestra asistente.

—Pues me alegro mucho, porque esa muchacha me encanta. ¿Cuándo la invitas a comer con nosotros?

—Cuando quieras, puedes decírselo tú misa, te está escuchando —sonrió.

—¿Cómo? Menudo hijo tengo, madre mía. Emily, cariño, ¿cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Un poco enfadada con ese hijo mío, pero bueno. ¿Cuándo venís a casa?

—Pues, cuando Kevin diga —sonreí.

—Tal para cual, vaya pareja. Pues nada, decido yo. Os espero el sábado para comer, le diré a Jens, que venga también.

—Perfecto, hablaré con Amara para que vaya también —contestó Kevin, y se me puso hasta mal cuerpo.

—Quiero mucho a esa niña, y lo sabes, hijo, pero esta vez quiero tener una velada a solas con mis hijos, y tu

novia.

—¿También te ha contado eso mi hermano? Nunca valió para guardar un secreto.

—Y menos a mí. Os veo el sábado. Te quiero, hijo.

—Y yo, mamá.

Cuando colgó, me quedé mirándolo mientras me aguantaba la risa.

—Recuérdame que no le cuente un secreto a tu hermano, jamás —dije.

—No se te ocurra, se enterarían hasta en las noticias, serías primicia en las de la noche.

—Genial, viva la discreción.

Llegamos a las oficinas y, antes de subir, Kevin me llevó a la cafetería a desayunar, nos habíamos quedado un poquito dormidos y no habíamos podido hacerlo en casa.

Estábamos tomándonos el café cuando lo llamaron por teléfono. Tenía que salir de viaje urgentemente a la fábrica de Hamburgo, donde acababan de sufrir un accidente y se estaba incendiando por completo.

—No vayas conduciendo tú, por favor —le pedí, puesto que estaba nervioso, algunos de los empleados se habían visto afectados y estaban siendo trasladados al hospital.

—No puedo perder más tiempo, preciosa —me besó antes de dejarme en el ascensor—. Pídele a Mike que te lleve a casa, ¿vale?

—Ten cuidado, por favor.

—Lo tendré.

—Llámame cuando llegues, cuéntame cómo está todo... ¿Quieres que vaya contigo?

—No, no voy a exponerte a ti. Nos vemos pronto.

Se fue corriendo hasta el coche y no tardó apenas en salir del parking.

Cuando llegué a las oficinas, me encontré a Jens hablando con Ada, al preguntarme por su hermano, le conté lo que sabía y fue a llamar a alguien de la fábrica para que le informaran.

—Esto es una tragedia, Emily —dijo Ada, girando la pantalla del ordenador, en el que se veían imágenes en directo de la fábrica.

Aquello sin duda era noticia nacional, y estaban retransmitiéndolo en todos los canales de televisión.

Las imágenes eran desoladoras, los edificios estaban siendo pasto de las llamas a pasos agigantados.

El agua de las mangueras apenas podía controlar el fuego, ese que no hacía más que avivarse aún más.

—¿Se puede saber qué hacéis las dos de cháchara? —gritó Amara— No se os paga por perder el tiempo, me parece.

—Estamos viendo las noticias, se está quemando la fábrica de Hamburgo —contesté.

—¿Qué dices? —Frunció el ceño, se acercó y se quedó allí mirando con nosotras. No tardó en coger el teléfono para llamar a Kevin, pero me adelanté y le dije que estaba de camino hacia allí— ¿Y le has dejado ir solo? ¿Es que eres estúpida o qué?

—No quiso avisar a Mike, ¿qué querías que hiciera?

—¡Llamarlo tú, estúpida! Eres su asistente personal, deberías saber ciertas cosas.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó Mike, entrando en ese momento.

—Esta inútil —contestó Amara, señalándome con desprecio—, que ha dejado que Kevin se marchara solo a Hamburgo, donde está quemándose la fábrica.

—Se ha marchado solo porque ha querido. En cuanto subió al coche me llamó, diciéndome que se iba, y que me quedara a cargo de todo, junto con Jens.

—¿Te ha dejado a ti a cargo de todo? No puede ser, ¿y yo qué pinto aquí entonces?

—Eres la secretaria, Amara, no una de las inversoras —volteé los ojos.

—Mira, estúpida, el día que sepas quién soy para Kevin, se te van a bajar esos humos que tienes.

Se marchó con un repiqueteo de tacones que rompía con el silencio de la oficina en ese momento.

—¿Quién narices se cree que es para Kevin? Los Acker le tienen mucho cariño porque es la hija de la que fuera su nana, pero, nada más —protesté.

—No le hagas caso, últimamente está... distinta —Mike se encogió de hombros.

—Bueno, me voy a trabajar. Por cierto, ¿puedes venir un momento, Mike? —le dije, y asintió, acompañándome a mi despacho.

—¿Qué pasa, pequeña?

—¿No tienes nada que contarme?

—¿Yo? No, ¿por qué?

—¿Seguro? —Arqué la ceja.

—Pues ya no lo sé, porque seguro que hay algo que tengo que contarte. A ver, dime, ¿qué es?

—Te has acostado con Dana.

—¿Te lo ha contado ella?

—Ayer —sonreí—. Hacéis buena pareja, que lo sepas.

—Creo que solo fue una noche, y ya. No ha aceptado salir de nuevo conmigo.

—Pues lo hará, no te quepa la menor duda, que yo misma le dije que aceptara.

—¿Sabes esa sensación de creer que alguien te gusta mucho, pero antes no eras consciente de ello?

—Hombre, saberlo, no lo sé, pero que sí, que a vosotros os ha pasado eso.

—Me siento bien con ella, estoy a gusto y Brant, no ha dejado de preguntarme cuándo volveríamos a verla.

—Vaya por Dios, que me ha quitado a mi sobrino postizo —me crucé de brazos y Mike, soltó una carcajada.

—No, mujer, a ti te ha cogido mucho cariño también.

1—Eso espero, porque quiero una tarde de merienda con los dos.

—¿Te va a dejar tu novio?

—Que intente prohibírmelo, que me vuelvo a mi apartamento.

—¿Estás viviendo con él?

—Sí, una locura, ya lo sé.

Mike sonrió, me besó la frente antes de marcharse y me puse a trabajar.

Estuve intranquila toda la mañana, hasta que Kevin me mandó un mensaje para decirme que estaba ya en la fábrica.

Puse las noticias y seguí todo en directo, no se hablaba de otra cosa, y es que eso estaba siendo una auténtica catástrofe para todos, puesto que generaba cientos de puestos de trabajo.

La mañana se me hizo larguísima, Mike me dejó en casa de Kevin y, como sabía que iba a comerme la cabeza con todo ese asunto, me dijo que pasaría a recogerme a las seis para merendar con su hijo.

Se lo agradecí en el alma, de verdad que sí, porque lo que menos me apetecía en ese momento, era pasarme el resto del día sola.

—No, mujer, a ti te ha cogido mucho cariño también.

—Eso espero, porque quiero una tarde de merienda con los dos.

—¿Te va a dejar tu novio?

—Que intente prohibírmelo, que me vuelvo a mi apartamento.

—¿Estás viviendo con él?

—Sí, una locura, ya lo sé.

Mike sonrió, me besó la frente antes de marcharse y me puse a trabajar.

Estuve intranquila toda la mañana, hasta que Kevin me mandó un mensaje para decirme que estaba ya en la fábrica.

Puse las noticias y seguí todo en directo, no se hablaba de otra cosa, y es que eso estaba siendo una auténtica catástrofe para todos, puesto que generaba cientos de puestos de trabajo.

La mañana se me hizo larguísima, Mike me dejó en casa de Kevin y, como sabía que iba a comerme la cabeza con todo ese asunto, me dijo que pasaría a recogerme a las seis para merendar con su hijo.

Se lo agradecí en el alma, de verdad que sí, porque lo que menos me apetecía en ese momento, era pasarme el resto del día sola.

Capítulo 29



Habían pasado tres días desde que Kevin se marchó a Hamburgo, y me había estado llamando cada noche.

El pobre estaba preocupado y agobiado, la fábrica había sido pasto de las llamas y ahora tocaba reconstruirla, pero primero debían esperar a la resolución de los peritos.

Tenían que comprobar dónde se había iniciado el fuego, el motivo, y otras cosas que me había dicho pero que no presté atención al saber que tres de los empleados habían fallecido por intoxicación de humo, intentando sofocarlo.

Había ido a las oficinas esos días con el peor de los ánimos, la verdad es que estábamos todos igual, las noticias en la televisión habían sido de lo más desalentadoras, y nos preocupaba Kevin.

Él no me lo decía, pero yo sabía que llevaba sin dormir desde la noche antes de que saliera apresuradamente de Berlín.

Jens se había encargado desde las oficinas de hablar con las aseguradoras, arreglar los funerales de los empleados y que sus familias no se quedasen sin la indemnización que les correspondía al tener todos, un seguro del que se hacía cargo la empresa.

Estaba al tanto de los avances, así como de los retrasos que se llevaban a cabo en cuanto a la investigación que hacían los peritos, y mantenía informado a Kevin.

Ada me había ido diciendo que el padre de Kevin y Jens, llamaba cada mañana para saber cómo iba todo, hablaba un rato con su hijo, pero acababan discutiendo. Jens me contaba que su padre no entendía cómo no había ido él también a Hamburgo, pero había dos razones de peso.

La primera, su hermano mayor no quería, y la segunda, Kevin le había pedido que se quedara al cargo de las oficinas y pendiente por si ocurría algún otro incidente.

Estaba terminando de desayunar, cuando escuché las llaves en la puerta.

—¡Kevin! —grité, al verlo entrar.

—Hola, preciosa —me abrazó con fuerza, se le notaba cansado. Aspiró con fuerza mi cuello antes de darme un beso—. Al fin en casa, no sabes cuánto te echaba de menos.

—¿Cómo está todo? ¿Sabes algo ya de la aseguradora?

—No, al menos pasaran un par de días más, quizás tres, hasta que me digan algo en concreto.

—Ven, te pongo un café y algo de comer —cogí su mano y lo llevé hasta la cocina, donde se sentó esperando a que le sirviera.

—¿Qué tal ha ido por la oficina? —preguntó.

—Bien, Jens se ha encargado de todo, no te preocupes por eso ahora.

Desayunamos juntos y le comenté lo de las llamadas de su padre, no dejaba de fruncir el ceño y negar.

n

Lo llamó para decirle que estaba de vuelta y que ya había hablado con la empresa de construcción que se había encargado de la construcción de la fábrica, y que en cuanto estuviera todo aclarado con el seguro, comenzarían con las obras para volver a ponerla en marcha de nuevo.

Le veía de lo más preocupado, y no era para menos, puesto que de esa fábrica dependía el sustento de cientos de familias.

No podía permitir que los trabajadores perdieran el empleo, por lo que se había reunido con ellos para poder ubicarlos de manera temporal en las diversas fábricas que tenía a lo largo del país.

La empresa correría con el gasto de los pisos de alquiler para todos los que se trasladaran, así que aceptaron de lo más agradecidos, sabiendo que esa desgracia no se había llevado también sus puestos de trabajo.

Fue a darse una ducha, le pedí que se quedara en casa descansando, sabía que lo necesitaba, pero se negó.

Cuando estuvo listo, salimos para el trabajo y no me soltó la mano en ningún momento.

—Hermano —le saludó Jens, cuando entramos en la oficina—. Estás que das pena.

—Gracias, yo también te echaba de menos.

—Hemos hablado todos los días, mucho de menos no me has echado. Seguro que a tu chica más que a mí.

—Jens, cualquier día te pongo veneno para ratas en el café —entrecerré los ojos.

—Venga, cuñadita, no te enfades.

—¡Kevin! —gritó Amara, que corrió hasta él y se lanzó a sus brazos.

Eso me sentó como si me acabaran de dar una patada en el estómago, más que nada, por el modo en que la cogió él.

Miré a Jens, que negando y quitándole importancia con un gesto de la mano, me dio a entender que no tenía que comerme la cabeza, porque entre esos dos no había nada.

Pero es que yo no me lo creía, tenían una química que se palpaba a leguas, de verdad.

Era como si en algún momento de sus vidas, hubieran estado juntos, pero tuvieron que dejar la relación por algo en concreto, y ese cariño aún estuviera ahí, latente y esperando a que uno de los dos se decidiera a dar el paso para darle una nueva oportunidad a la relación.

—Me tenías preocupada, ¿cómo estás? Tenías que haberte quedado en casa —le dijo.

—No ha querido —contesté yo, encogiéndome de hombros. Amara me miró con una cara de asco, que preferí obviar—. Yo me voy a trabajar.

Y eso hice, dirigirme a mi despacho para seguir trabajando en lo que me había dejado Jen el día anterior.

A media mañana Mike vino para decirme que Dana, había aceptado salir con él el sábado por la noche.

—Me alegro mucho —sonreí.

—Y yo, pero tengo un poco de miedo, la verdad.

—Dana no es mala persona, de eso me di cuenta cuando vino a buscarme después de que me marchara de aquí.

—Lo sé, pero es que no quiero meter la pata con ella.

—Anda, tonto, que no vas a meter la pata —lo abracé y me besó la frente.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Kevin, en un tono nada amigable, la verdad.

—Solo vino a saludarme y contarme una cosa —contesté.

—No creo que deba tener esas confianzas contigo.

—¿Perdona? —Arqueé la ceja— Mike puede tener las confianzas que le dé la gana conmigo, al igual que yo con él. ¿Estamos?

—Eres mi pareja, y no me gusta...

—¡Me da igual lo que te guste, o no te guste a ti! Solo es un amigo, por el amor de Dios. ¿Vas a tener celos de tu amigo?

—Chicos, no discutáis por favor.

1 —Sé que estos días sin mí, habéis estado mucho más juntos —dijo, con la rabia instalada en la mirada.

—Mira tú lo que dice. Me ha llevado a casa cada día, igual que me recogía. Estaba preocupada por ti y no tenía ánimo ni para coger mi coche.

—¿Os habéis acostado? —preguntó, furioso.

—¿Qué acabas de decir? —grité, dando un paso para encararme a él.

—Emily —Mike me cogió por el brazo, reteniéndome para que no hiciera una estupidez.

—Si piensas eso, es que no me conoces ni un poquito, Kevin Acker —dije, recogí mis cosas y salí de allí dándole con el brazo en el suyo.

En cuanto salí, vi a la bruja de Amara sonriendo en el pasillo, había sido ella, no me cabía la menor duda, de que esa maldita loca había ido con mentiras a Kevin.

Salí de las oficinas y me puse a andar sin rumbo fijo, hasta que paré un taxi para que me llevara al único sitio en el que podría estar tranquila, sola y en paz.

Capítulo 30



Llevaba horas en mi apartamento, tumbada en la cama, ni siquiera había comido y ya era casi hora de cenar.

El teléfono no había dejado de sonar desde que me subí al taxi, así que lo puse en silencio, y así seguía.

Sabía que Amara había estado malmetiendo, contándole a Kevin toda clase de mentiras, y que él se las creyera, después de lo que me había hecho pasar con todo lo que urdió junto a mis hermanas, me dolía.

Me dolía de verdad que pensara que entre Mike y yo, hubiera habido algo en esos días que él no había estado en la ciudad.

¿Ese concepto tenía de mí? ¿De verdad?

Yo, que le di la oportunidad de hacerme ver que no era mala persona, que realmente se la habían jugado las arpías de mis hermanas, y que volví a confiar en él.

Yo, que le quería como nunca creí que pudiera querer a otra persona después de lo que pasé con mi ex.

Empecé a llorar y me hice un ovillo en la cama, abrazada a la almohada como tantas otras veces que había llorado a lo largo de mi vida.

Escuché el móvil vibrando sobre la mesita, lo cogí y vi que era Dana, así que contesté.

—Dime.

—¡Al fin! No vuelvas a ignorar mis llamadas y mensajes, porque sé cómo encontrarte si se te ocurre desaparecer.

—Es lo que quiero, desaparecer y olvidarme de todo, y de todos.

—De mí, ni se te ocurra, y de Mike, mucho menos. Ese hombre lleva buscándote todo el puto día. ¿Se puede saber dónde mierda te has metido? —gritó.

—Estoy en mi apartamento.

—Joder, el único sitio en el que no han pensado en buscarte. Créamos que lo habrías dejado ya.

—No, no voy a dejarlo, este es mi refugio, así que...

—Joder, Emily, ¿qué te ha pasado?

Se lo conté, llorando, y ella no hacía más que pedirme que me calmara. Me dijo que estaba de camino a casa y no me dejó de hablar en ningún momento.

Hasta que me dijo que abriera la puerta que estaba a punto de subir, así que colgamos la llamada.

Abrí la puerta de abajo, dejé la del apartamento entreabierta, y regresé a la cama.

a

—¿De verdad has estado aquí todo el tiempo? —preguntó Kevin, y maldije a mi amiga por la jugarreta que me había hecho.

—Vete —contesté, girándome para darle la espalda.

;

—Perdóname, por favor —me pidió, sentándose en la cama y acariciándome el pelo.

—No quiero hablar contigo, así que, vete.

,

—No me voy a ir sin ti.

—Por supuesto que sí. Yo me quedo aquí, esta es mi casa, siempre lo ha sido. Así que, mándame mis cosas mañana.

—Emily, Mike me ha dicho que no pasó nada entre vosotros.

—Me alegro de que al menos a él lo creas.

—Amara me dijo que os veía muy juntos, con mucha complicidad, y pensé que...

r—No, Kevin, no pensaste, ese es el problema. Creíste a esa mujer antes que a mí. ¿Sabes? —Me incorporé girándome para mirarlo— Yo también vi cuando trabaja allí, al principio de conocernos, que teníais muy buena relación, y creí que había algo, o que lo habría habido. Le pregunté a tu hermano, y me dijo que jamás hubo ni habrá nada, porque la tenéis como si fuera una hermana para ambos. Y lo creí.

—No quiero que estemos mal, por favor, Emily.

—Yo tampoco, pero está claro que siempre habrá alguien que se interponga entre nosotros —contesté, llorando y desviando la mirada.

—Te juro que no, cariño —dijo, cogiéndome la barbilla para que le mirara—. Nadie más va interponerse, nadie podrá decir nada que haga que piense lo que no es. Confío en ti, y sé que tú también en mí. Y te quiero, preciosa, te quiero —me besó y abrazó con fuerza.

Me dejé mimar mientras lloraba y quise creerle, de verdad que sí, juro que quise creer cada palabra, pero había algo que me lo impedía, y aún no sabía qué era.

—Vamos a casa, por favor —me pidió, pegando su frente en la mía.

—Nos vamos, el tiempo que dure lo nuestro.

—Para toda la vida, te lo aseguro.

Me dio un último beso y salimos del apartamento. Cuando estábamos en el coche, le mandé un mensaje a Dana para decirle que la odiaba, pero que se quedara tranquila, que volvía a casa con su amigo Kevin.

Dana: *No es mi amigo, boba, sino el de Mike.*

Emily: *Pues dile a tu novio que no voy a hablarle en una semana, tal vez dos.*

Dana: *No seas tonta, con lo que te quiere mi novio.*

Sonré al ver el emoji que acompañaba ese mensaje, una de esas caras como si estuviera loca.

Llegamos a casa de Kevin y, abrazándome por detrás, me llevó hasta la cocina, donde preparó una cena ligera antes de que nos fuéramos a la cama.

—Mi madre me dijo que no se nos olvide ir el domingo a comer.

—Bueno, es viernes, en un par de días la vemos.

—¿Segura que quieres ir?

—Sí, pero, ¿va a ir Amara?

—No, ya oíste a mi madre, la quiere mucho, pero solo quiere tener a sus hijos y su nuera en casa.

—Todavía no soy su nuera.

—Eres mi chica, eso cuenta como una nuera para ella.

—Madre mía, me metes en cada lío desde que nos conocimos, Kevin Acker.

—¿Sabes? No me arrepiento de haber hecho ese pacto con el diablo.

—¿Qué diablo? —Arqué la ceja.

—Las gemelas —me besó, abrazándome desde atrás.

—Esas son dos brujas, yo creo que ni el diablo las querría en sus dominios.

—Como sea, me reprocharé siempre el daño que te hice, pero no me arrepiento de haberme aliado con ellas, porque te conocí, y pude ver lo buena persona que eras, conseguiste que me enamorara poco a poco de ti. Te colaste en mi cabeza, en mi corazón, en mi piel y en el alma.

—No vuelvas a creer nada de lo que otra persona te diga, por favor.

—Te lo juro, cariño.

Quise creerlo, pero en el fondo sabía que podría volver a ocurrir, que alguien le dijera algo que le hiciera pensar lo que no era.

Cerré los ojos, aferrándome a sus brazos, aguantando las ganas de llorar de nuevo, y esperé que el sueño llegara para llevarme al mundo en el que podía vivir una vida distinta a la que tenía.

Capítulo 31



Llegó el domingo, y estaba ilusionada por ver de nuevo a la madre de Kevin, y es que esa mujer me había caído muy bien.

Cuando cruzamos la puerta, Kevin me cogió la mano y la llevó a sus labios para dejar un beso.

—¿Estás nerviosa? —preguntó, cuando aparcó antes de salir.

—Un poco, pero por tu padre. No sé, el día que nos conocimos...

—Tranquila, ese día estaba pendiente de mil cosas.

—Ya, pero, bueno da igual, serán cosas mías.

Bajé del coche y cuando llegó a mi lado, entrelazó nuestras manos y así fuimos hasta la puerta principal.

Cuando su madre abrió, sonrió y se lanzó a abrazar a su hijo. Acto seguido, hizo lo mismo conmigo.

—Cuánto me alegra volver a verte, Emily. Vamos, pasad —dijo, haciéndose a un lado para que entráramos—. Tu padre y Jen, están en el despacho hablando.

—Voy a saludarles.

—Eso, que Emily se viene conmigo a la cocina —contestó, colgándose de mi brazo para llevarme con ella.

Me fue diciendo que no le había gustado lo que tuve que pasar cuando descubrí lo ocurrido con Kevin y mis hermanas, me dijo que él había hablado con ella y su padre sobre el tema, solo que se había guardado algunas cosas que no quiso contarles.

—Qué bien huele —dije, nada más entrar en la cocina, donde una mujer, de unos cincuenta años, y otras dos más jóvenes que yo, estaban enfrascadas en sus quehaceres.

—Espero que te guste, es un asado que prepara Greta y le sale riquísimo. Y el postre, Nadia y Ana, son unas reposteras magníficas —contestó.

Estuvimos ayudándolas en la cocina, y es que a la madre de Kevin le encantaba cocinar, ella se encargó de preparar las bandejas con canapés, mientras yo serví unos platos con marisco.

Poco después fuimos al salón, donde ya nos esperaban todos. Nada más verme, Kevin sonrió y me cogió por la cintura para darme un beso.

—¿Me has echado de menos? —preguntó, mirándome a los ojos.

—No, estaba muy entretenida en la cocina con tu madre —sonreí.

—Te lo dije, hermano, tu chica me quiere más a mí —miré a Jens y me hizo un guiño.

—Eso, tú malmete más, que, como hemos tenido poco en estos días —volteé los ojos.

—¿Ha pasado algo más? —preguntó su madre, frunciendo el ceño.

—Amara, que le dijo a Kevin cosas que no eran sobre mí y Mike —en cuanto dije eso, noté que Kevin me apretaba levemente la cintura, lo miré y vi que negaba con la cabeza, era casi imperceptible, pero yo le había visto.

—Amara no inventaría nada que no haya visto —dijo su padre, en tono serio.

—Pues le aseguro que así fue —contesté.

—Esa muchacha no miente nunca, si ha dicho algo, es porque lo ha visto con sus propios ojos.

—Pues disculpe que le diga —lo miré, muy seria, sacando un poco de la mala leche que tenía, y noté que Kevin volvía a darme un apretón en la cintura—. Dudo mucho que esa mujer me haya podido ver follando con Mike en las oficinas.

La cara al padre de Kevin se le desencajó por completo, se quedó pálido en cuanto me escuchó decir eso.

—Es más, si se le pasó por la cabeza seguirnos a Mike y a mí, comprobaría de primera mano que el amigo de sus

hijos me dejaba en casa de Kevin y se marchaba, no subía para follar allí tampoco.

—Emily —me recriminó Kevin, en tono serio.

—Ni, Emily, ni nada. Entiendo que quieran a esa mujer como si fuera de su familia, pero que no, que no paso porque se me tache de lo que no soy, porque si estoy con un hombre, estoy con él hasta las últimas consecuencias, no voy acostándome por ahí con cualquiera.

—Eso lo sabemos, cariño —me dijo la madre de Kevin, cogiéndome del brazo.

—Esa mujer, como usted dice, señorita —el asco con el que pronunció el padre de Kevin esa última palabra, era innegable para los presentes—, es mucho más íntegra de lo que imagina. No tiene su desvergüenza, ni va en busca de un hombre con dinero para que la retire de la inmundicia en la que vive.

Casi me desmayo cuando le escuché decir eso, me agarré como pude a Kevin, pero enseguida le solté, porque no fue capaz de pedirle a su padre que retirara esas palabras.

—Por el amor de Dios, ¿cómo le dices eso a la muchacha? —le recriminó la madre de Kevin a su marido.

—Es la verdad. Esta mujer no era nada, y ahora va en busca del dinero de mi hijo.

—Vallase a la mierda, señor Acker —dije, con asco.

Me giré para irme, pero la madre de Kevin me pidió que no lo hiciera.

—No pienso quedarme donde no soy bienvenida.

—Mejor, en mi casa no quiero aprovechadas.

—¡Papa! —gritó Jens— ¿Cómo puedes hablar así de ella?

Miré a Kevin, y me estaba costando la vida no ir y darle una bofetada, porque me estaba demostrando que, en el fondo, pensaba lo mismo que su padre.

Sonreí, negué con la cabeza y fui hacia la puerta.

—¡Emily! —me llamó Jens, una vez estaba en la calle, marcando el número de una agencia de taxi que vi en Internet— Vamos, te llevo a casa.

—Sí, pero para recoger mis cosas de la de tu hermano, después, me llevas a mi apartamento.

Él asintió, y cuando estábamos a punto de subir al coche, su padre volvió a soltar una perla por su linda boquita.

—¿Ves? Le da igual cuál de los hermanos le dé lo que quiere, puedes ser tú, o Jens, pero alguno de los dos le dará , lo que tanto me costó conseguir.

—Si lo dice por su dinero, señor Acker, puede metérselo por su reverendo culo —le dije, haciéndole hasta una peineta con el dedo— ¿Quieres venirte conmigo, Kevin, o me voy con tu hermano?

Se quedó callado, mirándome, y ese silencio, me dijo cuanto necesitaba.

1

Subí al coche de Jens, me llevó a casa de Kevin y entre los dos recogimos mis cosas tan rápido como pudimos.

En el camino a mi apartamento me dijo que no le tuviera en cuenta lo de hoy a su hermano, que cuando estaba con su padre, se mostraba así, igual que él, un cabezota sin remedio.

—Me da igual, Jens, yo ya... no sé ni qué pensar de Kevin. Eres mi jefe, ¿me das permiso para tomarme unos días libres, por favor? No quiero verle mañana, ni pasado.

—No —contestó, demasiado serio y cortante.

—¿No?

—No, porque el que se va es él. ¿No te lo ha dicho?

—¿Decirme qué?

—Va a ir a Hamburgo, la aseguradora nos ha dicho que el incendio fue provocado y quieren hablar con él, sobre ese tema.

—¿Provocado? Dios mío —me llevé las manos a la cabeza, eso no podía ser— ¿Quién querría hacer algo así, Jens?

—Cualquiera de la competencia, eso seguro. Así que, como él no va a estar en las oficinas durante al menos, tres días, tú vas a ir. Cuando regrese, habláis tranquilamente y arregláis todo. Es un cabezón, pero también puedo asegurarte que está enamorado de ti hasta la médula. Tan solo le pasó con una mujer, y al ver que le han vuelto a brillar los ojos, que sonríe un poco más, me alegré de que te cruzaras en su vida.

—Bueno, realmente, fue él quien me buscó para hundírmela, pero, el daño está hecho.

—Dime una cosa, si mi hermano te pide que le perdones...

i —Lo haré, porque le quiero, igual que le perdoné que creyera a Amara en lo que dijo.

—Mira que quiero a esa mujer, como si fuera una hermana, pero a veces es muy posesiva con Kevin, y con la empresa. Es como si creyera que va a heredar algo, no sé.

—De vuestro padre ya heredasteis vosotros, y de Kevin, les corresponderá a sus hijos.

—Sí, bueno —le cambió la cara, desvió la mirada, y supe que ahí había algo que me podía contar.

—Gracias por traerme, Jens. Nos vemos mañana.

1

—Más te vale, mi asis favorita —me hizo un guiño y salió de mi apartamento.

^sDe nuevo estaba en mi hogar, en mi refugio, en ese rincón del que no tendría que haberme ido.

—Bueno, realmente, fue él quien me buscó para hundírmela, pero, el daño está hecho.

—Dime una cosa, si mi hermano te pide que le perdones...

—Lo haré, porque le quiero, igual que le perdoné que creyera a Amara en lo que dijo.

—Mira que quiero a esa mujer, como si fuera una hermana, pero a veces es muy posesiva con Kevin, y con la empresa. Es como si creyera que va a heredar algo, no sé.

—De vuestro padre ya heredasteis vosotros, y de Kevin, les corresponderá a sus hijos.

—Sí, bueno —le cambió la cara, desvió la mirada, y supe que ahí había algo que me podía contar.

—Gracias por traerme, Jens. Nos vemos mañana.

—Más te vale, mi asis favorita —me hizo un guiño y salió de mi apartamento.

De nuevo estaba en mi hogar, en mi refugio, en ese rincón del que no tendría que haberme ido.

Capítulo 32



Efectivamente, tal como había dicho Jens, Kevin estuvo fuera tres días, esos que yo estuve solo a sus órdenes, mientras que Amara nos observaba con esa mirada inquisitiva.

¿Qué hice? Darle dinamita para su cargador. Vamos, que Jens se dio cuenta de lo que hacía, y me siguió el juego que daba gusto. Nos traíamos un tonto en esos días que, hasta el padre de Kevin y Jens, se presentó por las oficinas, seguro que la inocente Amara le había ido con el cuento al viejo.

Estaba deseando ver a Kevin esa mañana, a ver si tenía algo que contarme.

—Buenos días Ada —sonreí, al ver a mi amiga y compinche.

En el tiempo que llevaba trabajando otra vez ahí, nos habíamos hecho buenas amigas.

—Buenos días, guapa. Kevin está en su despacho —susurró, y yo asentí.

Dejé mis cosas en el despacho, fui a preparar los cafés para los hermanos, y le dejé a Jens el suyo.

—¿Vas a llevarle ese a Kevin? —preguntó, arqueando la ceja mientras lo señalaba.

—Por supuesto, soy una asistente de lo más profesional. Y, tranquilo, que no le he puesto veneno —le hice un guiño, y él soltó una carcajada.

Fui al despacho de Kevin, llamé a la puerta y cuando me dio paso, allá que fui con la mejor de mis sonrisas.

—Buenísimos días, señor Acker —al escuchar mi voz, levantó la vista del ordenador y se le escapó una sonrisa.

—Buenos días, preciosa.

—¿Ya te han dado el informe de lo ocurrido estos días? Porque Amara se lo dio a tu padre, supongo que se habrá encargado también de contártelo a ti.

—No la he creído —contestó, poniéndose en pie.

—¿De verdad? Qué lástima, porque tu hermano folla que da gust... —no me dejó terminar, me cogió por la cintura y, pegándome a él, me besó con una fiereza que no esperaba.

—No vuelvas a decirme eso, porque no quiero partirle la cara a mi hermano.

—¿Te vas a pelear con tu hermano, sangre de tu sangre, por una, don nadie como yo? Te recuerdo, que vengo de la inmundicia —contesté, con ambas manos sobre su pecho, notando el calor que desprendía su cuerpo, sin aparta la mirada de sus ojos.

—Lamento que mi padre dijera todo aquello, yo no pienso eso de ti, de verdad. Me dolió ver que te habías llevado todas tus cosas, fui a tu apartamento, pero no me abriste.

—Por supuesto que no te abrí, me dolió que no hicieras nada cuando dijo eso.

—Me enfrenté a él, cariño, puedes preguntárselo a mi madre. Le dije que eras la mujer que he escogido para pasar el resto de mi vida, y que no voy a permitir que nadie te hable de ese modo, ni te menosprecie.

—Espera, ¿pasar el resto de tu vida, conmigo?

—Eso he dicho —sonrió, me besó, y sacó una cajita del bolsillo de su pantalón—. Dime que aceptas ser mi esposa.

Cuando la abrió, vi un precioso anillo de oro blanco, con dos pequeños diamantes en el centro, y, a cada lado, un corazón grabado con nuestras iniciales en su interior.

—Kevin... no sé qué decir. Esto... Esto es muy precipitado.

—Acepta el anillo al menos, aunque ahora mismo no quieras darme una respuesta, pero llévalo, por favor.

Tragué con fuerza, contuve las lágrimas y asentí dejando que me lo pusiera. Entrelazó nuestras manos, les hizo una foto y supe que estaba subiéndola a las redes por la sonrisa que tenía en los labios mientras escribía.

No tardó en llegarme el aviso de notificación porque me había etiquetado.

—Míralo en tu despacho, por favor —me pidió, dejó un beso en mi frente y asentí saliendo de allí.

Respiré hondo, me senté frente al escritorio y estuve a punto de entrar a ver esa foto, como diez veces, pero no me atrevía.

¿Qué habría puesto para que quisiera que lo leyera a solas?

Cogí aire por última vez y entré a verla. Había quedado una foto muy bonita, y el anillo se veía perfectamente.

Todo lo que me hizo llorar ese texto, para mí se queda.

“El destino quiso que te cruzaras en mi camino, y mi vida empezó a ser un poquito mejor. Quiero acompañarte siempre en cada momento de tu vida, tanto en los buenos, como en los malos. Vivamos el presente, pensemos en el futuro, y envejecamos juntos”

Me sequé las lágrimas, dejé el móvil en la mesa y me miré el anillo. No sabía por qué ese hombre se había metido tan hondo en mi alma, pero no podía sacarlo por más que lo intentara.

Le quería, le quería tanto que dolía.

Podía haberle dicho que sí, que aceptaba casarme con él, porque deseaba hacerlo, pero no quería aceptar hasta no estar completamente segura de que el camino que nos esperaba yendo juntos, sería tranquilo y feliz.

Me puse a trabajar cuando conseguí tranquilizarme, pero me sonó el teléfono con una llamada de Dana.

—¡Dime que la foto es un montaje, por Dios! —gritó, sin darme tiempo ni a saludarla.

—No —sonreí—, no lo es.

—¡Dios mío! ¡Vamos de boda!

—No corras tanto, que aún no he dicho que sí.

—¿Y a qué esperas? Llevas el anillo, ¿no? Pues dile que sí, mujer.

—Ya lo haré, pero dame tiempo para reponerme de la impresión.

—¿Y lo que te ha dicho? Por favor, si me dicen eso a mí, me lo llevo al altar en ese instante.

—Anda ya, loca —reí.

—Oye, es precioso el anillo. Y estás deseando decirle que sí, a mí no me engañas.

—En parte sí, pero no estoy completamente segura. Tengo miedo.

—Lo imagino. Mike me ha dicho que estuviste tonteando, entre comillas, con Jens, delante de la bruja de Amara. Esa mujer no me gusta, esconde algo, te lo digo yo.

—Eso creo yo, pero no puedo asegurar nada, porque no me creerían.

—Bueno, pero el anillo lo tienes tú, así que, ella que se busque otro hombre. No sé, me da que está enamorada de Kevin desde hace años.

—Puede ser.

Charlamos un poco más y seguí trabajando, hasta que Kevin vino a buscarme para invitarme a comer.

Acepté, obviamente, y acabamos la tarde en mi casa, donde volvimos a caer en las redes de la pasión que nos envolvía.

Se quedó a dormir conmigo, ya al día siguiente iría temprano a su casa a cambiarse. Porque, si algo tenía claro, es que no pensaba volver a mudarme a su casa, ni loca.

Por el momento, cada uno en nuestro pequeño refugio, y con el tiempo, ya veríamos dónde acabábamos viviendo.

—Anda ya, loca —reí.

—Oye, es precioso el anillo. Y estás deseando decirle que sí, a mí no me engañas.

—En parte sí, pero no estoy completamente segura. Tengo miedo.

—Lo imagino. Mike me ha dicho que estuviste tonteando, entre comillas, con Jens, delante de la bruja de Amara. Esa mujer no me gusta, esconde algo, te lo digo yo.

—Eso creo yo, pero no puedo asegurar nada, porque no me creerían.

—Bueno, pero el anillo lo tienes tú, así que, ella que se busque otro hombre. No sé, me da que está enamorada de Kevin desde hace años.

—Puede ser.

Charlamos un poco más y seguí trabajando, hasta que Kevin vino a buscarme para invitarme a comer.

Acepté, obviamente, y acabamos la tarde en mi casa, donde volvimos a caer en las redes de la pasión que nos envolvía.

Se quedó a dormir conmigo, ya al día siguiente iría temprano a su casa a cambiarse. Porque, si algo tenía claro, es que no pensaba volver a mudarme a su casa, ni loca.

Por el momento, cada uno en nuestro pequeño refugio, y con el tiempo, ya veríamos dónde acabábamos viviendo.

Capítulo 33



Lunes de nuevo, y desde que el jueves anterior, Kevin me pusiera el anillo en el dedo, no se había despegado de mí. Yo no iba a su casa, pero él se había venido a pasar el fin de semana conmigo.

—Vamos a desayunar en la cafetería —dijo, abrazándome por detrás, mientras me ponía los pendientes.

—Vale —sonreí, me giró y nos besamos.

Recogimos todo y salimos de mi apartamento, él se llevó la bolsa en la que había traído la ropa para el fin de semana, y llegamos a la cafetería donde tomamos el desayuno.

Recibió una llamada y, tras colgar, me dijo que saldría poco antes de comer para Hamburgo, que debía arreglar papeleo sobre la licencia para la obra y volver a levantar cada edificio.

Y sí, el incendio había sido provocado y seguían sin saber quién lo había ocasionado.

Los expertos, según me contó el fin de semana, estaban tratando de ver todas las cámaras de seguridad desde la noche anterior al siniestro, hasta que dieran con la persona, o personas, que provocaron semejante incendio, en el que varios empleados perdieron la vida.

Subimos a las oficinas y Ada nos saludó de lo más sonriente, me encantaba esa mujer, era adorable. Y algo me decía que mi cuñado Jens, se había fijado en ella, por mucho que quisiera disimular.

Les llevé el café a cada uno, y fui a mi despacho para trabajar en algunos expedientes que me había dado Kevin el viernes.

Poco antes de las once de la mañana, Jens vino para que le echara una mano con un asunto que le tenía loco, y es que había una partida de piezas que habían llegado en mal estado y no conseguía localizar al responsable de la empresa a la que siempre le compraban.

Estuvimos una hora hasta que conseguimos hablar con él, y nos dijo que habían recibido un e-mail desde el correo de Jens, diciendo que quería cambiar el pedido, por el que nos había llegado.

Desde luego aquello era de locos, porque revisamos el correo de Jens y, en la fecha en que se envió, el jueves pasado, él no estaba ni en la oficina, por lo que el asunto era todo un misterio.

—No me lo puedo creer, de verdad. Te juro que yo no mandé nada desde la calle, Emily.

—Lo sé, tranquilo. Será un error, no sé.

—No hay error, joder, que está ahí, ¡ahí! —gritó, señalando la pantalla de mi ordenador.

—¿Qué pasa? —preguntó Kevin, entrando en ese momento.

Le contamos lo ocurrido, y él mismo no terminaba de creer cómo habría sido eso posible. Le dijo a Jens que se tranquilizara, que no se preocupara si ya había solucionado lo de las piezas, y se despidió, ya que se marchaba para Hamburgo.

—Te voy a echar de menos, no te olvides —me dijo, tras darme un beso.

—Ya será menos —sonreí.

—Te llamo cuando llegue. Te quiero, preciosa —me hizo un guiño y se marchó.

—Lo que te digo, enamorado hasta la médula está mi hermanito —rio Jens.

—Anda, tira para tu despacho, que tengo que terminar de trabajar —reí, señalando la puerta.

Y en eso estaba, enfrascada en mi trabajo, cuando a la una llamaron a mi puerta y vi que era un mensajero.

Acepté el sobre que me traía, lo firmé, y sonreí a modo de despedida.

! No traía remitente, tan solo venía mi nombre, el de la empresa, y la dirección.

Lo abrí y encontré una nota doblada, además de lo que parecían ser fotos, pero habían caído bocabajo sobre la mesa.

Cuando abrí la nota, se me cayó el mundo encima al leer quien la firmaba.

)

“Querida hermanita, la felicidad, igual que llega, se va.

¿En serio crees que vas a casarte con Kevin? Lo dudo mucho, porque ese hombre sabe que tiene que casarse conmigo, y hacerse cargo de su hijo. Sí, lees bien, su hijo.

Estoy embarazada, él lo sabe, y sigue jugando contigo.

Te mando unas fotos en las que puedes vernos a los dos, felices con esa noticia, y una ecografía de tu sobrinito.

Felicidades, tía Emily.

Hilda”

No podía ser cierto, me estaba volviendo a mentir.

Cogí las fotos, les di la vuelta y ahí estaba ella, con Kevin al lado, que tenía la mano sobre la barriguita de mi hermana.

No había una, sino cuatro fotos, y en todas, él con la misma posición.

Se notaba que era una foto por cada mes de embarazo, y es que, en la ecografía, además del nombre de mi hermana, salía la fecha y era de apenas unos días antes, justo cuando Kevin estaba en Hamburgo, o eso me había dicho Jens, que quizás hasta estaba compinchado con su hermano.

Cuatro meses, ese era el tiempo que mi hermana llevaba embarazada de Kevin.

Las lágrimas comenzaron a salir como si de una cascada se tratara.

No dejaba de mirar la última foto, así como la ecografía, y quería pensar que era todo mentira, que se trataba de una nueva jugarreta de mi querida hermana.

—¿Emily? —miré a Mike cuando me llamó, sequé mis mejillas como pude, pero las lágrimas seguían cayendo—
¿Qué te pasa, pequeña?

—Me ha vuelto a mentir —sollocé—. Kevin sigue jugando conmigo.

Miré el escritorio, Mike se acercó y cogió las fotos y la nota.

—Ese hijo de puta. Vamos, tienes que salir de aquí —dijo, recogiendo mis cosas, así como la nota y demás, que metió en el sobre, y me sacó del despacho.

—¿Ya os vais a follar a espaldas de Kevin? —preguntó Amara, me giré y fui hacia ella, dándole una bofetada que hizo que se le girara la cara al no esperarla.

—¿Crees que soy como tú? ¿Qué voy detrás del dinero de un hombre? Pues no y, por si no lo sabes, el hombre de que estás tan enamorada y no quieres reconocerlo, va a ser el padre de mi sobrino.

Le quité a Mike el sobre de las manos, y le enseñé a Amara la última foto y la ecografía, antes de que él me cogiera por la cintura para sacarme de allí, guardando de nuevo todo en el sobre.

—No quiero volver a verle, Mike. De verdad que no —lloraba sentada en el coche con él, que me llevaba de camino a casa.

—No vas a dejar el trabajo.

—No puedo volver allí.

—Claro que puedes, y lo harás. Tómate unos días, pero vuelve. Hablaré con él para que sepa lo que ha pasado, y que me explique por qué demonios sigue jugando contigo.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí, Mike? —pregunté, sin dejar de llorar.

—Porque te quiero, pequeña. Vamos a casa de mis padres —me hizo un guiño y siguió conduciendo.

Llegamos a una casa preciosa a las afueras, abrió la puerta y les dijo a sus padres que estaba de vuelta.

—Vengo con alguien a quien os gustará ver —dijo, antes de que sus padres aparecieran por el pasillo.

Cuando vi a su madre, se me abrieron tanto los ojos, que creí que se me acabarían saliendo de las órbitas.

—Hola, mi pequeña flor —me dijo, dándome un abrazo, como aquellos que recordaba tan bien.

—¿Crees que soy como tú? ¿Qué voy detrás del dinero de un hombre? Pues no y, por si no lo sabes, el hombre del que estás tan enamorada y no quieres reconocerlo, va a ser el padre de mi sobrino.

Le quité a Mike el sobre de las manos, y le enseñé a Amara la última foto y la ecografía, antes de que él me cogiera por la cintura para sacarme de allí, guardando de nuevo todo en el sobre.

—No quiero volver a verle, Mike. De verdad que no —lloraba sentada en el coche con él, que me llevaba de camino a casa.

—No vas a dejar el trabajo.

—No puedo volver allí.

—Claro que puedes, y lo harás. Tómate unos días, pero vuelve. Hablaré con él para que sepa lo que ha pasado, y que me explique por qué demonios sigue jugando contigo.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí, Mike? —pregunté, sin dejar de llorar.

—Porque te quiero, pequeña. Vamos a casa de mis padres —me hizo un guiño y siguió conduciendo.

Llegamos a una casa preciosa a las afueras, abrió la puerta y les dijo a sus padres que estaba de vuelta.

—Vengo con alguien a quien os gustará ver —dijo, antes de que sus padres aparecieran por el pasillo.

Cuando vi a su madre, se me abrieron tanto los ojos, que creí que se me acabarían saliendo de las órbitas.

—Hola, mi pequeña flor —me dijo, dándome un abrazo, como aquellos que recordaba tan bien.

Continuará...



Continuará...



¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: [Sarah Rusell](#)

Instagram: @sarah_rusell_autora

Página de autora: relinks.me/SarahRusell

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: [Sarah Rusell](#)

Instagram: [@sarah_rusell_autora](#)

Página de autora: relinks.me/SarahRusell